

BIBLIOTECA DE AUTORES VERACRUZANOS

2

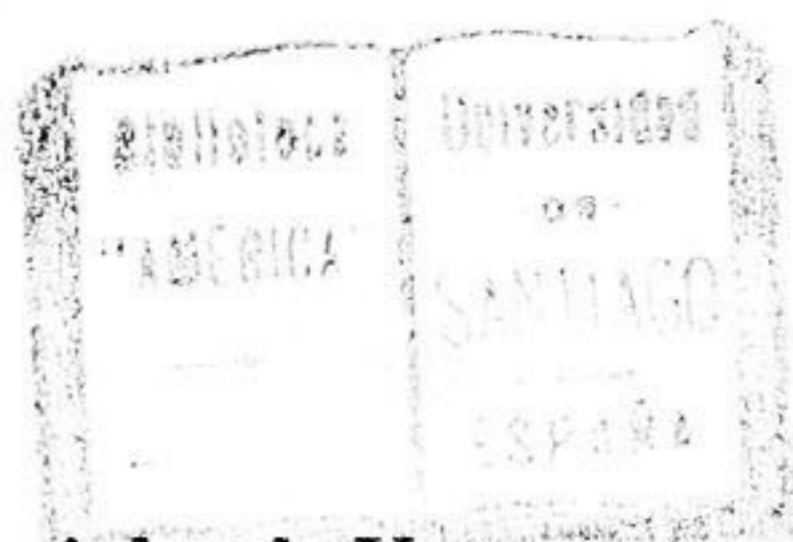
A.R. 832

OBRAS COMPLETAS DE RAFAEL DELGADO
Volumen II



R A F A E L D E L G A D O

CONVERSACIONES
L I T E R A R I A S



Ediciones de la Universidad Veracruzana
Juárez 23
Jalapa, Ver., 1953

Edición conmemorativa del Primer
Centenario del Natalicio del Maes-
tro RAFAEL DELGADO

Prólogo

LA Sociedad Sánchez Oropeza, que fuese fundada en la ciudad de Orizaba el 15 de septiembre de 1880, para el cultivo de la ciencia y de las bellas artes, se impuso como una obligación celebrar mensualmente sesiones literarias y sesiones científicas, dando de esa guisa manifestación de trabajo en las dos ramas en que la susodicha se dividió al organizarse.

Y fué natural que la Sección Literaria diese muestra de mayor actividad, dado que era en su seno mucho mayor el número de socios, en contraste con el reducido de la Sección Científica.

E impuso, la primeramente citada de las secciones que la característica de los trabajos sería darles aspecto menos dogmático y más de divulgación y esparcimiento, pues de tal guisa más solicitadas y concurridas se verían que imperando una intención académica, pues aburrirían y cansarían al auditorio, mermando para futuras sesiones el número de los oyentes.

Siguiendo tal pensamiento, hecho público por don Silvestre Moreno Cora, se dió a las pláticas sustentadas en el seno de la Sánchez Oropeza, el cariz de *Conversaciones Literarias*, denominativo que tenía mucho de humildad y poco de ostentación.

Decía en el año de 1892, el ilustre Maestro citado, que siendo la literatura la más amplia de las manifestaciones del pensamiento humano, sin tomar esta aserción como una idea pretenciosa, en esas reuniones orizabeñas del siglo pasado, se intentaría cultivar la afición a las letras, dando satisfacción al espíritu y desarrollo a la inteligencia y a las facultades intelectuales.

Agregaba que siguiendo a Alfonso de Lamartine, en esa actividad de cultivo intelectual se podrían abarcar las múltiples manifestaciones del pensamiento humano, tales como la religión y la moral, la filosofía y la política, la ciencia y las artes, la poesía y la novela, la elocuencia

oratoria y la dramática, en fin “todo lo que bendice, todo lo que consagra, todo lo que civiliza, todo lo que dirige, todo lo que enseña, todo lo que perpetúa, todo lo que encanta al género humano”. Y agregaba Moreno Cora que dentro de esa amplia concepción, “todos tenemos en mayor o menor grado, el sentido literario”.

Por ello el cultivo de esa nuestra afición se siente empujado por ese mismo movimiento conservado en potencia, que solamente ha menester, en el momento propicio, de una ligera insinuación para despertar y lograr futuro desarrollo.

Cultívase desde niño al entusiasmarnos con los relatos que la abuela nos contaba en la quietud del hogar; anímase muy mucho más cuando buscamos en las páginas de nuestros libros de lectura el relato epopéyico de las gestas pasadas; encúmbrase más alto cuando, resultado de una enseñanza, buscamos en páginas de más importancia la relación de un episodio, el desarrollo de una acción interesante, máxime si viene vestido con la púrpura real de una elocuencia o con el pictórico aletear de un discernir poético. Y reconocemos entonces cuán grande es el valor de aquella narración y qué enorme es, asimismo, la manera de presentarle. Y reconocemos, sin grandes trabajos, el valer de una inteligencia que nos brinda y nos revela el tributo de su talento o de su ingenio.

Y nos identificamos con los autores, penetramos en su pensamiento, vivimos su propia vida; sintonizamos nuestra mente con la del dilecto escritor que saboreamos y, al hacerlo así, en una exposición que tiene aspectos de monólogo, entablamos con él una plática muda, engrandecida por nuestra dedicada atención y conversamos, dialogamos con él, le interrogamos en silencio y saboreamos con deleite las respuestas, porque ellas son afines con nuestro pensamiento, dado que las forjamos a nuestro gusto y satisfacción.

Y esta comunicación inteligente entre el autor y quien le escucha o le lee, se hizo presente en la ciudad de Orizaba, la noche del 31 de diciembre de 1880, cuando se inauguraban los trabajos literarios de la Sociedad Sánchez Oropeza, “cumpliendo una de las obligaciones que se impuso en sus estatutos y realizando uno de sus más vivos deseos”.

Bello en sumo grado por su intención, abundante en conceptos

explicativos sobre lo que es la literatura, atildado en el decir y claro en la exposición, fué el Discurso inaugural pronunciado por don Silvestre Moreno Cora, en aquella noche en que tan distinguido educador tuvo oportunidad para dar testimonio público de agradecimiento a quienes bondadosamente habían organizado aquella “modesta fiesta de familia” y para rendir devoto elogio a las letras, a cuyo culto y devoción dedicó los ratos que sus ocupaciones le brindaban.

Y consecuente con el pensamiento de que aquellas reuniones deberían ser acercamiento espiritual y comprensivo, expone en esa ocasión que “repugnaría todo estudio dilatado y prolijo”, aunque a veces lo exigiera así el tema a desarrollar.

Sin embargo, el pensamiento de Moreno Cora se eleva nuevamente llevado por su entusiasmo por las bellas letras, recuerda frases de Cicerón, “el hombre más universal de la antigüedad —como lo llama uno de sus biógrafos— orador, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la República, ídolo y víctima del pueblo”. Y dice que éste ha dejado expresiones que aun en el transcurso de los siglos no han perdido nada de la verdad asentada, ni ninguna de las bellezas que le adornaban. Y transcribe párrafos de la peroración que dedicase al poeta Arquías, después de haber demostrado que el cultivo de las letras fortifica el amor a la virtud: “Pero aun cuando no se tomase en cuenta esta grande ventaja y, en estos estudios, no se viese otra cosa sino el placer que nos proporcionan, no por eso dejaríais de considerar esta recreación del espíritu como la más digna de un hombre y de un ciudadano libre. En efecto, los otros entretenimientos no son ni de todas las horas, ni de todas las edades, ni de todos los lugares. Pero las letras alimentan a la juventud y regocijan a la vejez: en la prosperidad son nuestro adorno más precioso, en la adversidad nos proporcionan un asilo y un consuelo; nos rodean en el interior de nuestra casa, no nos estorban fuera de ella; pasan la noche con nosotros, con nosotros viajan y nos acompañan en la soledad de los campos...”

Pero desea vaciar todo ello en una sencilla, amena y discreta *conversación*, que nos acerque e identifique con el auditorio que acompaña y escucha.

Y como encauzador de estas actividades brinda consejos que son enseñanza y recomienda a quienes han de tomar a su cargo estas actividades, que deben hacer acopio de abnegación, para que se olviden de sí mismos y se entreguen por completo al desarrollo de su asunto. Meditar, meditar mucho sobre el tema a desarrollar; meditar profundamente, insistentemente, para que la expresión sea fácil y elocuente en el momento del desarrollo y de la exposición, para que sea espontánea y fácil, como lo requiere una conversación; hacer acopio de sencillez, sin tener presente preocupación alguna sobre lo que se dice, recordando que debe huírse de todo rebuscamiento y acercarse a lo natural, que es preciso intentar “escribir como se habla y hablar como se piensa”, porque en todo ello está el secreto del triunfo; tener presente siempre que la manera peculiar de cada uno para expresar su pensamiento y desarrollar la idea, ha de ser evidente muestra y reflejo fiel de lo que es su alma; que ésta solamente se manifiesta en toda su belleza y hermosura cuando está llena de serenidad, cuando se aparta de las inquietudes del amor propio, lejos de toda clase de envidias y de pasiones.

El conversador ha de ser sencillo en su narración, claro en su exposición, nítido en las ideas expresadas, sincero en sus sentimientos, natural en sus concepciones.

El estilo ha de tener transparencias y diafanidades para que a través de lo expresado se llegue a la profundidad del pensamiento del exponente, para darnos cuenta del aletear de sus ideas, apacibles y turbulentas, pero que al brotar traigan la limpidez del manantial que invita a abreviar para saciar nuestra ansia de saber y nuestra ansia de ilustración.

Y confirma su pensamiento Moreno Cora cuando dice con seguridad y firmeza:

“De esta suerte, las conversaciones científicas o literarias, que aunque impropriamente solemos llamar conferencias, serán no menos útiles y agradables para los que se comprometan a darlas que para los que asistan a ellas, en busca de solaz y de un entretenimiento provechoso”.

Y a decir verdad, que en el transcurso de los años aleteó en la tribuna de la Sociedad Sánchez Oropeza el verbo elocuente y castizo, el concepto claro y exacto, la policromía de la bella poesía, la ductilidad

de una acerada prosa clásica, de un gran número de socios de la misma Sociedad, que supieron dar forma y precisión al pensamiento de Moreno Cora; pero entre todos ellos, encúmbrase con méritos propios por su especial personalidad y por su peculiar manera de atisbar los ángulos diversos de los temas que desarrolla, el dilecto autor de *La Calandria*.

Es el conversador más atinado y pulcro en su decir, que entusiasma y asombra a su auditorio, porque sabe llegar a él, compenetrarse en él, sentirse con él, vincularse con él, para que en íntima comunión de espíritu le sienta y le comprenda, le oiga y le replique mentalmente, establezca con el conversador el diálogo mudo que se adivina cuando, en verdad, se ha realizado el ideal magnético de un entendimiento mutuo, de una amena y sutil y delicada conversación.

Rafael Delgado tuvo en el seno de la Sánchez Oropeza sus mejores triunfos como conversador y decir tal cosa parecerá redundante, dado que quienes le conocieron y trataron supieron en verdad cuán agradable, amena y entretenida era su charla a la vera de la cátedra, en el ambiente familiar de una reunión, en la apacible soledad de una campiña atravesada en deleitosa excursión, alrededor de una mesa en que se brindaba el mismo pan y la misma sal o el deleite del néctar de una opalina bebida tan grata a su paladar. Delgado, se engrandece y magnifica cuando su conversación, convertida en oro de muchos quilates, va a desgranarse sobre un auditorio ávido de escucharle y de deleitarse con la belleza de su frase castiza y poética y pronto a recibir, asimismo, el regalo de una ofrenda de conocimientos de un tema que de nuevo, acaso, no tuviese mucho; pero al que él supo darle la novedad de una nueva visión; al que él supo hallarle visos de un nuevo reflejo; al que él encontró el concepto de una singular interpretación.

El día 15 de agosto de 1886 se descubre en don Rafael Delgado una veta aurífera, que aunque sospechada por sus conterráneos, no había mostrado a la luz del sol la riqueza que contenía.

A falta del conferenciante de esa noche en la velada de la Sánchez Oropeza, que lo era don Gregorio Mendizábal, asume la responsabilidad de entretener al auditorio, el delicado poeta que cuatro años después adquiriría renombre literario con la publicación de *La Calandria*.

Y se le va a escuchar con curiosidad y con cariño, con atención y con interés desusado.

Con una notable facilidad y usando de los consejos señalados por Moreno Cora, en correcta expresión, en elegante dicción aborda tema interesante y de belleza inaudible: improvisa delicada conversación sobre la *Importancia de la poesía como uno de los elementos de civilización*.

Arrebata en forma gradual a su auditorio, pues acrecentando el interés por lo que habla, llega a la cúspide de su plática con seguridad que entusiasma no sólo a su auditorio sino también a él mismo, se permite romper lanzas contra quienes no quieren a los poetas, y que siguiendo el pensamiento del divino pero diabólico Platón, desearían que los poetas, coronados de flores, fuesen desterrados de la sociedad. La poesía misma, que tanto desdeñaban, sirvió a Homero para dejar en versos inmortales la Historia de la antigua Grecia; la *Divina Comedia* del inmortal florentino, encierra todo un compendio de historia de la Edad Media. Y siguiendo la vehemente defensa de los aedos llega hasta el siglo XIX para enseñarnos que en el *Renato* de Chateaubriand, en el *Werther* de Goethe, en el *Rafael* de Lamartine y en el *Rolland* de Alfredo de Musset, se adivina una ansia infinita por algo mejor, lejano del tedio imperante de la vida. ¡Y es obra de los poetas, de aquellos que querían ver que coronados de flores, colmados de honores y acompañados de los más distinguidos ciudadanos, fuesen llevados hasta los confines del país y expulsados para siempre de él como perniciosos para la República!

Poco después de un mes de la plática anterior, el 15 de septiembre del mismo año de 1886, y obligado también por las circunstancias: la falta de asistencia de don Gregorio Mendizábal, es escuchado por un

auditorio ávido de saborear la belleza de dicción y las enseñanzas del cordobés.

Con esa modestia acostumbrada en él, deshaciéndose en cumplimientos para quienes van a escucharle, amparado por la cariñosa bondad que le han demostrado y deseando sobremanera hacerles gratos los breves momentos que ocupará su atención, habló del *Amor a los libros*, "que son como la representación sensible, la forma material más elevada de las concepciones del espíritu humano".

¡Qué lejos estaría de nuestros ojos no advertir en esta bellísima conversación, la riqueza de dicción a que nos tiene acostumbrados! Máxime que el tema es propicio para que la imaginación pinte con propiedad lo que el interesante asunto sugiere.

Ante el auditorio que le escuchó describió la evolución del libro; desenvolvió los voluminosos rollos de *papyrus* que se guardaban en las bibliotecas de Egipto, las tablillas enceradas que utilizaban los hebreos y los romanos, los pergaminos de Nisia y el papel de los Arabes, hasta llegar a la invención de Guttenberg.

Con qué devoción y con qué paciencia y con qué sencillez el polígrafo nos lleva de la mano y nos deja contemplar el trabajo desarrollado en monasterios, siendo testigos de la enorme paciencia de aquellos dedicados y silenciosos moradores de los mismos, que llegaron a poner un rayo de enseñanza en las líneas dibujadas por sus hábiles manos que transcribían el legado de la antigüedad.

Con cuánto romanticismo y pasión, Rafael Delgado fué exponiendo su pensamiento claro, prístino; fué mostrando su devoción por el libro, desde el primero que tuvo en sus manos, que fué acaso el fruto que una devoción maternal puso en sus manos hasta los que nuestra curiosidad fué a buscar, ávida de leyendas y de historias, y, asimismo, los que encerrando la descripción amorosa de un idilio, encendieron nuestro corazón porque tienen mucho de nuestros propios pensamientos, de nuestras alegrías y de nuestros dolores.

Perrault, *Las Mil y Una Noches*, Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, y muchos otros más alegran el recuerdo de nuestra infancia ingenua; otros nombres de más enjundia y señoriales se asoman en nuestra juventud; otros de reconocida nombradía universal llenan el ansia de

deleite de nuestra madurez intelectual. Y todos ellos son factores de cultura y de interés.

“El libro, dice el expositor, es el signo de la moderna cultura, el rasgo característico de la edad contemporánea, y representa no sólo los esfuerzos del hombre para hacerse digno de sus destinos inmortales, sino que a él van unidas todas las ilusiones, todas las esperanzas y los recuerdos todos de la vida”.

Con gracia elegante pasa ante los ojos de los oyentes desde el libro sagrado del cristianismo, los cuentos de Perrault, las narraciones de los hermanos Grim, la Caperucita, Pulgarcito, la Cenicienta, los encantos de las Mil y Una Noches, y tantos y tantos otros.

Invita a despertar entusiasmo por la lectura y por lo mismo el amor a los libros, en los niños, que contemplan acaso sin interés el rincón de la casa donde se esconde la modesta biblioteca familiar; de esa biblioteca humilde donde se encontrarán en amable compañía la Historia de la Iglesia, la Historia Universal, los Anales Patrios, algunas bellas novelas y deliciosos volúmenes de exquisitos poetas.

La habilidad del mentor despertará en el corazón infantil el cariño a aquellos volúmenes, por los que han paseado los ojos generación tras generación, donde han quedado prendidos en cada página los recuerdos familiares, tristes y alegres, lisonjeros y dolorosos, pero llenos de esa realidad amorosa que ha formado el calor del hogar.

¡Qué bellos poemas en prosa va dejando en honor de los libros la penetración psicológica del conferenciante! ¡Cómo van tomando cuerpo y personalidad los volúmenes encontrados en el viejo anaquel! Salta, atrevido el libro de texto: “huraño y gruñón a veces, pesado y soporífero en otras”, contrastando su actitud con el dúctil y apacible, romántico y soñador libro de versos del poeta preferido, cuya lira vibra “al unísono con nuestra alma y en cuyas estrofas palpitan y cantan los anhelos de una vida sedienta de gloria y de placer”; o con la sentimental novela que ha de llenar nuestro espíritu con halagadoras esperanzas.

¡Qué grata impresión deja con su amena y delicada conversación cuando se refiere al bibliófilo, que con devoción rayana en creencia, entra a la tienda del librero a contemplar con unción la hilera de lomos

que se asoman en los huecos de los estantes para despertar el ansia de poseerlos y llenarlo de amargura en su imposibilidad por adquirirlos!

Y cómo un deseo humilde va acrecentando en aspiración y se antoja poseer el manuscrito, la edición elegante, la impresión agotada, el ejemplar numerado o la joya única de desaparecida obra antigua: el incunable, el Elzevirio, el Plantino, el Manucio, etc.

Y con cuánta justeza nos lleva de la mano por una ficticia Biblioteca en la que ha colocado sobre la portada las palabras de un viejo cronicón castellano: "*Catad que cuando oramos fablamos con Dios e cuando leemos El habla con nos*". Repasemos con él tabla por tabla de los anaqueles para ir contemplando la riqueza bibliográfica que en ellos se encierra: viejos conocidos nos saludan y sonreímos a sus atenciones: los clásicos antiguos, los moralistas, los exégetas, los matemáticos, los filósofos, los teólogos, Píndaro, Anacreón, Safo, Andrade, Fray Luis de León, Calderón, Alarcón, Quevedo, Cervantes, Víctor Hugo, Lord Byron, Musset, Lamartine, Horacio, Virgilio, los Bucólicos Griegos, Esquilo, Corneille, Manzoni, Shakespeare, Demóstenes, Esquilo y muchos más.

Después abre al acaso el primeramente cogido y se desprende de la página el protagonista de la obra, como en un intento por saludarnos y despedirnos: viene Renato, llega Atala, se aparece María la de Jorge, se interpone Rafael, nos entristece Werther, y sonríe candorosa Graciela. Todos nos contemplan amables para repetirnos lo que el autor de esta conversación ha dicho con devoción y con cariño: "El amor a los libros nos atrae y nos cautiva en sus redes de seda y oro. Como todo afecto profundo tiene sus dolores; pero como ninguno otro es fuente de inefables placeres y de consuelos tales que, sin ellos, la vida sería, en ciertas ocasiones, ingrata y enojosa".

El 8 de enero de 1887 inaugura una serie dedicada a los Poetas Líricos de entonces. El primero en hacer presencia al llamado de Delgado, fué *Gustavo Adolfo Bécquer*, el melancólico, el entristecido, pero delicado y dulce poeta.

Expone dificultades para la interpretación crítica moderna del aedo, en contraste con la facilidad que se tenía en tiempos pretéritos,

cuando la "crítica era llana y hacedera", porque no había ni anarquía ni diversidad de tendencias, ni agitación de los espíritus perturbados, ni peligro de que lo que se encomiase o ensalzase, cayese en descrédito, se considerase falso y fuese sin dificultad al olvido o al descrédito.

Sin embargo, el conferenciante se inclina con parcialidad al asentar que "toda noción estética y todo principio artístico tienen que ser, en cumplimiento de ineludible ley, consecuencia lógica de una idea religiosa o de un sistema filosófico, y reflejo del estado social, político y moral de un pueblo..." Lejos de esta concepción se piensa cuando no le inclina una creencia religiosa que haya de sostenerse.

Comenta con acierto el viejo principio de que "el arte es la imitación de la naturaleza", visto a través de un "sentido interno de lo bello" que cada uno lleva en sí mismo para columbrar lo que era ese mundo exterior, que era la fuente de la inspiración del artista. Pero vistiéndola adecuadamente, elegantemente, dando a la corrección de la forma y a la pureza de las líneas, motivos para lograr la gracia del contorno.

Brota así, según sus propias y muy atinadas expresiones, producto de su cultura literaria, la "poesía académica de italianos, españoles, franceses, atildada, castiza, amanerada y hasta enfermiza, semejante por lo arcaico de su forma y expresión, a los torsos griegos que la arqueología disputa a las ruinas helénicas; poesía musical, sonora y deleitable por la rima y el número, pero sin intención y sin carácter humano; poesía de árcades, hecha como para ser cantada por los pastorcillos de un tapiz flamenco, animados por el conjuro de una maga".

Tales conceptos se deshacen y se rompen cuando se estudia a poetas posteriores, quienes van a buscar su inspiración en sí mismos, reconcentrándose para encontrarse ellos, para ver su propio ser, para manifestar su propio espíritu: así brotan temores y penas y esperanzas, que tienen, según la expresión de Leopardi, las *cosas de su alma*. Es la poesía subjetiva en oposición a la anterior, que era la poesía objetiva, según el pensamiento alemán, sancionado por el uso; dos ideas que a veces hacían chocar a los preceptistas, exclamando cada uno de ellos, por su lado, que la poesía es *humana música de palabras*, o *celeste*

música de pensamientos; pero asienta con energía nuestro comentado que la mejor poesía se encierra cuando hay *ideas y forma*, en equilibrio, armónicamente encadenadas, hacia una tendencia de unidad y de variedad, creadores en tales casos de la emoción artística, engendradores de la belleza.

En la vieja Hispalis nace el poeta del comentario. Y al referirse a la tierra natal de Gustavo Adolfo Bécquer, nos la presenta en una miniatura de belleza incalculable, con pinceladas de artista maestro, que de su paleta de pintor ha obtenido color y gracia para describirla: “hermoso cielo de Andalucía, incendiado ya por los fuegos de un sol meridional; en aquellas vastas cuencas del sagrado Betis esmaltadas de flores, donde las palmeras mecen sus penachos airosos, las vides trepan por los terrados, desbordando, en cascadas de verdura, sus pámpanos lozanos: tierra rica en gloriosos recuerdos y llena de las memorias de dos razas poderosas —la raza agarena, activa, culta y artística, la raza castellana, recia, vigorosa, altiva y caballeresca— luciendo con orgullo, aquí y allá, cabe los cármenes floridos, ajimeces franjados de azulejos brillantes, derruídos alminares, almenados muros y castillos rotos, el aspecto maravilloso de la mezquita y la majestad severa del monasterio cristiano; región encantadora y llena de misterios, donde aún parecen vagar las sombras de Abderramán III y de Isabel”.

El poeta descriptivo de la naturaleza aparece travieso y risueño en la delicada y elegante prosa del conversador, como queriendo dar fondo a las *Leyendas* del autor sevillano. Y reconoce que la influencia de la escuela sevillana se hace sentir exclusivamente en las citadas, no así en las *Rimas*; llenas de exuberancia y de fogosidad, de detalles y de observación, de vida y de movimiento, características todas ellas que va encontrando el poeta veracruzano en la amenidad descriptiva de personajes y de temas: desde el rey hasta el mesnadero, del trovador al romero, del soldado aventurero al judío, del monje a la dama que sacrifica su vida en un encierro.

Y con acierto indica cómo puede el lector poco ducho en penetrar a las profundidades psicológicas del escritor, dejar pasar el pensamiento principal de la narración, escapándosele la intención perseguida. Y pone al descubierto ejemplos de lo que él ha podido concebir a la

lectura de algunas leyendas: el *Miserere*, el *Rayo de Luna*, la de *Maese Pérez Organista*: el esfuerzo del artista para dar forma a la belleza ideal, el poema elegíaco en busca de la mujer soñada, la protesta dolorosa pero enérgica del genio al que no se le reconocen méritos sino después de muerto.

Nueva profesión de fe hace Delgado en esta ocasión, en contra del Romanticismo "lacrimoso y fantaseador" que no tiene en su "casi olvidado repertorio de su revolucionaria escuela" nada tan delicado, ideal y sentido que el amor de la huérfana de las páginas de *Tres Fechas*.

Adelanta sus comentarios sobre las *Leyendas*, porque para él sirven de base para entender debidamente las *Rimas*, pues en aquéllas debe buscarse "la clave para penetrar todo el sentido de sus versos". Bécquer fué para el conferenciante aedo de talento, que dió a sus poemas una subjetividad penetrante, lo que permitió su acrecentada popularidad; llegó a la masa popular, le entendieron todas las clases sociales; cada una de sus estrofas llevó la huella de su dolor callado y sangrante; cada una de ellas está humedecida con las lágrimas de sus ojos y de su corazón, y fué el pueblo el único que vino piadosamente a secarlas con el pañuelo de su comprensión.

Y se pronuncia don Rafael en contra de quienes intentaron compararle con Enrique Heine, con el que solamente le une la forma de la estrofa; pero siendo inferior al poeta alemán en sonoridad, en sobriedad, en delicadeza, en energía en la expresión y en pulcritud y exactitud en la dicción; en contraste con la precisión y lo concreto de la poesía de Bécquer, que impresionan rápidamente y con viveza el ánimo de quien la lee.

Y Menéndez y Pelayo, citado por el autor de *La Calandria*, expresa que la poesía de Heine "es como música a la cual va poniendo letra cada lector, conforme a lo que su ánimo le sugiere"; es decir, que en el poema del alemán éste se esconde, desaparece, para dar lugar preponderante y preciso a quien lo lee, en tanto que con Bécquer, el lector se compenetra con él, piensa con él, se identifica con él: vive y perdura siempre en sus poemas, sin sustituirlo.

Conceptos acertados de interpretación salen de la pluma de Delgado y nos enseña que las *Rimas* son a manera de cantos nacidos al

impulso de un torbellino de pasión creado por una vida agitada y tempestuosa, pero expuestos a través de una dulzura y serenidad de espíritu, las que inesperadamente son turbadas por temores sombríos; llora y sufre, se lamenta pero no blasfema, es siempre apacible y resignado.

Sentimiento y fantasía campean en las estrofas de Bécquer; ironía acentuada en las de Heine.

Y es de advertirse, como acertadamente sostiene Delgado, que Bécquer no se afilia a la escuela que imperaba aún en su tiempo, aunque en sus últimos aleteos haya tenido envergaduras grandes como las de quienes vivían en tales postrimerías. Pudo seguir las mismas huellas, pero no las siguió, aunque se deslumbrase con la supervivencia de los alejandrinos de Hugo, las languideces de Lamartine, la majestuosidad de Manzoni, las genialidades de Goethe, el hechizo de Espronceda, la melíflua facilidad de Zorrilla, todas esas luminarias del romanticismo que vivían en las postrimerías de él. Pero Gustavo Adolfo Bécquer se sintió capaz, y así lo fué, para volar con alas propias, mostrando originalidad en sus Leyendas, personalidad en sus Rimas y humanidad en sus sentimientos. Unió a su gran inspiración, singular talento, delicadeza y ternura inconmensurables, subjetividad humana y real, colorido y pureza como prosista. Fué uno de los más grandes poetas españoles del siglo próximo pasado.

El 21 de mayo de 1887, vuelve a la tribuna el Maestro Delgado, para proseguir en su tarea de presentar a los poetas líricos del XIX.

Tócale en turno a don *Gaspar Núñez de Arce*; de ese poeta “entornado de una edad agitada y borrascosa, al vigoroso atleta de la edad presente, al batallador recio e indomable que lidia en lucha tremenda por la verdad y la justicia, armado con la espada del canto... al poeta de una generación atrevida y soberbia, de un siglo deslumbrante y magnífico, enorgullecido con sus progresos materiales y sus inauditas invenciones, grande hasta parecer coloso, pero con el espíritu entenebrecido por la duda y el corazón desgarrado por el dolor”.

En el poeta comentado, don Rafael Delgado, va a encontrar aspectos distintos de expresión de los hallados en el de su anterior conversación. Allá hubo apacible exposición de sentimientos delicados; en

éste va a encontrar fogosidad de combate, choque continuo de sentimientos e ideas, lucha entre el pasado y el presente, presagios de un porvenir que “pone espanto en el corazón”: Honores y elegías, grandilocuencia contra indignidades, réplica contra tiranías, profecías y flagelaciones.

Su obra *Gritos de Combate*, se leyó, se devoró en todos los rincones donde se habla español; se repetían sus estrofas, conservándolas en la memoria.

En la Cátedra se analizaban, se comentaban, con atingencia y deleite, *Vértigo*, el *Idilio*, la *Pesca*, la *Ultima Lamentación* de Lord Byron, *Raimundo Lulio*. Se estudiaba en ellos la maravillosa urdimbre de la leyenda, el talento para forjar la trama interesante, la inspiración vigorosa del poeta y la acertada forma poética escogida.

Con exactitud de observador atinado comenta el autor de *Historia Vulgar* la vida en el Continente europeo, “estremecido en su espíritu y turbado en lo más santo de su ser”, para justificar los gritos que salen de la cítara de los poetas, gritos del alma y del corazón, elocuentes y brillantes, con la grandiosidad del tribuno, para hacerse oír de las masas, de la plebe feroz que derroca autoridades y que todo lo niega de manera diabólica. Y se enfrasca después en el panorama histórico de España, donde la Casa de Austria había pasado “como espléndido meteoro, que empieza deslumbrante y acaba destruyendo y aniquilando”. Y con tal panorama la historia de las letras corría al par que aquélla: conceptistas, culteranismo: Ledesma, Gracián y Góngora. Y la influencia llegó hasta el Anáhuac y no se salvó el talento prodigioso de Juana de Asbaje.

Se prolongó en la historia tal situación con los primeros años del reinado de los Borbones; solamente uno que otro destello de verdadera poesía se hizo ostensible en los tiempos de Felipe V, y en el siglo XVIII, “a rastras por los suelos, parecía águila en vuelo poderoso que aliquebrada y sin fuerzas mancha sus plumas en el fango”.

La depuración hubo de venir prendida en los preceptos y Luzán y Gerardo de Hervás, tuvieron gran influencia en esto.

Ya en tiempo de Fernando VI y de Carlos III, se puede apuntar una nueva era literaria.

Pero el paso tuvo sus tropiezos: de la manera culterana se descendió al prosaísmo; de lo que tenemos ejemplo en la literatura mexicana, con el P. Sartorio, fecundo y pedestre, encanto y regocijo de nuestros antepasados; quienes gozaban y satisfacían su estético deleite con la lectura de églogas artificiosas, pintura de desusada poesía campestre.

Solamente hasta Carlos IV, emerge con estatura gigante don Manuel José Quintana; el poeta lleno de energía y de majestuosa entonación.

Delgado, olvidándose un poco de Núñez de Arce se atreve a hacer el panegírico de Quintana; su conversación literaria incluye dentro de ella, una nueva y acertada interpretación sobre el autor de la *Invención de la Imprenta*. Le defiende con pasión y hace reconocer que amigos y enemigos están acordes en conceder a Quintana perfección en su poesía, sobre todo en sus odas, para encumbrarlo en el sitio debido del parnaso español.

Y es merecedor de ello, si no se quieren argüir otros méritos, su patriotismo para cantar la heroica justa entablada por España en contra del invasor francés. Quintana fué el Tirteo español como que en "él alentaba el mismo espíritu que animaba a los vencedores de Bailén, a los indomables soldados de Zaragoza y de Gerona y a los invencibles defensores del Bruch".

Con qué acierto coloca Delgado al comentado Quintana, señalando lo que representa entre los culteranos y los prosaístas, quienes habían olvidado y desvirtuado la tradición horaciana, pues su inspiración apartada por completo de "arranques bíblicos", pónese a cantar por la independencia de su patria y, a veces, su defensa alcanza a toda Europa.

Y volviendo sobre su estudiado Núñez de Arce, lo considera superior en la forma y acaso en la inspiración; solamente que de intenciones más elevadas, se aparta de la masa popular, pero no deja de cumplir con la misión que le corresponde en su época; se hace menos exclusivo y universalista su pensamiento; su lira vibra con las convulsiones del espíritu moderno y el poema resulta vigoroso, viril, humano, lancerante. Todo el siglo XIX palpita en sus maravillosos versos, dice

Delgado. Entiéndase que su interpretador no está acorde con el pensamiento de quienes le combaten por una u otra razón, sino que proclama que hay una equivocación al querer afiliarlo a un partido político, cuando el artista nunca puede encadenar su musa y mutilar su inspiración en aras de una doctrina social, y “la poesía, como todas las artes nobles, no es cosa sin causa ni objeto, tiene divinos orígenes y sagrados destinos, y para corresponder a unos y cumplir los otros necesita de libertad”.

El artista —comenta— debe tener libertad para expresar su sentir, su pensamiento, para realizar la belleza; de lo contrario sería mutilar su envergadura e impedirle los vuelos grandes, convertirle en águila que se arrastra cuando nació para conquistar las cumbres, para contemplar desde lo alto las bellezas de los valles floridos; para oír la música de los torrentes impetuosos.

Y el creyente sincero aparece en el comentario, justificando a Núñez de Arce, porque a su modo de ver canta para una sociedad corroída por el cáncer de la incredulidad, degradada por su falta de convicciones.

Se entusiasma al leer el poema de Raimundo Lulio, porque encierra un simbolismo, porque tiene un gran sentido alegórico; además porque con espíritu sensato se adivina la segunda intención del poeta. Simbólico es el susodicho poema, como lo fueron las obras de Dante, de Calderón, de Schiller, de Goethe.

Es también cualidad que hace notar el conferenciante: la unidad entre sus Gritos del Combate, sus Poemas y su Teatro, diferenciándose solamente por los tonos distintos que suele dar en ellos.

Recuerda el drama del Vértigo, el amor virtuoso del Idilio, el amor a la Libertad de la elegía de Lord Byron, la lucha entre el hombre y los elementos en la Pesca y en Maruja.

Indica convencido y con razón las bellezas de La Visión de Fray Martín y de la Selva Oscura, sobre todo en la forma, que es irreprochable, llena de perfección como no la tuvo poeta alguno. ¡Qué bien que maneja la décima, la octava real, la silva, el soneto, el terceto italiano! Rivaliza lo grande de la idea con la frase tersa y clara, diáfana y correcta, fácil y espontánea, natural y verdadera! “Consortio feliz de

la idea y de la forma, enlace divino del espíritu vago y superior y del cuerpo real y perfecto”.

Y todavía un mérito más: el de la innovación, pues creó formas nuevas, moldes distintos a los usados, renovó valientemente otros de ellos. Y para demostrarlo allí está Idilio, con esa bella y grata combinación de seis versos.

En el año de 1888 sustenta tres Conversaciones el ilustre cordobés: una fué dedicada a Lamartine, otra a Leopardi y otra al Amor a las Flores, que cerró su contribución el 22 de septiembre de 1888.

La primeramente citada, sobre Lamartine, no fué escrita sino que se perdió en la memoria de los concurrentes; solamente quedó de ella, escueto comentario de Moreno Cora: “En el mes de junio del año de 1888 dió una plática Delgado, sobre *Alfonso de Lamartine*, en la Sociedad Sánchez Oropeza; plática que fué una de las más instructivas y agradables que haya producido”.

La siguiente Conversación fué en honor de *Leopardi*.

La coincidencia de llevar aún lacerado el corazón por la muerte de su padre, acaecida el veinte de enero de ese año de 1888, le hace recordar también que el poeta de quien ha de tratar fué asimismo víctima de grandes infortunios.

Y se engolfa en describir lo que es el dolor, “tan antiguo como esta mísera humanidad”. Ahonda su exploración y escudriña en la literatura griega lo que sobre el dolor pueda encontrarse, y apenas si recuerda haber hallado algunas alusiones en Hesíodo, en Simónides de Amorgos, en Sófocles, en Eurípides, en Platón.

Hasta que llega el Cristianismo hay verdaderas alusiones al dolor antes expuestas, asimismo, por el pueblo judío. Aparece en la bella exposición hecha por Delgado, la enorme tragedia de Prometeo, encadenado a una roca, para vivir en eterna agonía, roído por el hambre de voraz buitre, como castigo por su audacia de haber robado el fuego; después Titán sufre la venganza de los dioses; posteriormente aparece la figura del desdichado Rey de Tebas que extiende su dolor hasta sus hijos: dando lugar a la creación inmensa de Sófocles con su Edipo. Y para presentar atinadamente sus afirmaciones, Delgado se extiende en bellos comentarios sobre el *Prometeo* y sobre el *Edipo* y para contras-

tar sufrimientos con devociones, exhibe con naturalidad y elegancia, con interés y acierto, las figuras de Ismenia y Antígone, “tipos de mujeres delicados y bellos”; hermosa y grácil la primeramente citada, bella como una escultura pagana; la segunda, asimismo bella, pero empalidecida por el mismo dolor y por el sufrimiento, siempre afable, siempre cariñosa para con su padre, dedicada a él aun con sacrificio para su porvenir, sirviéndole de lazarillo, siempre atenta a consolarle y a confortarle, siempre con ternura, siempre amorosa, siempre llena de piedad filial. Al decir de Delgado todo esto señalaba una concepción especial del dolor, al que no consideraban sino como un “azote injustificado de los dioses; un destino ciego, incontrastable e invencible que pesaba sobre la criatura desde su nacimiento...” Entre los griegos había una idea de la vida, más objetiva, sin ningún viso personal y subjetivo.

Y deplora no hacer iguales comentarios con tipos perseguidos por el dolor aparecidos en otras literaturas: Ahsvero, el judío errante; Manfred, creación nebulosa y terrífica de la literatura inglesa; don Alvaro de Calatrava en la española.

Y va a limitar sus nuevas impresiones a la figura conocidísima del paciente Job, “caído desde la cúspide de la felicidad y del poder hasta los abismos oscuros de la desgracia y la miseria; derribado del doble trono de la dicha y del amor, miserable, olvidado de su esposa y despreciado de sus hijos, acremente burlado por la amistad, con el cuerpo cubierto con las úlceras asquerosas del gafo, tendido en los fangos inmundos de un esterquilino y rayendo con un pedazo de teja sus carnes llagadas...”

Y acerca a él la figura de Jesús, para demostrar la diferencia entre Edipo, Prometeo y Job: en el primero hay expiación, en el segundo hay venganza y en el último sólo existe una prueba; lo que es clara y diferente expresión de concebir el dolor. En Job, el dolor ennoblece y redime; no es temido como entre los paganos, sino es hasta cierto punto atractivo, lo que no puede ser comprendido sino por el que cree, y tal cualidad fué obra del Cristianismo, que logró hacer del dolor una “fuente de virtudes inagotable y fecunda”.

Después con un gran conocimiento de la literatura ensalza la len-

gua italiana, y pasan debidamente clasificados con un solo adjetivo, los nombres más distinguidos dentro de la riqueza artística de la Italia: Bocaccio, Alfieri, Caro y Cessarotti, Marini, Frugoni, Lorenzi, Dante, Parini, Metastasio, Casti, Monti, Fóscolo, Silvio Pellico, Manzoni, Leopardi.

Y a este último que es motivo de la plática, lo considera como poeta, como filólogo, como filósofo.

Fué este ilustre poeta un autodidacta, un precoz poeta, de imaginación fogosa y de enorme talento.

De perseverancia envidiable, se empeñó en el conocimiento del griego y lo logró, traduciendo a cuantos autores tuvo a su mano en la biblioteca de su casa. Y se recomienda como fruto de esta actividad la Crónica de Eusebio, versión de alto mérito y de calidad enorme.

Incansable en el trabajo dió frutos opimos y fueron numerosas las obras que escribió.

Sus cartas de presentación como poeta, fueron tres magistrales composiciones: una oda a Italia, otra al Cardenal Mai y una última al monumento a Dante que se proyectaba en Florencia.

Tiempo después, dolorido por sus enfermedades, débil y lisiado, consideró sus desgracias y tormentos de tal guisa, que fué “rodando de abismo en abismo hasta caer en terribles y radicales negaciones”.

Y pensó escribir una serie de himnos sagrados, y entre los apuntes que hizo para su desarrollo, se advierte el pesimismo que más tarde ha de apreciarse en todas sus obras, y después se nota su conversión: se vuelve ateo; no niega, pero no mienta a Aquel en quien creía. Y de ese cataclismo solamente le quedó el dolor, que fué fuente de su inspiración y base de su filosofía. Dolor crecido por infortunios familiares; distanciamiento en los que la rigidez del padre así como su intransigencia, fueron factor en su pobreza y miseria: sus *Pensamientos* son cruel acusación y escape a su dolor y presagio de su especial filosofía, cuando va a decir que el “no ser es superior al ser” origen de su doctrina “de la infelicidad”.

Pero no obstante su triste situación, supo ser un poeta que sintió a su patria. Prueba de ello fué la citada *Oda a Italia*, poema de una virilidad grande, bella en la forma, inspiradísima en su intención.

De sus obras líricas, considérase como la mejor, su composición a la *Retema*, cuadro de las pintorescas comarcas napolitanas, y en donde pónese a considerar cuán breve y fugitiva es la existencia y qué tonto es “el afán del hombre por sobrevivir a todo”.

En sus últimos años, el poeta fué altivo y fué soberbio, despreció sus sufrimientos y fué sereno aunque vivió sufriendo y despreció el consuelo.

Leopardi, fué, según palabras del conferenciante, “el tipo de un dolor enteramente nuevo, del dolor en el hombre moderno, entenebrecido y desesperado por echar en olvido, con soberbio desdén, la noción cristiana del dolor”.

El 22 de septiembre de 1888, volvió Delgado a deleitar a la concurrencia con una conversación delicada y bellísima, novedosa y encantadora, a la cual intituló “*El amor a las flores*”.

Pretende en esa noche olvidar a los poetas líricos del siglo y volver la cara a la Naturaleza, hacia el escenario que brinda el mundo vegetal, ir a buscar el secreto misterioso que las flores tienen para alegrar espíritus y conquistar corazones.

Y citando a Chateaubriand, dice “que la flor da la miel; hija de la mañana, encanto de la primavera, fuente de perfumes, gala de las vírgenes, amor de los poetas, pasa rápida como el hombre, pero devuelve sus hojas a la tierra”. Fué adorno en los festines y corona en la testa de los sabios; mortaja para los mártires del cristianismo y devoción en los altares de las catacumbas.

Y al hacer el panegírico de las flores, con qué poesía la va mostrando a la vera del camino, en la maraña del bosque, prendida como una ilusión en el verde esperanza de una rama; en los espinos, contraste de existencia, para embalsamar el ambiente, cráteras de color en que puede beberse el ansia de un ensueño mecido por la brisa primaveral, policromías de mariposas posadas en las ramas, en los matorrales, en el suelo mismo, como una alfombra multicolor vaciada por el sol.

Y a seguida, la misma historia, enamorada, la toma como símbolo y la defiende con la fuerza que vomita metralla y terror, muerte y desolación.

Con místico respeto se mira en el Oriente el loto, símbolo de “la

eterna palingenesia del mundo y del hombre, la destrucción constante y la reproducción sin término". Con igual respeto sagrado, en Egipto, se contempla la ninfea, el papiro, el nenúfar, porque para ellos las flores son signo de pureza, emblema de la ciencia, de la fecundidad y de la hermosura; en el Atica, los laureles y las rosas de Chipre y el amaranto, eran tributo a poetas y a sabios; en Roma "alfombraban el camino de los vencedores" y ponían un alegre perfume en las fiestas y en las orgías.

Después en la nueva era del mundo, con el advenimiento del cristianismo, la flor tomó sitio más perenne y representativo.

Se vió "en todas partes la flor y por doquiera la flor, como expresión de todo lo que es bueno, y de todo lo que es grande y elevado".

La leyenda y la historia se disputan la poesía de las flores.

En el día consagrado a la Venus Ericina, en Roma se engalanaban las cortesanas con rosas y con mirto; en los banquetes, se coronaban con rosas para garantizarse contra la embriaguez. Y cuando sirve la rosa para honra funeraria, se recuerda que nació de la sangre de Adonis. Y el cristianismo demuestra especial aprecio hacia las rosas: a María la denomina Rosa Mística y le dedica el mes de mayo, que es el mes de las rosas; la Pascua de Pentecostés se llama Pascha Rosata en italiano y ¿acaso el Rosario no es una guirnalda hecha con los frutos del escaramujo, que es la rosa canina? ¿Y la Rosa de la Madona y la Rosa de Jericó?

Y en la vieja Inglaterra la casa de Lancaster y la casa de York se envolvieron en una guerra por tres décadas y aquella lucha se bautizó con el nombre de la *Guerra de las dos Rosas*: una roja y otra blanca.

Y se recuerdan otras tantas mujeres de estirpe real que cayeron como flores, tronchadas en la plenitud de su belleza: La Estuardo, María Antonieta. Y se rememoran las flores que en los escudos de la nobleza tienen una indicación precisa y clara: la flor de lis, el cardo, la violeta, etc.

"...la flor, intérprete de los sentimientos más delicados del corazón y de los recuerdos más queridos, contiene en sus caducos pétalos historias memorables. Después de alfombrar el camino de los vencedores es

historia viva de sus triunfos y de sus grandezas y en su corola perfumada puede leerse, como en un libro, el himno triunfal de la victoria, la elegía tristísima del destierro, la odisea del ostracismo, y la estrofa dolorida del sepulcro. . .”

Paseo por los campos va a emprender el conferenciante, que fué tan amante de excursionar en una ansia por contemplar directamente a la Naturaleza y vivir en eterna comunión con la misma. Recorrido de vegas y de valles; deambular por laderas y vertientes, van a llevar a los que escuchan el pensamiento y el sentir de un enamorado de la campiña. Y entre perfumes de flores y gorjeos de pájaros, contemplarán nuestros ojos la hermosura de las flores agrestes, modestas y dulces, pero alegres y bellas.

Después la excursión se encamina hacia las maravillas de los jardines: los de Inglaterra, los de Bélgica, los de Francia: Pulhravi, Bleinheim, Versalles, San Ildefonso, Miramar.

Aquí y allá, entre senderos floridos, cabe las fuentes rumorosas, descollarán orgullosas, altivas, bellas y aristocráticas la variedad infinita de flores, nacidas al encanto mágico de los pinceles de Delgado, que aunaba a su calidad de poeta, sus amplios conocimientos sobre plantas y flores: alfombró su conversación con multicolores pétalos de las descritas, dejando en el ánimo de los oyentes el perfume con que quieren congraciarse con el hombre: azucenas y lirios, narcisos y jacintos, tulipanes, capuchinas, camelias, azaleas, rododendros, magnolias, gardenias, orquídeas multiformes y muchas y muchas otras.

Y las roba de esos lugares y va a engalanar balcones y ventanas, para que tengan el encanto de floridos vergeles y señalar consciente con su pensamiento, donde vive un corazón sencillo, el corazón de un hombre bueno.

Y confiesa Delgado, que debe su devoción a las flores por tradición familiar, a seres que amó siempre y que les guarda en su corazón predilecto lugar.

El 16 de febrero de 1889, consagra Delgado su plática al poeta don José Joaquín Pesado; aquel aedo que supo cantar en clásicos sonetos los alrededores de Orizaba.

Señaló la independencia de éste en cuanto a filiación en escuela

alguna, aunque tomó de los poetas clásicos del siglo XVI forma y clasicismo, aunque no sin advertirse la influencia de Lamartine.

Fué inspirado, pero diferente a lo que ostentan quienes no saben huír del desorden de las ideas y de la incorrección en el decir, “que suelen confundir algunos con el genio poético”. Hubo en Pesado sensibilidad exquisita y percepción clara: allí quedan sus poemas bíblicos y sus poesías descriptivas para muestra de ello.

Y termina señalando cuáles han de ser los caracteres que deben distinguir a una escuela esencialmente nacional: “Pureza en la forma, verdad en las ideas y, por lo mismo, perfecta armonía entre el acento y la expresión; observación atenta de nuestra índole y de nuestras costumbres, reproducción fiel de nuestra vida intelectual y moral”.

Desgraciadamente, Delgado no escribió esta conversación y solamente queda el recuerdo vago de lo que en notas tomadas por amigos que le escucharon, dejaron asentado.

De nueva cuenta aborda la tribuna de la Sánchez Oropeza, el 15 de junio de 1889. Esta vez para conversar sobre don *José Zorrilla*.

Por desgracia, tampoco esta plática fué escrita y las referencias han de basarse en los recuerdos.

En ella asienta consideraciones sobre la poesía lírica, que lo comprende todo, porque es fácil al estímulo de la Naturaleza y de los afectos; porque puede exponer con fidelidad, con pristina elegancia, el cuadro o boceto que se engendra a tales incentivos.

Habló del romanticismo; señaló su origen, le clasificó como un regreso a las ideas cristianas, de las que se había apartado la escuela neoclásica, resucitando el paganismo.

Nombres de autores franceses se entremezclan con los de Italia y España y sienta bases para hacer paralelo entre el romanticismo alemán y el de los pueblos latinos.

Y señala el nacimiento de un poeta, Zorrilla, ante la tumba de un distinguido escritor, don Mariano de Larra.

Indica acertadamente las características del nuevo aedo: defectos y cualidades. Entre estas últimas su facilidad para la versificación, la armonía entre forma e idea, su inteligencia con el pueblo que lo lee, su facilidad descriptiva, su exuberante imaginación, a veces desbordada porque no cabía en el molde.

Y, por último, trajo a la memoria la obra dramática de Zorrilla, sin dejar de detenerse con pasión, en la que año por año recuerda la existencia del fácil y sonoro poeta español: don Juan Tenorio; lo que le permitió, asimismo, señalar imitaciones posteriores y hacer referencias pretéritas, formando un florón con los nombres de Tirso de Molina, de Molière, de Lord Byron, de Mozart.

Y el 19 de octubre de 1889, se le escuchó por última vez como conversador, en ocasión del Centenario del nacimiento de don Manuel Eduardo de Gorostiza.

Con una facilidad que le daba el conocimiento que tenía del teatro, estudia al autor de *Contigo pan y cebolla*.

Dice Delgado que de todos los géneros conocidos de la poesía, ninguno tiene más altos fines artísticos que la dramática. Ella encierra todas las bellezas y todas las dificultades, porque "abarca lo interno y lo externo, lo subjetivo y lo objetivo...", lo real y lo ideal, lo particular y lo general, el mundo de las cosas y el mundo de las ideas, las pasiones y los sentimientos, las virtudes más puras y los vicios más abominables, las ambiciones del Monarca y del Conquistador y las desventuras del proletario y del mendigo, la historia, la filosofía, la moral y la religión, todo cae bajo su cetro, todo queda sojuzgado al imperio de su poder".

Tras de ese concepto de la poesía dramática, que sustentó apasionadamente, habló de la Comedia Española, también con atingencia, con acertado criterio. Y se refiere principalmente al elemento cómico que prevalece en el teatro español. Y le busca raíces fuera del mismo teatro y se lo encuentra en Cervantes y en Quevedo, en Fernando de Rojas.

Sus acertadas observaciones fueron punto de partida para hablar del teatro de Gorostiza, asentando de paso que fué en el teatro francés donde se encuentra la forma proporcionada y perfecta, que de esa guisa devolvía Francia a España los modelos que de ella tomó.

Y refiérese a continuación al estado de decadencia en que cayó el teatro español a fines del siglo XVIII; que fué necesaria la aparición de don Leandro Fernández de Moratín para traer el remozamiento de la escena española. Y de éste fué amigo Gorostiza y supo aprovechar las enseñanzas de aquél: allí está su *Indulgencia para todos*

como ejemplo de la aseveración: "comedia de carácter con todos los rasgos que constituyen la fisonomía de las obras moratinianas".

Después asombran por su sátira fina, por el chiste escogido, por la moralidad que tienen, *Las costumbres de Antaño* y *Contigo pan y cebolla*, que son el "trípode de su gloriosa fama".

Y señala que fué tal la importancia de Gorostiza en su época, que no debe dársele calificativos con nombres ajenos: el Moratín mexicano, el Bretón de México, que tiene calidades tan grandes que por sí solo "su ilustre nombre puede tener significación literaria en la Madre España. . ." Allá puede ser, según opinión de Delgado el "paso de la Comedia de Moratín a la Comedia de Bretón; de la seriedad y atildamiento clásicos al regocijo libérrimo y a la amplitud burguesa del festivo autor de la *Marcela*".

Refirióse, también, Delgado, al principio de su Conversación, a otras actividades de Gorostiza: estadista, patriota y combatiente, en las que puso siempre al servicio de la patria, su entereza, su talento y su energía.

He aquí expuestas las cualidades que como dilecto conversador poseía don Rafael Delgado; faceta literaria en la que no tuvo, en aquella Sociedad Sánchez Oropeza, quien le disputara merecimientos. Fué elocuente en lo que exponía, como que conocía a fondo el tema que abordaba; fué pulcro y elegante en su dicción, a la que supo vestir con la sencillez y con la riqueza del habla castellana, y adunó a esas cualidades, prestancia en la manera de exponer sus ideas, porque no aprisionado en la tribuna del orador, dió rienda suelta a la gracia, sencillez y atingencia que poseía cuando dialogaba o conversaba con sus amigos, que como tales calificó siempre a quienes escucharon sus elegantes y poéticas Conversaciones Literarias.

FRANCISCO R. VARGAS

*IMPORTANCIA DE LA POESIA COMO
UNO DE LOS ELEMENTOS
DE CIVILIZACION **

En la Velada del 15 de agosto de 1886, en lugar del Dr. Mendi-
zábal, disertó el señor Rafael Delgado.

Inspirándose en algunos de sus estudios literarios anteriores, tomó como asunto de su improvisación, la *importancia de la poesía como uno de los elementos de civilización*, combatiendo a los que fundándose en las utopías del divino Platón, desearían que los poetas, coronados de flores, fuesen desterrados de la Sociedad. Dijo con este motivo, que la poesía, como uno de tantos elementos que forman la vida intelectual de la Humanidad, no es menos digna de estudio y atención, que la Historia misma trajo a la memoria los poemas inmortales de Homero, que son como el resumen de toda la Civilización Helénica, y la sublime Comedia del Dante, que es el compendio de toda la Civilización de la Edad Media; y refiriéndose a la época presente, ¿cómo podrá ésta caracterizarse en los siglos futuros —dijo— si no se estudia ese estado especial de los espíritus, ansiosos de lo infinito, disgustados de la vida presente, soñando siempre algo mejor, consumidos por el tedio de la vida, estado que se revela en las creaciones poéticas de nuestros días como el Renato de Chateaubriand, el Werther de Goethe, el Rafael de Lamartine, y el Rolla de Alfredo de Musset?

El Dr. Delgado habló con notable facilidad y en un estilo correcto y elegante.

* Conversación Literaria sustentada en la Sociedad "Sánchez Oropeza" el 15 de agosto de 1886.

EL AMOR A LOS LIBROS *

Señoras y Señores:

Como en nuestra última velada y por la misma causa, me veo obligado a demandar nuevamente vuestra indulgencia y a ocupar esta tribuna reservada hoy a nuestro Presidente el Señor Doctor D. Gregorio Mendizábal, a quien las atenciones de su noble profesión alejan por el momento de nuestro lado, privándonos del encanto de su fácil palabra, a las veces ardiente y arrebatadora cuando enciende sus bríos en el afecto patrio, y en otras interesante y amena, al exponer con persuasiva y clara sencillez, variadas cuestiones científicas tan agradables como provechosas.

Animado por la benevolencia con que os dignasteis escucharme en otra ocasión, me tenéis por segunda vez en este sitio. Os doy las gracias por vuestra cariñosa bondad, deseando, con toda mi alma, haceros gratos los breves momentos que voy a ocupar vuestra atención.

En la última de nuestras reuniones traté de la Poesía, como elemento civilizador, y combatí a los que siguiendo el consejo del altísimo filósofo —tan filósofo como poeta, y uno de los mayores que han visto los siglos— quisieran que los buenos hijos de las Musas, coronados de rosas, colmados de honores y acompañados de los más distinguidos ciudadanos, fuesen llevados hasta los confines del país y expulsados para siempre de él como perniciosos para la República.

Ahora me propongo hablaros de algo más sencillo, de algo que de fijo debe seros simpático, del amor a las letras, o más bien, del *amor a*

* Sustentada en Orizaba el 25 de septiembre de 1886.

los libros que son como la representación sensible, la forma material más elevada de las concepciones del espíritu humano.

Por muy a la ligera que hayáis fijado vuestra atención en este asunto, habréis comprendido que el amor a los libros, tal como nosotros lo comprendemos y sentimos y de estudiar tratamos, pertenece exclusivamente a la moderna edad y acaso con más estricta exactitud a las sociedades contemporáneas, ansiosas de saber, de cuyo carácter forma uno de los rasgos más prominentes y notables y del cual pueden aquéllas con justo título enorgullecerse. Y no podía ser de otra manera, puesto que en ellos solamente ha podido encontrarse el medio apropiado para su más amplio desarrollo, toda vez que el portentoso invento de Guttemberg, no ennobleció a la especie humana en muy remotas épocas y la pasmosa difusión de sus productos es inherente a la cultura del siglo glorioso en que vivimos.

Bien sabéis, y acaso de puro sabido lo tendréis olvidado, lo que en la antigüedad equivalía a nuestros libros; y tenéis noticia de la escritura cuneiforme de algunas naciones del extremo Oriente, así como que de las hojas de esa elegantísima planta acuátil, de airosos y ondulantes penachos, gala y ornato de los lagos egipcios y dón magnífico del Padre Nilo, en una palabra, del *papyrus*, del que sacaba el pueblo sapientísimo de Sesostris la materia prima para la fabricación de esas grandes bandas de una tela singular que han llegado, aunque en escaso número, hasta nosotros para revelarnos algo de esa gran nación, objeto todavía del estudio de nuestros historiadores y de nuestros arqueólogos, y que formando voluminosos rollos, llenaban las grandes bibliotecas de Egipto: la de Osimandías y la no menos célebre de Alejandría, consumida por el fuego a la invasión de los hijos del Profeta, cuyo fanatismo dió a las llamas tantos y tan valiosos monumentos de aquel pueblo gigante; esa gran biblioteca que estuvo al cuidado del gran geógrafo Eratóstenes, que el astrónomo Tolomeo hizo centro de sus estudios y en la cual resonó el acento divino de la desventurada Hipatía. Tampoco ignoráis lo que eran las tablillas enceradas para griegos y romanos, y en las cuales el gran orador de Túsculo dejó, por mano de sus esclavos, sus admirables oraciones, prodigando en ellas todas las pompas y lozanías de su estilo oriental; hasta que una ciudad de Misia vino a dar a las

letras poderoso auxilio, y eficaz ayuda al pensamiento humano con la invención del pergamino, que los modernos conservamos aún para consignar en su tersa superficie documentos de noble e ilustre procedencia, y el cual, durante larguísimo período, sirvió para conservar la fugaz palabra del hombre, hasta que los árabes españoles generalizaron, con otras muchas cosas, el papel de trapo de sérica invención.

Sería injusticia imperdonable no traer a la memoria, a propósito del amor a los libros, el glorioso recuerdo de aquellos monjes beneméritos que cuando las tinieblas caían sobre Europa, las luces parecían extinguirse y la civilización estaba a punto de perderse, en el retiro de aquellos silenciosos monasterios y en las soledades de aquellos claustros mudos y sombríos, copiaban, para asombro, regocijo y modelo de las futuras generaciones, con prolijo cuidado y admirable constancia, los manuscritos antiguos, salvando así para nosotros el precioso tesoro de las letras clásicas.

Llénase el alma de tierna gratitud, cuando leyendo la Historia de los Monjes de Occidente, conocemos la vida de aquellos varones de inmortal memoria, que con abnegación sin ejemplo, olvidándose hasta de sí mismos, y sin afán de provechos ni anhelos de gloria, se consagraban en cuerpo y alma a un trabajo que hoy cualquiera desdeñaría por minucioso y servil, no poniendo siquiera su nombre al pie de aquellos inapreciables manuscritos orlados de graciosos y simbólicos dibujos, y adornados de miniadas iniciales, que han servido de modelo a las más curiosas y ricas ediciones dadas a la estampa, en nuestros días, por la célebre familia Didot.

Cuando un copista sucumbía en la interminable tarea, otro venía a continuar la obra interrumpida, y a ocupar triste y silencioso el lugar de su desventurado compañero.

Por ellos han llegado hasta nosotros los tesoros de la ciencia antigua, y las obras maestras de la poesía, entonces como ahora, tipos de perfección artística: las letras romanas y áticas, asombro de los siglos.

Natural consecuencia de procedimientos tales era la escasez y difícil adquisición de libros. Todavía en tiempos más próximos en el siglo XVI, cuando ya la imprenta había dado alas incansables al pensamiento, no abundaban por cierto: la biblioteca de Doña Isabel la

Católica, por ejemplo, una de las más numerosas de su época, contaba dos o tres centenares de volúmenes, algunos de ellos duplicados.

Al presente, día a día, minuto a minuto, las prensas tipográficas, auxiliadas por el grabado, la litografía y la galvanoplastia, derraman a torrentes sus productos por todo el orbe, correspondiendo así a esa prodigiosa actividad de la mente humana, que si en todas épocas no ha desmentido sus divinos orígenes, en nuestro siglo no se manifiesta en reducido número de individuos, ni limita sus vuelos a determinados asuntos, sino que en todo sitio, por todas maneras, en todas clases y abarcando todos los ramos de la sabiduría, en todo brilla, en todo deslumbra, para legítima gloria de los hombres y proclamación altísima de la munificencia del Creador.

El libro es el signo de la moderna cultura, el rasgo característico de la edad contemporánea, y representa no sólo los esfuerzos del hombre para hacerse digno de sus destinos inmortales, sino que a él van unidas todas las ilusiones, todas las esperanzas y los recuerdos todos de la vida.

El primer libro que a nuestras manos viene, está consagrado por la cariñosa mano de una madre y bendecido por el amor enérgico de quien nos dió la vida; algo lleva en sus sencillas páginas de los cantos con que nos hemos dormido en la cuna; algo de la plegaria infantil que en el tibio lecho, al venir de la noche, aprendimos de labios que derramaban la ternura. El primer libro es la iniciación del hombre en la vida intelectual, moral y social; con él sentimos el primer dolor, con él gozamos del primer placer, y al recorrer sus páginas principiamos a sentir el valor de nuestra conciencia cuando leemos en su primera hoja el nombre augusto de Dios.

Vienen en seguida los libros maravillosos que la pueril curiosidad se disputa; leyendas encantadoras, llenas de sorpresas y de prestigios, en las cuales se describen encantados países, regiones azules y seres sobrenaturales; el mundo de los gnomos, de los genios, de los silfos y de las hadas, de los ogros y de los gigantes, con los cuales recreamos nuestra tierna fantasía y que son como el oasis donde el niño descansa de esos dolores, que no por ser pequeños dejan de ser profundos, que amargan el espíritu y arrancan lágrimas a los ojos.

Los más altos ingenios no se han desdeñado de consagrar su ta-

lento a tales obras, y la industria y el arte de nuestro siglo se apoderan de ellas con cariño. Ora sea la fábula pequeña y dogmática, ora la leyenda viajera que el movimiento civilizador de la humanidad nos ha traído de las razas arias, ya la narración nebulosa de los hermanos Grim o los cuentos *feéricos* de Perrault o de Mad. de Beaumont; ora los encantadores libros de León Gonzlan o de Víctor Hugo, llegan a nuestras manos embellecidos y animados con prodigios tipográficos e incomparables dibujos.

¿Quién no recuerda con cariñosa sonrisa y tierna complacencia aquella Caperucita Roja, delicada y soñadora, amante de las flores silvestres y de las fresas campesinas, un tanto caprichosa y desobediente, a quien el lobo no aterra y a quien pérfido engaño solamente, puede hacer caer entre los dientes de su enemigo? ¿Quién no recuerda al intrépido y agudo Pulgarcito, personaje infantil lleno de sencillez, como todos los niños, cauto y precavido y de vivacidad ingeniosa, tan semejante, en algunos rasgos de su carácter, al Pedro de Urdemalas de nuestras tradiciones populares? ¿Y aquella encantadora Cenicientilla, la del chapín de cristal, cuyas bellezas prestaron raudales de inspiración al fecundo Cisne de Pésaro? ¿Y aquel mundo misterioso de las Mil y Una Noches, con sus deslumbrantes alminares, sus encantados palacios, sus risueñas odaliscas reclinadas en almohadones damasquinos y ataviadas con sutiles velos, tejidos por las hadas; aquellas almeas de cintura de abeja, de bailar mágico y de ardientes ojos; aquellos cadíes que administraban pronta y recta justicia, sentados sobre alfombras pérsicas; aquellos sultanes de vestiduras deslumbrantes, de turbantes abigarrados, de larga barba gris y torva mirada, arrastrando por los silenciosos aposentos del harem su corvo y temible alfanje, o dormitando sobre tapetes de plumas níveas al borde de los estanques marmóreos de sus perfumados y voluptuosos baños? ¿Y aquel Aladino el de la Maravillosa Lámpara? ¿Y aquellos siete viajes de Simbad el Marino, imagen fiel de la vida del hombre, tan llena de azares y de interesantes aventuras? ¿Y aquella hermosa niña del Bosque Dormido, que reposa por largos años con sus pajes, sus damas, sus pájaros y sus flores, hasta que apuesto caballero, tan valeroso como galante, viene a deshacer el encanto, despertándola de su profundo sueño?

¿Y por último aquel Bertoldo de tan ingeniosa imbecilidad, obra inmortal de la literatura italiana, que acaso manos poco reflexivas pusieron en las nuestras, para hacernos descender cruelmente de las regiones de lo ideal a las prosas y materialidades de la vida?

En la infancia principia a desarrollarse en los elegidos el amor a los libros.

El afán de saber, una imaginación fantástica y ardiente y una sensibilidad exquisita lo hacen germinar en el espíritu y una biblioteca doméstica lo desarrolla.

En uno de los más frecuentados aposentos, hay un librero antiguo, de oscura madera, con unas cuantas docenas de libros: es la biblioteca de la familia. Allí pueden encontrarse algunas obras piadosas, lectura diaria y predilecta de la madre o de la abuela, la Historia de la Iglesia, la Historia Universal, los anales patrios, unos cuantos volúmenes de amena literatura, algunas novelas de honrado carácter y las obras de algún poeta, de esos para quienes la vida no es un desierto, y cuyos ideales son: Dios, la Patria y la Familia.

Ante aquel escaso número de libros se detiene el niño; pero aún no le atraen ni le entretienen. ¡Hay allí tantas cosas graves, áridas y tristes!

A un maestro hábil, de elevada inteligencia y generoso corazón, toca hacer simpática para el niño aquella doméstica biblioteca. A ella están unidos los recuerdos de una familia, quizá de un linaje; aquellos volúmenes han pasado de generación en generación, y siempre han tenido algo nuevo para los honrados moradores de aquel sencillo hogar. ¡Cuántas tiernas memorias se encuentran en aquellas páginas honradas por el abuelo, y recorridas por la anciana cariñosa en las noches interminables en que el viento sopla desatado, la lluvia golpea con estruendo los cristales del balcón y el rayo atruena e ilumina los espacios con su cárdena luz. Hay que amar aquellos libros, porque no amarlos sería no amar a los que nos dieron la vida; allí tal vez está, si una tierna y piadosa costumbre se ha seguido, la historia del hogar: poema de esperanzas, de ilusiones y de dolores: las páginas en que la mano más respetada de la familia consigna la fecha del nacimiento de un niño que trajo a raudales la alegría, de un enlace feliz que paternales afectos aprobaron y Dios mismo bendijo, y ¡ay! también de la partida para el

eterno viaje de muchos seres amados, a quienes se espera ver en otro mundo mejor.

Aquellos volúmenes llegan a ser nuestros buenos amigos; mas nunca llegamos a hacer con ellos una amistad franca. Son como los compañeros de infancia de nuestros padres afables y cariñosos; pero siempre respetables, graves y pensativos, como un anciano que principia a cansarse de la vida. Y el corazón desea algo que pueda comprender mejor nuestro sentir y nuestro pensar, amigos más alegres y risueños, más bulliciosos y simpáticos.

Entramos a la vida del estudio tan llena de amarguras desde sus principios, pero productora de gratas complacencias. El libro de texto, huraño y gruñón a veces, pesado y soporífico en otras, se acerca a nosotros que lo recibimos con desabrimiento y mala voluntad; se nos dice que llegaremos a amarlo profundamente, y no lo creemos; se nos amonesta para que estimemos sus nobles cualidades y su provechosa compañía, y dudamos de conseguirlo; pero pasan los años y un triunfo en nuestros estudios, un premio otorgado a nuestros afanes, nos hace cobrarle cariño y amarlo, amarle con amor vivísimo y desinteresado que nos sigue hasta el fin de la existencia. Es para nosotros como el medio de adquirir posición honrada y honrado renombre, como el estímulo al cual deberemos acaso más tarde el arribo a las cumbres de la Ciencia, bañados por los resplandores de la Gloria.

¡Cuántos recuerdos quedan vinculados en aquellas páginas, hijas tal vez de un ingenio modesto y desgraciado, para quien la vida no tuvo más que una faz de miseria y de dolor!

¡Cuántas memorias en aquellas hojas! Aquel libro compañero de nuestros trabajos, testigo de nuestros afanes, nos recordará siempre esa edad en que tenemos ante la vista tan dilatados horizontes, tanta fe en el porvenir y tanto amor para los demás, y será la base, si llamados somos a la noble carrera de las letras, de nuestra modesta biblioteca. Desprenderse voluntariamente de un libro de texto, revela mal corazón, instintos de una alma ingrata, y es imposible dejarlo sin que el corazón nos duela y nuestros ojos se anublen con el llanto.

Entonces nuevos amigos nos esperan: los poetas amables que también saben expresar los sentimientos que nos animan; hermanos nues-

tros por el corazón, liras que vibran al unísono con nuestra alma y en cuyas estrofas palpitan y cantan los anhelos de una vida sedienta de gloria y de placer, entregada a los sueños de un amor casto y virtuoso, ajena a las amarguras de la humana maldad y que todo lo mira a través de un prisma halagador.

Y con ellos esas novelas sentimentales tan conformes con nuestro modo de vivir en la edad florida, libros mágicos que alientan nuestros sueños, que llenan nuestra alma de halagadoras esperanzas e infunden en nuestro espíritu dulcísima melancolía.

En la edad madura, suele tomar formas tales el amor a los libros, que se convierte casi en culto, que inspira todos nuestros actos, anima todos nuestros pensamientos y como que regula los movimientos de nuestro corazón. Se lee, se aprende, se estudia con respetuoso empeño, y con afán sin tasa; pasión llega a tomarse, y pasión que nos arrebatara y que nos ciega. Bajo esta forma obra sobre nosotros de una manera exquisita y delicada. ¿Qué sería de las letras sin ella? ¿Qué sería de la ciencia si no tuviera como auxiliar poderosísima esa pasión del saber que cuenta tantos mártires y que tantos bienes ha hecho a la Humanidad no siempre agradecida?

Amamos los libros y vemos en ellos nuestros mejores amigos; amigos fieles que no olvidan nunca y que constituyen para nosotros la fuente del más dulce de los placeres y del más sereno de los goces, la contemplación de la grandeza humana en lo que tiene de más elevado y más bello, la inteligencia y el corazón.

Cuando el estudio nos ha dado a conocer el mérito de algunas obras, no satisfechos ya con lo que nuestra pobreza o nuestra mediocridad han podido proporcionarnos, trayendo a nuestro modesto gabinete de estudio los libros indispensables para contentar nuestros anhelos, nuevos deseos se despiertan, y quisiéramos la fortuna de un rey o de un príncipe de Oriente, para llegar a poseer las mil y mil obras que diariamente salen a luz y cada día se anuncian como verdaderos demonios tentadores. Y aquí viene aquello de hojear los catálogos y señalar al margen una, dos y tres veces los libros que deseamos y que nos proponemos adquirir.

Pisamos la tienda del librero llenos de emoción, y después de com-

prar el volumen deseado y poseído al fin, acaso con no pequeño sacrificio, damos una triste mirada a tanta presea que de fijo ponen en nuestra alma más amargura, por el momento, que las alhajas y las perlas y los diamantes de los escaparates del joyero.

¡Y cómo soñamos al leer las Revistas de la Bibliografía moderna, madre de los bibliómanos y de los bibliófilos! Y ya no codiciamos el libro por su mérito literario, sino por su lujosa encuadernación, debida a los adelantos y progresos de la industria contemporánea, por sus cortes dorados, sus relieves simbólicos y alegóricos, que dejan adivinar el contenido del volumen y avivan los deseos del enamorado de los libros como agujones de fuego que nos punzan tenaces, derramando en nosotros dulce e inefable bienestar.

No es esto nuevo. Ya el apasionado Tibulo mandaba sus versos a la hermosa Neera y disponía el regalo con la elegancia y gusto que la obra merecía:

*Lutea sed niveum involvat membrana libellum,
Pumicet et canas tondeat arte comas;
Summaque prætexat tenuis fastigia chartæ;
Indicet ut nomen, littera facta tuum:
Atque inter geminas pingantur cornua frontes;
Sic etenim comptum mittere oportet opus.*

Y también el desgraciado desterrado del Ponto, mandaba de este modo a Roma el libro de sus "Tristes" inmortales:

*Nec te purpureo velent vaccinia fuco:
Non est conveniens luctibus ille color.
Nec titulos minio, nec cedro charta notetur:
Candida nec nigra cornua fronte geras.*

*Felices ornent hæc instrumenta libellos;
Fortunæ memorem te decet esse meæ.
Nec fragile geminæ poliantur pumice frontes:
Hirsutus passis ut videare comis.*

La pasión no encuentra valladares: crece y crece extraordinariamente, y entonces deseamos esos *incunables* de Antuerpia, de Venecia

y de Lutecia, esas obras de gallardos tipos y correcta impresión de los Elzevirios, Plantinos y Manucios, de anchas márgenes y limpio estilo, y los misales góticos y las ediciones más célebres de los grandes ingenios de todas las naciones, y los autógrafos y los códices y todos esos ejemplares valiosísimos, cotizados a un precio tan subido que la adquisición de uno solo de ellos sería para nosotros un imposible.

¿Hasta dónde llega la pasión por los libros? Hasta olvidar el respeto que a lo ajeno debemos. Bien sabéis las precauciones que en las bibliotecas de todas partes, y con especialidad en las de Europa se toman para evitar que los visitantes, por alta que sea su clase y esclarecida su fama, extraigan los libros que caen entre sus manos, los cuales a pesar de tantas medidas adoptadas para impedirlo, suelen desaparecer sin que se sepa en muchos años su paradero.

Alguno de los que me escuchan tiene la suerte de poseer un ejemplar *príncipe* de la *Versión del Cantar de los Cantares* de Fray Luis de León, muy a propósito para despertar la codicia de toda persona aficionada a los estudios bibliográficos. Cuídelo como las niñas de sus ojos, y no se fíe ni del más honrado de sus amigos. De mí puede estar seguro, que observaré hasta el último instante de mi vida, el séptimo precepto del Decálogo.

¿Habéis meditado un punto siquiera en la impresión que causa en el ánimo la visita de una biblioteca? ¡Con qué profundo respeto entramos en ella! No parece sino que penetramos en un santuario en los momentos más solemnes del culto.

Allí tenéis los libros sagrados de todas las naciones, siempre grandes y siempre respetables para los espíritus superiores; la ciencia de Dios y el saber de todos los hombres, el pensamiento y el corazón de todos los siglos, la actividad humana en su gloriosa lucha por la Verdad.

Yo sé decir de mí que nunca he llegado a los umbrales de una biblioteca sin que acudan a mis labios aquellas palabras de un viejo cronicón castellano, que debieran escribirse, no sólo en las fachadas de los establecimientos de ese género, sino en la portada de todos los libros:

“Catad que cuando oramos hablamos con Dios é cuando leemos El habla con nos”.

Allí veréis en los anaqueles bajos de la estantería los pesados infolios de los Jurisconsultos y de los Teólogos, los volúmenes colosales de los Moralistas y de los Exégetas, graves, sesudos, como un sabio envejecido en el estudio; allí los anales históricos que recuerdan las luchas por la civilización en los campos de la guerra interesante con sus sangrientas narraciones, como diciéndonos: *no perdáis la esperanza, la Humanidad no olvidará su origen ni renegará de sus inmortales destinos*; allí las obras de los Filósofos en los anaqueles intermedios, no lejos de los risueños Clásicos Antiguos y cerca de los Matemáticos y de los Astrónomos, como los unificadores de la ciencia; más allá los Naturalistas, más alegres que los maestros de las ciencias exactas tan agrios y tan reflexivos; acullá y por lo alto, la gente menuda, traviesa y ligera de los poetas y de los novelistas, en fila regular y ordenada, convidándonos a oír el canto de las Gracias en el bosque sagrado y el ruidoso tirso de la bacante en la noche sombría, llamando a los amantes del divino arte a gozar de la armonía de sus aladas estrofas, a sentir con ellos y a llorar con ellos. Al abrir aquellos volúmenes de cortes áureos y realzadas cubiertas, como que resuenan en nuestros oídos la oda majestuosa y serena de Píndaro, el canto de Anacreón, ardiente como el vino de Samos, y los numerosos versos de Safo ebria de amor; al par que forman eco sublime en nuestra alma las donosas rimas de nuestros poetas del siglo de oro: la sencilla y dulce frase de Garcilaso, el terceto conceptuoso de Andrade, la gravedad cristiana de Fray Luis de León, el tono dramático de Calderón, el decir intencionado de Alarcón y Mendoza y el chiste agudo de Quevedo, cruel y sangriento, profundo y humano, en coro con las dulcísimas estancias de Lamartine, cadenciosas y arrulladoras como el leve vaivén de la barquilla en el dormido lago; el arranque atrevido y romántico de Víctor Hugo; el pareado ardiente de Musset, y el himno desolado de Byron.

Simpáticos, amables y llenos de atractivo, ocupan los compartimientos superiores, por sobre todos los graves infolios y pergaminos de los Cronistas y de los Teólogos y sobreponiéndose con su sentimentalismo y lo brillante y pintoresco de su estilo, a las obras de los sabios, como

sabe, con risueña tiranía, la gente ligera sentar sus reales, apocando a las personas serias con su charla chispeante y divertida. Allí los tenéis como si buscaran las regiones de lo ideal, mientras sus hermanos mayores se ocupan de más áridos asuntos y de más trascendentales cuestiones; allí los tenéis, codeándose, empeñados en alcanzar un sitio junto al viejo Horacio, el dulce Virgilio y los Bucólicos Griegos que no se cansan de vagar por las campiñas y los ribazos donde cantan las cigarras, mugen los bueyes y arrullan las palomas. ¡Esfuerzo vano! Los viejos cantores les miran con desdeñoso gesto, muy pagados y orgullosos de su renombre y de su fama y alegando, con despreciativa altivez, que si algo bueno tienen, lo deben a ellos que fueron los primeros en segar las mieses pingües del arte espontáneo y fecundo.

Sólo uno les merece grandes atenciones: anda muy entretenido con los grandes ingenios, y la genticilla de coturno y farándula le asedia y le demandaba el secreto de sus terribles escenas. Fácilmente sabréis quién es. Habla una lengua pobre y extraña en sus maneras y carácter, y con él de parte el viejo Esquilo, su amigo predilecto, el único que de frente se atreve a mirarlo, y a cuyo lado Corneille, Calderón y Manzoni están como lelos: es Shakespeare, el *buzo inmortal de los océanos del alma*.

¡Mirad, mirad cómo se ríe de él ese viejecillo, buen decidor, malicioso y cáustico, muy engreído con su diáfano estilo, y su Mahoma y su Tancredo! ¡Como si los tales señores valieran algo junto al taciturno príncipe de Dinamarca y la apasionada Julieta! ¡Vaya con el satírico irrespetuoso que nada encuentra bueno, a no ser lo suyo, y por eso se hace lenguas de Fedora y de Atalía!

¿Qué dicen de una *corona* en aquel ángulo, esos dos viejos de tan eufónico y elocuente hablar, con las manos ocultas bajo los vestidos? ¡Ah! son Demóstenes y Esquino.

Enfrente habla otro, más arrebatado, de libertad y de miserias, cantando apasionados elogios a su verde Erin. ¡Ah! Mi amado O'Connell... ¡Eres tú!

¡Cuántos viejos y queridos amigos encontramos allí! ¡Qué grata conversación tejemos con ellos, en dulce coloquio, evocando pasados y más felices días!

Junto al ingenioso libro del Dean Swift, el mal intencionado viajero de fantásticas tierras, de tanto agrado para el niño y de tanta enseñanza para el viejo, las aventuras de Robinsón y su vida singular en la isla desierta.

De aquellos libros olvidados por otros no más aplaudidos, pero sí coronados, al presente, con los laureles de la moda, surgirán y llegarán a nuestro lado como una oleada de perfumes que viene de regiones exploradas en más dichosos días, aquel Renato, pálido y dolorido, con quien tanto simpatizamos; aquella Atala cuyas desventuras compartimos; aquel Rafael enfermizo y siempre triste, en cuyos ojos orlados de azuladas tintas, leímos tantas veces, las hondas penas de una alma que atormentaba la nostalgia del Cielo; aquel Werther que se despide de la vida, contemplando, en místicos arrobos, las estrellas del Carro; y aquella Graciela, candorosa y sencilla, ataviada de corales, y tan ajena a las infidelidades y engaños de los hombres, tan bella como esa dulce y delicada María, florecilla fragante de las selvas vírgenes de América, que pasó por el mundo para amar y ser amada y morir como las rosas en las primeras horas de un hermoso día.

Con ella encontramos a Pablo y Virginia, amiguitos nuestros desde la infancia, los desventurados niños del poema inmortal, y podremos conversar con ellos a la orilla de los manantiales, bajo los plataneros rumorosos, al llegar el tiempo de las cañas de azúcar, a la hora de la siesta, bajo el sol ardiente de la Isla de Francia.

Acaso no deje de estar allí, puntual como en la Casa Morrel, aquel Edmundo subyugador, para referirnos sus desgracias y contarnos las maravillas de su Isla de Monte-Cristo; conocido de antaño, con quien en las altas horas de la noche, burlando acaso la paternal vigilancia, departimos hechizados, siguiendo el hilo de su célebre historia, al través de aquella trama de oro y de púrpura, bordada con las flores níveas de la generosidad y recamada con los arabescos de una venganza sangrienta y seductora.

Sobre las mesas o pendientes de los muros, veréis las Revistas Científicas y Literarias que nos dan cuenta de los progresos del saber humano y los papeles periódicos, palpitando con la emoción del día, mal informados y mordaces en ocasiones, metalizados frecuentemente y

siempre ligeros y atrevidos, ansiosos de abarcarlo todo, y curiosos de tal vuelo, que todo lo averiguan, hasta lo que pasa en el rincón más olvidado del mundo: publicaciones fugitivas y de breve existencia que serán un día inapreciable tesoro para los acopiadores de noticias.

¡Es de ver cómo aquel discreto concurso de buenos amigos, con su discurrir fácil y galano, y sus tiernas memorias, parecen rejuvenecer nuestro corazón y volver a nuestras almas la fe, el aliento y la fuerza de una época que pasó para no volver más!

El amor a los libros nos atrae y nos cautiva en sus redes de seda y oro. Como todo afecto profundo tiene sus dolores; pero como ninguno otro es fuente de inefables placeres, y de consuelos tales, que sin ellos la vida sería, en ciertas ocasiones, ingrata y enojosa.

¡Ay del anciano si cuando siente que desfallece y se aproxima a la tumba, no cuenta con esos viejos compañeros, con esos cariñosos hermanos, encanto de la juventud y de la niñez!

El estilo es el hombre, ha dicho un sabio; y yo diré que la biblioteca es también el hombre. En ella se revela tal cual es, cómo ha vivido, cómo siente, cómo piensa y de lo que es capaz. Un observador reflexivo descubrirá al punto, al recorrer una biblioteca particular, el carácter de quien la ha formado.

En el fondo de mi memoria, encuentro, como una de esas florecillas pálidas y secas, cortadas en praderas lejanas, que solemos hallar, después de mucho tiempo, entre las páginas de una cartera de viaje o de un libro querido, la estrofa siguiente, de un gran poeta:

*Préservez-moi, Seigneur, préservez ces que j'aime
Frères, amis, parents, et mes ennemis même,
Dans le mal triomphants
De ne voir jamais l'été sans fleurs vermeilles,
La cage sans oiseaux, la ruche sans abeilles,
La maison sans enfants!*

Yo me permitiría agregar *y de una vejez sin libros*.

Antes de concluir me atrevo a recomendaros la formación de una pequeña biblioteca, rica en ciencia y en artísticos primores, que será

de vuestro agrado y que está al alcance de todas las fortunas, una biblioteca compuesta solamente de cuatro libros:

La Santa Biblia, que es el libro de Dios.

La Imitación de Cristo, que nos consuela y nos ayuda a ser buenos, que es el libro de la Virtud.

La historia de nuestra Patria, que nos enseñará a respetar a nuestros mayores y amar la tierra bendecida en que nacimos, que es la obra de la Sociedad.

El otro libro para regocijo y grato esparcimiento del ánimo, tesoro de las gracias y donaires de nuestra hermosa lengua castellana, que es el libro del Genio: *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel Cervantes Saavedra.

GUSTAVO A. BECQUER *

Señoras y Señores:

Nunca como ahora he necesitado más de vuestra benevolencia y de esa indulgente atención con que en otras ocasiones me habéis escuchado.

Falta esta noche a nuestra velada el calor entusiasta que anima siempre nuestras reuniones y que en actos como éste da aliento y bríos al orador. Al llegar a este sitio y tender la vista por el salón, me encuentro con un auditorio escogido e ilustrado, mas, por desventura mía, poco numeroso, y siento mi alma llena de temor.

Si no fuera por vuestra discreta cultura y vuestro amor a las letras, creería que mis palabras iban a caer como en una llanura cubierta de nieve, para congelarse apenas hubiesen salido de mis labios. Perdonadme; ya sabéis que no estoy avezado a estos azares de la tribuna, y un tanto desalentado y más que desalentado, temeroso, necesito de un supremo esfuerzo de inteligencia para haceros agradable el corto rato que voy a ocupar vuestra atención.

Así como los libros tienen sus hados, tiénelos también los poetas, y buena prueba de ello sería la escasa concurrencia que ha venido a escuchar esta noche, el elogio del más desventurado de los poetas españoles contemporáneos, de ese melancólico y dulce artista Gustavo Adolfo Bécquer, tan perseguido de la desgracia durante su vida, como aplaudido y celebrado después de muerto; de ese *genio* cuyo nombre corre admirado de boca en boca, y cuyas obras poéticas son ya populares en los países todos en que se habla la hermosa e incomparable lengua de Cervantes.

* Plática sustentada en Orizaba el 8 de enero de 1887.

Se me antoja, en este momento, que el elogio suyo en labios míos, tan poco elocuentes y dignos de alabarle, es como el último ramo de espinas que el infortunio pone entre las inmortales coronas que la posteridad ofrece, como reparación tardía, a su excelso talento y a su corazón noble y generoso, al evocar su dulce y gloriosísima memoria.

Cosa difícil en extremo es juzgar a un poeta en los tiempos actuales. En épocas pasadas, cuando los ingenios nacían, crecían y se desarrollaban en iguales o por lo menos idénticos *medios*, la obra de la Crítica era llana y hacedera. Limitada a las formas de la versificación o del lenguaje, teniendo ante la vista los modelos clásicos, y difiriendo poco entre sí las declinaciones, las tendencias y los ideales de cada autor, el humanista, el gramático, el retórico, el preceptista y el crítico, señalaban y concedían, con poco estudio y menos trabajo, puesto merecido a cada personalidad artística o literaria. Esto nacía de las condiciones especiales de la vida moral, intelectual y social de aquellas épocas, en las cuales, los individuos se desarrollaban en medio de estables elementos de unidad. Todo estaba hecho y formado. Nuestros antepasados contaban con un fondo de ideas religiosas, filosóficas, artísticas y literarias, que era como el tesoro de aquellas generaciones.

Dogmas religiosos indiscutibles, doctrinas filosóficas concordes con ellos, ideas y principios artísticos, consagrados por la tradición, y sancionados por el tiempo; todo llevaba en sí carácter estable y uniforme.

Ahora todo sucede de otro modo. Cierta anarquía, o mejor dicho, cierta diversidad de tendencias, signo distintivo de nuestra época, trae agitados y turbados los espíritus, y cierta contrariedad de ideas en materia de Religión, de Filosofía y de Letras, hace que lo que hoy se proclame, como bueno y verdadero, se encomie, se enzalce y prive con fueros de soberanía, caiga mañana en descrédito, pase por falso y ruede en el olvido, acaso maldecido y execrado.

¡Tiempos espantables son los que nos han tocado, para quien no tenga fe sana y robusta, serena inteligencia y levantado y vigoroso corazón! Dios, la familia, la patria, la humanidad, lo más noble, lo más querido, lo más respetable, lo más santo, todo se discute y analiza, y entre los unos que afirman enérgicamente, los temerarios que niegan con satánica audacia y los que otorgan o conceden con taxativas y sal-

vedades, vacila el pensamiento, desmaya el corazón y el espíritu alicaído y sin bríos, pierde el rumbo y no sabe por dónde va, ni qué ideales persigue. Hasta el Progreso que parece ser la bandera más alta y que más soldados cuenta en sus filas, y cuyas excelencias, todos proclaman y vocean, no falta quien, en nombre de una fatalidad más terrible e invariable que la del Islam, lo niegue, lo anatematice y lo condene.

¡Qué contrastes tan singulares los de esta edad! Junto a la fe robusta en los destinos del hombre, la negación absoluta de su grandeza; junto al derecho que arma a los espíritus con todas armas, como un paladín de los tiempos medios, y la justicia que vuelve por los fueros del débil y del ultrajado, el poder de la fuerza, proclamado como ley social en nombre de la ciencia; y frente al Cristianismo que santifica el dolor y promete el reino de los cielos a los que lloran, mitigando las penas con santas y consoladoras esperanzas, se levanta con su sombría tristeza el Pesimismo, para quien no hay nada más allá, que reniega de la vida, del don más precioso que la Divinidad concede al hombre para su bien y exaltación, proclamando que el Dolor y siempre el Dolor, es el único patrimonio de la humanidad, y predicando, no dolorido y acongojado, sino dichoso y sonriente, como fin de tantas miserias el suicidio, el suicidio que es la abdicación de toda grandeza, la negación de todo bien y la postrera y más elocuente palabra de la desesperación.

Como toda noción estética y todo principio artístico tienen que ser, en cumplimiento de ineludible ley, consecuencia lógica de una idea religiosa o de un sistema filosófico, y reflejo del estado social, político y moral de un pueblo, los ideales artísticos y literarios son diversos, múltiples y hasta antinómicos.

Para juzgar de un poeta en los actuales tiempos, búscase antes que nada en sus concepciones, el pensamiento, la idea madre, que alienta y da vida a su numen, pasando por alto la Crítica, al juzgar de su talento o de su inspiración, todo pormenor y yendo derecho al fondo de las cosas. Este modo de ver las obras literarias, de avalorar su mérito y de estimar a poetas y prosistas, llevado hasta la exageración, ha dado nacimiento a un sistema crítico, al modo de Taine, cuyos errores o excelencias no me parecen del caso discutir.

Nuestros poetas clásicos de los tiempos pasados, por el estado particular en que vivían, tranquilos, en cuanto es posible, y en posesión de ciertas verdades enseñadas por la Religión, por la tradición, conservadas o sancionadas por la autoridad, ajenos a todo lo que hoy nos agita y conturba, gustaban con especialidad de describir las impresiones que recibían de los objetos exteriores. El mundo externo era la fuente de su inspiración. Los paisajes serenos y apacibles, los horizontes de oro y de gualda, el velífero mar adormecido a la caída del día o bañado por los esplendores de la luna naciente, los cielos profundos y tachonados de estrellas, las plantas, las aves, las brisas y las flores llamaban su atención y cautivaban su mente. Siguiendo el antiguo principio de que el arte es la imitación de la naturaleza y sin darse cuenta de que en la realización de toda obra artística, era parte, y muy principal, el sentido interno de lo bello que cada uno lleva en el fondo del alma, era preciso que consideraran el arte del poeta como arte escultural y la obra literaria como obra plástica, y de aquí que buscasen, con incesante anhelo, la corrección de la forma, la pureza de las líneas y la suavidad de los paños, descuidando la idea y el pensamiento, en gracia del contorno. De aquí esa poesía académica de italianos, españoles y franceses, atildada, castiza, amanerada y hasta enfermiza, semejante por lo arcaico de su forma y expresión, a los torsos griegos que la arqueología disputa a las ruinas helénicas; poesía musical, sonora y deleitable por la rima y el número, pero sin intención y sin carácter humano; poesía de árcades, hecha como para ser cantada por los pastorcillos de un tapiz flamenco, animados por el conjuro de una maga.

Mas en la actualidad, la singular disposición de los espíritus, el estado anárquico de las inteligencias, la vida moderna opresora de la fantasía, el doloroso cuadro que presenta una sociedad combatida por tantos y tan contrarios elementos, y acaso un grado muy alto de cultura intelectual en desequilibrio con el corazón, ha producido un fenómeno contrario. Los poetas buscan alas para su inspiración en sí mismos, y reconcentrados en lo más íntimo de su ser, cantan sus temores, sus penas, sus esperanzas, lo que llevan en su interior, *las cosas de su alma*, según la gráfica expresión del Conde Leopardi.

Ya sabéis que al género de poesía que aquéllos cultivaban de or-

dinario con mayor esmero, se le ha llamado *objetivo* y al segundo *subjetivo*, palabras tomadas de la filosofía alemana y sancionadas por el uso. Así puede comprenderse claramente la gran predilección de nuestra época por la poesía lírica que es *eminentemente subjetiva*.

De aquí proceden las grandes dificultades con que tropieza la crítica literaria. Cada autor tiene sus ideas que no pueden estudiarse independientemente de las creencias religiosas, ni de los sistemas políticos de que son parte; más aún, cada poeta tiene su poética especial, su manera de comprender y expresar la belleza y un fin particular en todos sus escritos. Por eso son tantas y tan diversas las teorías artísticas y literarias, que, preconizadas por unos y execradas por otros, se suceden con extremada rapidez.

Estos dándolo todo a la forma; aquéllos concediéndolo todo a la idea; afirmando los unos que la poesía es *humana música de palabras*, y los otros *celestes música de pensamientos*, olvidan que en la obra literaria ambas cosas son necesarias para producir la *emoción artística*, y que sólo en lo sublime, que siempre es accidental y extraordinario, cabe el desequilibrio entre la idea y la forma, y aun en este caso, una estética exigente no se daría por satisfecha desde luego. A mi ver, la mejor poesía será aquella en que la *idea* y la *forma*, equílibres y armónicas, formen un todo con los caracteres de unidad y de variedad, que es lo que constituye la belleza.

Hijo de renombrado artista, nació Gustavo A. Bécquer en la vieja Hispalis, en el *Alma de Sevilla*, —como gallardamente la llama nuestro Ippandro Acaico —cuna de ilustres genios, fecunda en altísimos poetas y madre de artistas inmortales.

Cualquiera pensaría que por el lugar de su nacimiento y por las especiales circunstancias que rodearon al poeta en sus primeros años, debía pertenecer a lo que se ha llamado Escuela Sevillana.

De todos es sabido que esta escuela poética está caracterizada por la belleza y gallardía de la expresión, por lo donairoso y brillante de la frase, por lo pintoresco de las imágenes, por el vigor de los conceptos y por la forma casi oriental de sus concepciones, como escuela nacida bajo aquel hermoso cielo de Andalucía, incendiado ya por los fuegos de un sol meridional; en aquellas vastas cuencas del sagrado Betis es-

maltadas de flores, donde las palmeras mecen sus penachos airosos, las vides trepan por los terrados, desbordando, en cascadas de verdura, sus pámpanos lozanos; tierra rica en gloriosos recuerdos y llena de las memorias de dos razas poderosas, —la raza agarena, activa, culta y artística; la raza castellana, recia, vigorosa, altiva y caballeresca— luciendo con orgullo, aquí y allá, cabe los cármenes floridos, ajimeces franjados de azulejos brillantes, derruídos alminares, almenados muros y castillos rotos, el aspecto maravilloso de la mezquita y la majestad severa del monasterio cristiano; región encantadora y llena de misterios, donde aún parecen vagar las sombras de Abderramán III y de Isabel. Algo de esto tiene Bécquer en sus *Leyendas*; pero no en sus *Rimas*.

En las primeras échase de ver el lujo exuberante de una imaginación fogosa, atenuado por las delicadezas y amarguras del poeta. ¡Y qué riqueza de detalles! ¡Y qué estilo el suyo tan gráfico y lleno de soltura!

Tiene predilección suma por los tiempos medios españoles, por la gloriosa época de la reconquista, y el alma y la vida de aquellas edades, palpitan en su brillante prosa. Religión, leyes, costumbres, usos, letras, artes; todo surge ante nosotros cuando leemos sus leyendas, sus prodigiosas e inimitables leyendas.

Como a la voz de poderosa evocación, toman en ellas vida y movimiento, con alma y caracteres determinados, los reyes justicieros y animosos, llenos de majestad, con la santa corona en las sienes y la espada vencedora en el cinto; los próceres férreos y altivos como el soberano mismo, endosando el tabardo de armiño o revestidos de toledanas armaduras; la castellana de pesado brial y apasionados ojos; el pajecillo primoroso y angelical; el duro halconero, llevando los voraces neblíes; el rey de armas con su dalmática recamada de oro; el mesnadero atesado y sucio, fiel como un perro a su señor y aborreciendo al agareno con todas las fuerzas de un odio secular; el trovador de Provenza que va de castillo en castillo, contando leyendas y cantando amorosas trovas; el romero que expía sus culpas, en penoso viaje a Compostela, con la muceta y el bordón; el soldado aventurero lleno de vicios y aun de crímenes; el judío de torva mirada y de codicia insaciable; el monje de severo continente, en cuyo rostro se revelan el ascetis-

mo y la penitencia; la joven que, radiante de hermosura, renuncia adolorida a los encantos y lisonjas del amor y del sarao y celebra llorando las nupcias escondidas y místicas con el Divino Esposo; todos vivos y animados con los sentimientos y las ideas de su época, poblando los grandes palacios castellanos, donde aún parecen morar el Cid y Gonzalo de Córdoba o los alicatados alcázares donde resuena todavía el eco trágico de los que lloraban la pérdida de Alhama.

Mas no creáis que todas esas leyendas, son vano lujo de erudición histórica, artificiosas *reconstrucciones* sin color y sin brío, enfadosas y pesadas como las de *Ebers*, sino trabajos verdaderamente artísticos, en los cuales late y se mueve un mundo, con todas sus miserias y grandezas, y en cuyo fondo se descubre algo imperecedero y eterno: el hombre, el hombre lleno siempre de excelsitudes y de llagas, uno en todos los pueblos, en todas las edades y en todos los siglos.

Y no se limita el narrador en sus leyendas, al suelo que le vió nacer; no, busca la belleza *objetiva* en todas partes, lo mismo en tierras castellanas que entre las gentes peninsulares del extremo Oriente; doquiera encuentra inspiración y de todas partes vuelve su musa cargada de tesoros; pero nunca más rica que al tomar de esos viajes hechos en el corcel de la fantasía por las regiones etéreas de los mundos imaginarios.

Profundamente intencionado, como todos los grandes talentos, tiene en todas sus leyendas un sentido arcano y oculto, y encierra en cada narración un pensamiento que de ordinario escapa a los lectores, que no saben atisbar en las obras del Genio la idea principal, y que a pocos es dado apreciar en todo su valor.

¿Qué otra cosa es el *Miserere*, sino la pintura ingeniosísima de los esfuerzos del artista para dar forma a la belleza ideal, en rudo combate con la lengua mezquina, con el mármol indomable, con los colores pálidos, con el molde exiguo de los signos y con las cuerdas de la rebelde lira?

¿No ha cantado en el *Rayo de Luna* el poema elegíaco de una alma que busca en vano, sobre el haz de la mísera tierra, la mujer presentida y soñada, que nos ha dado cita en otros mundos, en otra vida, y que no nos cansamos de esperar, y cuyo tipo llevamos en lo más íntimo del

ser, pura como un ángel, apasionada y tierna, que acaso nunca veremos, y por la cual hemos de suspirar todavía en las orillas del sepulcro?

¿No encontráis, Señoras y Señores, en ese cuento fantástico de *Maese Pérez Organista*, la protesta enérgica, triste, dolorosa y amarga, pero inofensiva, del *genio desconocido* que pasó por la tierra miserable y olvidado, y que sólo después de bajar al sepulcro tiene aplausos y gloria?

Así podríamos señalar uno a uno, el sentido casi secreto, de todas y cada una de las leyendas de Gustavo Bécquer. Quédese esto para quien con altas dotes de crítico, de artista y de filósofo, y con mayor suma de sentido moral, estudie un día las obras del malogrado poeta sevillano.

En todos esos artículos ligeros y al parecer frívolos y vanos, que no son propiamente leyendas, aunque con ellas corran aparejados en los libros, hay una profundidad, un tono reflexivo, las más veces doloroso, pero siempre trascendental, que asombra. Dos hojas que desprendidas de la rama vuelan a merced del viento; un aderezo expuesto a las miradas curiosas y llenas de codicia de los transeúntes, en los escaparates de un joyero; los recuerdos de un viaje a la Ciudad Imperial; las impresiones de una excursión a un antiguo monasterio lleno de tradiciones, o la meditación solitaria en viejo claustro derruido y desierto, le dan pie para una obra magistral, motivo para penetrar en lo más íntimo de nuestra alma, y para despertar en nuestra mente los pensamientos más graves y profundos.

En ninguno de sus escritos, ni en las mismas *Rimas*, nunca bien aplaudidas ni encomiadas, se manifiestan más claramente las altas dotes del poeta y la belleza sublime de su alma melancólica, tierna y dulcemente soñadora, como en esas páginas inapreciables que llevan por nombre *Tres Fechas*, y que son el más tierno y el más original de sus poemas.

Venga el naturalismo intemperante y cínico, que hoy priva, tan dado a crudezas y asquerosidades; venga y díganos si en el archivo, ya muy copioso, de sus sectarios, tiene algo que compararse pueda a la pintoresca descripción de aquella plaza de Toledo que, con prodigioso lujo de fantasía y de colorido, nos presenta el poeta, como efecto fecundo de que las cosas más bajas y baladíes pueden enumerarse y describirse bella y graciosamente. Venga y diga el Romanticismo aquel,

lacrimoso y fantaseador, si cuentan sus próceres en el ya casi olvidado repertorio de su revolucionaria escuela, algo más hermosamente indefinido y vago, más puro, más delicado, más ideal y mejor sentido, que el amor misterioso, callado y secreto de esa huérfana, triste y bella como una pasionaria, que desamparada y sola, sin cariño ni afectos, y sin esperanzas de felicidad, va a buscar en el silencio del claustro el éxtasis y la oración, para llenar aquel corazón suyo ávido de afectos y ternura, que, desconocido y sin calor, muere de languidez en el olvido.

No pueden comprenderse las *Rimas* sin estudiar atentamente las leyendas. Bécquer tenía una de las más valiosas cualidades del talento: la de saber callar; y hay que buscar en sus escritos de prosista la clave para penetrar todo el sentido de sus versos.

Era de esos ingenios de una cultura y de una delicadeza de talento tales, que de ordinario no son comprendidos por el vulgo. De fijo que, como Goethe, no gustaba de ser entendido más que de sabios y de artistas; pero es tal la *subjetividad* de su poesía, que en todas las clases sociales han encontrado un eco sus estrofas, llegando a ser —y esto es señal indiscutible de popularidad— objeto de parodia; de lo cual no sabría yo decir, si es lauro o desventura para los autores. Sus *Rimas* han llegado al pueblo, al verdadero pueblo, a las clases sociales más bajas e incultas, no sólo en la Madre España, sino hasta en los países hispano-americanos.

¿Quién de nosotros no ha escuchado en los barrios ínfimos de nuestras ciudades, en medio del nocturno silencio, al rayo melancólico de la luna, al son de la guitarra plañidera, y en labios del pueblo bajo, las *Golondrinas* de Bécquer?

¡Y con razón! ¡Si es el canto más humano que brotó de su arpa, llorando lo fugitivo e inconstante de los afectos femeniles!

¿Qué hay en esas *Rimas* que nos seducen y encantan y tan fácilmente llegan al corazón? ¿Qué hay en ellas? —Lo más *subjetivo* que se ha dado en poeta castellano, contando a Espronceda. Cada estrofa ha brotado del pecho del poeta como un gota de sangre; cada uno de sus versos es una lágrima, de esas que brotan abrasadoras y quedan temblando en las pestañas, en espera de una mano cariñosa que las

enjugue, y ya sabéis aquello del Venusino: *si vis me flere dolendum est primum ipse tibi.*

Algunos han pretendido comparar a Gustavo Bécquer con Enrique Heine, acaso por la forma breve de sus estrofas y el molde exiguo de sus versos, como si esto bastara a dar carácter a un poeta. Ni en la sonoridad, ni en lo bruñido y sobrio y enérgico de la frase, puede tampoco comparársele, que en esto le aventaja y sobrepuja, con toda plenitud, el célebre alemán.

Apenas hay afecto del alma moderna —dice un crítico atinado y perspicuo, Menéndez Pelayo— *que no tenga su eco vibrante en la lira de Heine; pero son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas y sutiles las alas de su numen, que apenas han rosado la superficie de nuestro espíritu, se alejan, dejándonos, sólo, cierta especie de polvillo sutil que es cosa imposible de reducir al análisis,* al paso que en la poesía de Bécquer, tal vez por su diapason limitado, todo es preciso y concreto, todo impresiona viva y prontamente nuestro ánimo, dejándonos algo como la huella de su paso por nuestro corazón, huella luminosa y duradera.

La poesía heiniana —dice también el mismo crítico—, *es como música a la cual va poniendo letra cada lector, conforme a la que su ánimo le sugiere;* en Heine el sentir del poeta desaparece para dar paso al de sus lectores; en Bécquer el lector se identifica con el poeta y la musa se impone soberana.

Cierto es que en las *Rimas*, como el *Intermezzo*, las estrofas, aunque desasidas y discordes en apariencia, están en realidad unidas por recónditos hilos, formando un poema uniforme y completo. ¡Pero qué diversa manera la de ambos! Este es sin duda más amplio, más atrevido, más conforme a los tiempos; aquéllas limitadas y personales, pero que vibran unísonas con todos los corazones y hablan elocuentemente a todas las almas. No son precisamente la expresión del sentimiento de sus tiempos, ni la síntesis de las ideas modernas; mas no por eso inferiores en delicadeza y en sentido. Parécenme las *Rimas* como un canto entonado en los umbrales de una edad tempestuosa por una alma dulce y serena, de improviso turbada por sombríos temores y presentimientos fatales.

El elemento másculo de la poesía heiniana —dice el crítico a

quien vengo citando— es la ironía, y acaso por eso alguno ha dicho de su autor que *es un ruiñón alemán que anidó en la peluca de Voltaire*, mientras que en la de Bécquer es el sentimiento y la más delicada fantasía; apenas se encuentran en ella rasgos irónicos, y eso tímidos y débiles, como dardos romos lanzados por manos infantiles; la ironía de Heine es una saeta enherbolada disparada del arco por un atleta vigoroso; los versos del poeta alemán producen algo como la picadura del áspid; los del genio sevillano hieren levemente como la espina de una rosa, hacen brotar una gota de sangre, pero dejan perfumada la herida con el aroma de los pétalos.

Tocóle a Bécquer aparecer cuando el eco de las apacibles languideces de Lamartine aún no se perdía entre el coro de los *poetas del mal*, y cuando todavía Hugo —al decir de un escritor—, *el último superviviente de los poetas románticos*, continuaba martillando en el yunque donde se forjan los alejandrinos centelleantes; cuando la voz de Manzoni entonaba, con la solemnidad de un profeta, los coros del Adelchi; Goethe irradiaba en Weimar todavía; los desalentados himnos de Espronceda hechizaban aún a la juventud española, y en los labios de Zorrilla aleteaban, como las mariposas de los cármenes béticos, los versos de su oriental *Granada*; hermoso grupo, constelación brillante digna de recibir entre sus astros al genio sevillano. Mas Bécquer no imitó a ninguno, ni fué a pedir a extraños, ni demandó a compatriotas, alas para remontarse a gran altura, y fué lo que debía ser; original: español en sus *Leyendas*, un tanto exótico en sus *Rimas*, pero universal por la verdadera y humana expresión de los afectos.

Incorrecto es a veces y desaliñado, mas no por falta de sentido artístico, sino por intención deliberada, porque así lo quería la naturaleza de su numen, tan vigoroso al concebir, que encontraba para el verso, casi pobre y mezquina la admirable y rica lengua que tan bien como prosista manejaba.

Empeño grande se ha tenido en seguir sus huellas, particularmente en nuestra patria, y tengo para mí que esa tendencia a imitarle, —mal que pudiera llamarse *becquerismo*—, ha sido perniciosa y nociva para las letras castellanas, y por tales tengo las de todo país en que se habla la donairosa lengua de Valera.

Como toda imitación es de por sí artificiosa, y toda obra artística tiene que ser espontánea, y es producto de elementos determinados, y nace de especiales condiciones físicas, históricas y psicológicas, y nadie puede elegir las a su antojo, el afán con que se trata de imitar a Bécquer, tomando su *manera*, su frase y hasta sus combinaciones métricas, a las veces caprichosas e inusitadas, desvía y aparta a los ingenios que tal hacen, del sendero por donde las propias dotes de su talento debieran de llevarlos.

La imitación, así tan contagiosa e intemperante, aniquila las facultades creadoras de la mente y debilita las letras patrias, retardándolas en la formación de una literatura genuina, propia, vigorosa y característica, que sea expresión de las ideas y de las costumbres de un pueblo, de una literatura verdaderamente nacional.

Que forma el dolor uno de los elementos predominantes de la poesía de Bécquer todos lo sabemos; pero, de seguro, que muchos no habrán parado mientes en algo que hay en ella muy notable, y que fija, de una manera clara y precisa la personalidad moral del poeta.

En todos los poetas *subjetivos* contemporáneos, aun en muchos de aquellos piadosos y místicos, la tendencia al suicidio brilla con fatídica luz. Los dolores humanos cuando no son vistos con un criterio sinceramente cristiano, traen el desaliento, el cansancio, la duda y la impiedad, y a la larga o a la corta, conducen a la desesperación; y es la vida moderna, prosaica, materializada, sensual y falta de divinos ideales, la más propicia para ello.

Curioso es observar que Bécquer, a pesar de la época en que nació, de las condiciones precarias de su existencia y de la miseria en que arrastró su vida, no cayó ni en el fatal escepticismo de Larra, ni en el pesimismo risueño de Leopardi, ni en la duda desoladora de Byron, ni en la incredulidad elegante y aristocrática de Musset; no, jamás reniega de la vida, ni deja de creer en los inmortales destinos del hombre, ni blasfema de Dios que tan generosamente dotó su inteligencia: sufre, llora, se lamenta, pero de ordinario es apacible y resignado.

Su poema indio *La Creación*, capricho que bien pudiera tomarse por una burla sangrienta y blasfema del origen y destinos del hombre, es más bien la gemidora queja de una alma llena de dolores, que en

su tristeza no llega a tocar los lindes de la desesperación, que se resigna fácilmente y alcanza a comprender en sus amarguras el providencial objeto del dolor.

Además, ¿cómo había de buscar el suicidio, quien no había comprendido lo que es la muerte?

Para Bécquer la muerte es una palabra obscura cuya verdadera significación no ha podido penetrar; para él es el frío, la soledad, el abandono, no el descanso ni el reposo eternos. Allí está la rima LXXIII, que nos da una idea clara de la noción vaga e informe que el poeta tenía de ese oscuro fenómeno de la vida y de ese arcano accidente de todo lo que existe.

¡Cuánto difiere en esto el genio sevillano de los demás poetas líricos contemporáneos!

Y aquí paréceme oportuno, al recordar la existencia infeliz del poeta, observar que esas inculpaciones que se dirigen de ordinario a la Sociedad con motivo de las desventuras de sus sabios y de sus artistas, tienen algo de injustas y gratuitas. Acaso la Sociedad no los comprenda, porque siempre los grandes hombres se adelantan a su siglo, pero también es cierto que esos talentos, con especialidad los que viven soñando y entregados a la fantasía, carecen de toda idea práctica de la vida, de ciertas dotes y disposiciones para conseguirla desahogada y opulenta, a lo cual debemos atribuir la pobreza que los acompaña siempre como hermana gemela, y la miseria en que por lo regular viven y bajan al sepulcro.

¡Con algo debe pagar el hombre que goza de los privilegios del talento, el preciosísimo tesoro de la inteligencia!

En suma, podemos decir que Bécquer es un poeta de altísima inspiración, de singular talento y de alma delicada y tierna; rico en gracia, en colorido, en intención y en trascendencia como prosista, y un gran poeta lírico, de una *subjetividad* tan verdadera y humana, que sus cantos hallan siempre un eco en todos los corazones; una gloria de la cual su patria con justos motivos se muestra orgullosa, uno de los poetas que mejor han correspondido a su nación y a su siglo, y un *genio* digno de la eterna memoria de los hombres.

Pero si todo esto le hace acreedor a nuestros encomios y a nuestras

alabanzas, hay algo en él más admirable todavía, la noble altivez y la cristiana resignación con que soportó una existencia fecunda en infortunios y desgracias, sin que —como dice un académico— *fuera osado a poner mano destructora en el tesoro de vida y de talento con que Dios le había dotado*, para caer triste, dolorido, coronado de espinas, abrazado de su harpa y con la vista fija en el cielo, al pie de la Cruz.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE *

Conforme con el propósito que nos hemos formado de tratar sucesivamente de los principales ingenios, que, en lo que va corrido de este siglo, han ilustrado con su inspiración la Poesía Lírica, tócanos esta vez discurrir de uno de los más grandes poetas castellanos.

No ha mucho que nos ocupamos del amable e infortunado Bécquer, cuyos cantos tan dulcemente llegan al alma y cuya lira encuentra siempre un eco en todos los corazones generosos, rindiéndole entonces, como era de justicia, el humilde tributo de nuestra admiración. Hoy trataremos de otro ingenio no menos encomiado y aplaudido, de claro renombre y esclarecida fama, en los países todos que se enorgullecen de poseer el habla donairoza de Castilla, la rica y maravillosa lengua en que han sido escritas tantas y tan asombrosas obras, como las *Siete Partidas* del X Alfonso, *Los Nombres de Cristo* de Fray Luis de León y el incomparable libro de Cervantes Saavedra, suficientes para dar a la Madre España la justa alabanza de los extraños y la admiración de los pueblos cultos, si grandezas históricas, patrióticos heroísmos y empresas singulares de sus hijos, no le hubieran conquistado tales cosas desde los tiempos más remotos.

Estudiamos en Bécquer la vida pesarosa de una alma de por sí dulce y tímida, y de naturaleza débil y acaso enfermiza, nacida para la contemplación de serenos y regocijados ideales, interna y esencialmente personal, y educada para reconcentrarse en una subjetividad lánguida y romántica; en Núñez de Arce veremos al poeta entonado de una edad agitada y borrascosa, al vigoroso atleta de la edad presente, al batalla-

* Conferencia sustentada en Orizaba el 21 de mayo de 1887.

dor recio e indomable que lidia en lucha tremenda por la verdad y la justicia, *armado con la espada del canto*, según la gráfica expresión del poeta de Recanati; al poeta de una generación atrevida y soberbia, de un siglo deslumbrante y magnífico, enorgullecido con sus progresos materiales y sus inauditas invenciones, grande hasta parecer coloso, pero con el espíritu entenebrecido por la duda y el corazón desgarrado por el dolor.

No cabe duda que la Poesía Lírica es una de las más altas revelaciones del arte; libre en sus poderosos vuelos, aunque un tanto esclavizada en sus manifestaciones, e inferior en algo a la pintura, que la sobrepuja en colorido, a la escultura que le aventaja en la firmeza de los contornos y en la pureza de las líneas, y a la música que le supera por la cadencia y armonía, es la que con más facilidad llega al corazón de las multitudes, por el atractivo de su forma breve y genuina, y por la rima y el número, y la que, por la manera pasmosa de reproducirse, recorre en más corto espacio de tiempo todas las clases de la sociedad, ejerciendo eficaz influjo en ellas, desde las más cultas y encumbradas, hasta las más bajas e ignorantes. Palpita amorosa en el hogar, vibra en la escena con arranques sublimes y musicales notas; se alza en la tribuna ardiente y severa; canta himnos de entusiasmo y de gloria en los combates, y estalla tempestuosa y terrible en medio de los frenesíes populares; todo lo abarca bajo sus alas divinas: creencias religiosas, ideales políticos y tendencias sociales; afectos purísimos del alma y desbordados ímpetus del corazón; todo tiene en su lira una cuerda sonora y encuentra en sus labios elocuentes y sublimes acentos.

En todos los pueblos y en todas las edades, la Poesía Lírica ha cooperado a la realización de las grandes empresas humanas, sirviendo, por decirlo así, de fiel y constante colaboradora en la obra de la civilización.

En las sociedades primitivas e incultas, cuando la Historia vivía de la tradición oral, y los hechos pasados andaban mezclados con los errores y emblemas de la Fábula y las personificaciones y leyendas de la Mitología, la Poesía Lírica, haciéndose amable por la ligereza de la frase y la galanura de la estrofa y del ritmo, cumple con los altos destinos de la *Maestra de la Vida*, dirige a los hombres y prodiga por do-

quiera sus enseñanzas salutíferas. Legisladores, filósofos, guerreros, historiadores y moralistas, le piden el auxilio de sus múltiples calidades: la imaginación y el sentimiento, el ardor de la frase y el atractivo de la inspiración, y se tornan poetas. Moisés, entonando a orillas del Mar Rojo el himno más inspirado que han oído las olas y los vientos; Platón que rodeado de sus discípulos en lo alto del cabo de Sunnio, frente a aquellos serenos horizontes de los mares helénicos y bajo el pabellón cerúleo de los cielos del Atica, hace percibir a los que le escuchan la eterna armonía de las esferas; Tirteo, animando a sus huestes con sus cantos heroicos y reanimando en ellas el fuego, casi extinto, del suelo natal; Herodoto, consignando bajo el amparo de las Musas los sucesos pasados, y Jeremías que sentado entre los escombros de Jerusalén llora con trágicos gemidos la ruina y desolación de su pueblo, no son más que poetas de altísimo numen, de inspiración sublime y de tan alto sentido que a través de los siglos y desde tiempos bien distantes de los nuestros, todavía encienden nuestras almas y son objeto de nuestra admiración.

Estudiando ayer la poesía de Bécquer recorrimos un mundo de afectos delicados y de apacibles ternezas, las regiones de un arte simpático y sentimental, entristecido por íntimos pesares y secretos y profundos dolores; hoy vamos a entrar en otro igualmente hermoso, pero menos sosegado, el campo glorioso de combate en que todos los sentimientos, todas las ideas, todas las negaciones y las creencias todas de la humanidad lidian terrible y sin igual batalla, batalla sin treguas ni próximo término, en que luchan a muerte el pasado y el presente y donde el alma conturbada presiente, llena de terrores, un porvenir que pone espanto al corazón. Discurremos hoy por los espacios vastísimos de un arte singular y objetivo, levantado y sublime, como inspirado por vehementes pasiones y grandes ideas, arte vigoroso que pone en labios del poeta ora el himno glorioso del triunfador, ora la elegía tristísima del caído; ya la queja emponzoñada que hiere con mortal herida, ya la estrofa grandilocuente que brota de una alma indignada contra las iniquidades del pasado y las injusticias del presente, y que truena terrífica contra la tiranía ominosa de los reyes y la vergonzosa tiranía de las multitudes; el trueno profético que llora a los dioses caídos en

tierra y presagia sollozante la próxima ruina de una sociedad corrompida e incrédula y el imperio cercano de la desesperación y del dolor.

En pasadas épocas, en la antigüedad y en los siglos medios, en que unas mismas ideas y sentimientos dominaban en los pueblos, el poeta, nacido, crecido y formado en un medio común o mejor dicho universal, llevaba en el alma el ideal de sus tiempos, y reflejaba en sus obras la sociedad en que vivía, y sus versos vibraban al unísono con el pensar de todos y en nada discrepaban del sentir común. De aquí esos poetas que el célebre autor del *Intermezzo Lírico* llamaba *enteros* por llevar en su numen el numen de su pueblo, y haberse condensado en ellos las creencias, ideas y aspiraciones de su edad, conservando su individualidad propia, sin dejar por eso de sentirse agitados por las pasiones de su siglo.

Homero contiene en su inmortal poema los elementos todos de la civilización griega, el individualismo característico que transformó entre las gentes helénicas en propia sustancia cuanto de los extraños habían tomado: las costumbres y los dioses; aquel ideal artístico que tenía por tipo la hermosa naturaleza y el hombre perfecto y que había de producir un día como obra maestra de plástica belleza, la Venus de Fidias; en arquitectura el Partenón con su gallarda columnata y sus graciosos frontones, y en el teatro la singular figura de Prometeo; aquella ciencia que formularía las leyes del pensamiento con Aristóteles, que fundaría con Sócrates la Filosofía Moral, y que con Platón llegaría de la belleza física a la idea y de la idea a Dios; aquel amor a la patria, fiero y altivo, sublime y heroico, que tendría más tarde un Arístides en la justicia y un Leónidas para las Termópilas. Dante encierra en su gran epopeya, sólo comparable por su carácter y la alteza de la concepción a las grandes fábricas del arte cristiano, y en sus tercetos de místico y simbólico enlace, que parecen fundidos al fuego devorante de las pasiones que agitaban a las sociedades de su época, el amor ideal, aspiración suprema de las almas en aquella edad, la necesidad de justicia, tanto más apetecida cuanto menos practicada, y la fe religiosa envuelta entre las sutilezas de la Escolástica y los éxtasis de la Teología Mística.

Como Homero es el poeta de Grecia, Dante lo es de la Edad Me-

dia. En ocasiones tenebroso y terrífico, arcano las más, humano siempre, en todas las etapas de su misterioso viaje, lo mismo en los círculos sombríos e interminables del Infierno, que por las regiones bañadas en luz crepuscular del Purgatorio y en los espacios deslumbrantes del Paraíso, frente a frente de la Belleza, del Poder y de la Sabiduría increadas, es siempre Dante el poeta de su agitada edad.

A poetas así, llamaba Heine, enteros o completos, e *incompletos* a los otros en quienes, por efecto de lo disímulo y desagregado de la sociedad en que han nacido, no hay ese carácter particular que los identifica con su nación y con su tiempo, por unidad inquebrantable, presentando rasgos distintivos, humanos, es cierto, pero muy particulares y personales. Los poetas incompletos no tienen la unidad de los otros, pero serán tanto más grandes, cuanto mejor consigan expresar con forma perfecta, a la par que los ideales que informan sus obras, las creencias y las aspiraciones de la sociedad que representan.

Sentado esto que parece inconcuso, y aceptando como un principio crítico, comprenderemos fácilmente los méritos que el célebre autor de los *Gritos del Combate* tiene para gozar de tan claro renombre y de tan alta y merecida fama.

Desde el Llobregat hasta las últimas riberas del aurífero Tajo y desde las costas del Golfo de Cortés hasta las ricas pampas que fecunda el Plata, el nombre de Don Gaspar Núñez de Arce se repite siempre entre ardorosos aplausos. Mas tengo para mí —y esta creencia es hija de una observación que me parece exacta— que a pesar de tantos encomios y loores, el gran poeta no es estimado en lo que justamente vale, porque no ha sido debidamente comprendido. Notadlo bien, señoras y señores: las obras más conocidas y populares del ilustre ingenio, particularmente en los países hispano-americanos, donde el poeta no ha contado con el prestigio y lustre del poder, las obras más conocidas y populares son los Poemas, como el *Vértigo*, el *Idilio* y la *Pesca*, y al paso que se repiten de memoria, no sólo en aulas y círculos literarios, sino en el seno de las familias indiferentes en punto a letras, largos trozos de la *Maruja* y aun de la *Ultima Lamentación de Byron*, apenas se conocen el incomparable poema de *Raimundo Lulio* y esa elegía, de tan hondo sentido, consagrada a la memoria de Herculano, el in-

signe historiador portugués. Débese esto en gran parte —a mi juicio— al encanto maravilloso de la leyenda, al interés que ofrece siempre una trama urdida con talento y desarrollada con vigorosa inspiración, y a la forma, al parecer ligera, de esa clase de lecturas que juntan a la brevedad el atractivo de la novela, pasto diario, aunque no siempre benéfico, de un público que devora, día a día, con insaciable curiosidad, cuanto en este género nos dan sin cesar las letras de ambos mundos. Además, la sociedad de la América española, aunque agitada hondamente por las ideas del siglo, no poco turbada en la conciencia y muy trabajada en guerras y discordias civiles, comparada con las sociedades europeas, vive todavía, relativamente, vida muy quieta y sosegada, por más que tribunos ardorosos, desmandados filósofos, irreflexivos publicistas y ambiciosos oligarcas, en discursos y escritos, quieran hacernos creer que nos hallamos a la altura de los pueblos del Viejo Continente, en esto de problemas religiosos y sociales que llegan hasta las gentes de aquende el Atlántico, como los ecos de una tormenta muy lejana. Las naciones americanas mal podrán entender cosas que no sienten y de las que viven libres y descansadas todavía.

Los que no han visto de cerca esa batalla en que el poeta combate, ni han penetrado en el corazón de los pueblos contemporáneos de Europa, estremecidos de espíritu, turbados en lo más santo de su ser, y no han palpado las llagas que devoran a las sociedades de ultramar, corrompidas y desquiciadas, jamás comprenderán esos gritos arrancados del fondo del alma, eco doloroso del mundo moderno corroído por los vicios y extraviado por los pensadores, que más ilusos que los poetas de todos los siglos y con más peligrosos delirios que aquéllos, todo lo desarraigan y conmueven, removiendo hasta en su asiento todas las instituciones sociales; mundo a las veces generoso y grande, en otras mísero y empequeñecido, que libre de añejas tiranías de reyes y señores cae bajo el yugo de las masas desenfrenadas de una plebe feroz, que derroca toda autoridad, que con orgullo satánico todo lo niega, y se precipita en un caos en donde al alzarse de la caída se encuentra sin ideales, y desolado y triste; que deja de ser cristiano para ir arrastrado por la voz elocuente y brillante de un tribuno, a ofrecer incienso a los ídolos que forjan mentes calenturientas e insanas, o que dejándose

llevar de sus propios instintos, empujado por una incredulidad interesada, rompe los santos lazos de la familia y niega no sólo a Dios, sino hasta el poder de la propia razón, para espantarse luego y buscar en la nada salvación y consuelo.

Para juzgar debidamente a Núñez de Arce es preciso hojear, aunque sea muy a la ligera, la historia literaria de España en el último siglo, para buscar en él a sus predecesores, tanto en lo que se refiere a la forma como al carácter particular de su numen trascendental e intencionado.

Al principiar el Siglo XVIII la casa de Austria dejaba de reinar y comparecía ante el tribunal de la posteridad. *Había pasado —dice el Sr. Marqués de Valmar— como un espléndido meteoro, que empieza deslumbrante y acaba destruyendo y aniquilando. Ambiciosa y grande primero; después grande pero recelosa y sombría; más adelante irreflexible y frívola, formó en no largo espacio, una imagen cabal de la grandeza y postración de los estados.* En su decrepita vida arrastró tras sí a la nación gloriosa cuyo cetro había empuñado por tan largos años, llevándola al paradero más desgraciado y lastimoso. Carlos II vió disolverse la sociedad y derrumbarse el edificio colosal de los pasados siglos, *Dios, el Rey y el trono —añade el distinguido historiador—, las tres palancas poderosas que removían y levantaban los ánimos en aquella nación de soldados, de caballeros y de poetas, perdían su fuerza y desnaturalizaban sus impulsos. Hasta la fe no era ya la luz divina que tan pura y vigorosa habían llevado nuestros conquistadores a las inexploradas regiones de América y de Asia: se había nublado algún tanto con escrúpulos supersticiosos, de esos que ofuscan el entendimiento y turban la conciencia; y la nación, torcida en su movimiento político y administrativo, yacía postrada y en apariencia moribunda.*

La historia literaria corría parejas con la historia política y apenas si ofrecía objeto digno de atención; que las letras ni adelantan ni prosperan cuando la sociedad alienta falta de actividad y de genio.

Reinaba en las castellanas la depravación de *conceptistas* y de *cultos*, que arraigada en España por los empeños de Ledesma, Gracián y Góngora, cundió con rapidez a la historia, a la poesía, a la sagrada cátedra y a la sociedad entera. Digan lo que quieran los que han sos-

tenido que el extravío del gusto, la hinchazón y el simbolismo nacen de accidentales circunstancias, son consecuencias de una literatura en germen o de una triste decadencia intelectual.

Recordad que cuando en España privaba con fueros de soberanía el *gongorismo*, los ingleses se entregaban a los desórdenes del *enfuismo* y los italianos se hacían conceptuosos y extravagantes, llegando tales errores a tener preceptistas y legisladores, que para éstos fue el Conde Thesauro y para aquéllos el famoso John Lilly.

La Décima Musa, nuestra Sor Juana Inés de la Cruz —de piramidal talento, como decían sus apologistas de aquel tiempo—, caracteriza exactamente el mérito de la poesía lírica castellana en los comienzos del pasado siglo.

Descúbrese en ella estro purísimo y sensibilidad delicada, pero sus obras declaran la perversión del gusto entonces dominante y tenido por insuperable y excelente.

En tan bajos vuelos andaba la poesía, así se malgastaban talentos superiores como los de la célebre monja de la Corte del Virrey Marqués de la Laguna, y así siguió, un tanto contagiada de extranjerismo, durante los primeros años del dominio de los Borbones, viéndose casi agonizar el numen lírico en tiempos de Felipe V, que en vano quiso identificar su carácter traspirenaico con el de la nación cuyo trono ocupaba, y apenas si de cuando en cuando brotaban algunos destellos de la entonación antigua que, falta de nobles estímulos, ahogaba sus prendas más bellas en el piélago de un gusto extraviado y corrompido.

La musa lírica española no tuvo nunca en la época de su mayor esplendor el sello de la creación nativa, ni espontaneidad y bríos de original, y la verdadera gloria literaria de la alta poesía castellana está fincada en los romanceros y en las maravillas de su opulento teatro, el primero del mundo. Cuando no había tenido propia inspiración atesoraba al menos galas y primores; pero en el Siglo XVIII a rastras por los suelos, parecía águila de vuelo poderoso que aliquebrada y sin fuerzas mancha sus plumas en el fango.

A la *Poética* de Luzán, al *Diario de los Literatos* y a la *Sátira* de Porge Pitillas (Don Gerardo de Hervás) y al estudio y conocimiento de mejores preceptos —aunque no tan completos como eran de necesi-

dad—, se debió la depuración del gusto. Las buenas doctrinas ganaron terreno en tiempo de Fernando VI, y la época de Carlos III, con Meléndez y Jovellanos, ya puede señalarse como una nueva era literaria. Entonces los poetas, en su noble deseo de huir de la hinchazón, de la metáfora intemperante y de la manera culterana, cayeron en el prosaísmo y despojaron a la sublime musa de sus alas; de tan baja poesía es repetido ejemplo el desventurado D. Pablo Olavide, autor del *Evangelio en Triunfo*, cuyos poemas cristianos corren impresos, entre nosotros, apareados con el poema de la *Gracia* de Racine, traducido por un poeta orizabeño de quien apenas se recuerda el nombre: D. Francisco Bustos, encomiado orador de la Congregación de San Felipe Neri. Nuestro diligente traductor de Racine, como casi todos los escritores de su época, está contagiado de ese prosaísmo, verdaderamente lamentable, que tuvo entre nosotros por representante al P. Sartorio, tan fecundo y pedestre, como fue aplaudido y alabado por nuestros abuelos, de quienes era regocijo y encanto.

Con el prosaísmo imperó la égloga y la artificiosa poesía campes- tre, hasta llegar a producir lo que se ha llamado poesía fruslera, y descender rápidamente de su apogeo. En los últimos años de Carlos III y en los primeros de Carlos IV pasó la calamidad del prosaísmo y la crítica no se hizo más libre y desembarazada; pero sí más severa y exigente, y aparecieron enfáticos y no sin bríos, Sánchez Barbero, humanista insigne, Don Leandro Fernández de Moratín, todo serenidad, mesura y atildamiento, y Cienfuegos que siente y escribe con ímpetu y firmeza, y a quien corresponde la gloria de haber abierto camino a un poeta, sin ejemplo por la energía del sentimiento y la majestuosa ento- nación: Don Manuel José Quintana.

Quintana es una de las figuras más interesantes de la literatura española del pasado siglo y del presente, en cuya primera década alcanzó a remontarse su poderoso numen por las regiones más encum- bradas del estro lírico.

De muy diversos modos ha sido juzgado por la crítica de estos últimos tiempos el célebre y laureado cantor del *Mar* y de la *Invención de la Imprenta*. Muy severamente tratado por unos y con benevolencia ilimitada por otros; encomiado por éstos con apasionado cariño que

no mira defectos y sólo para mientes en los aciertos de su ídolo, y con acritud calificada por aquéllos, todos convienen en que por la entonación levantada y viril y por la forma, relativamente perfecta, de sus odas es uno de los poetas más encumbrados del parnaso español. Pero lo que constituye el verdadero timbre de su fama y sirve a su envidiable renombre de firmísimo asiento, está en haber sabido identificar la inspiración suprema de sus cantos con uno de los períodos más gloriosos de la historia de su patria, de esa época memorable, en que la indómita nación del Cid y San Fernando vió a todas sus gentes ponerse de pie, como si fueran un solo hombre, y correr a la defensa de sus campos talados, de sus hogares destruidos, de sus templos entrados a saco, y de su querida libertad puesta en cadenas, por sus viejos enemigos, vencidos otro tiempo en los campos de Roncesvalles y Pavía.

Nunca la ambición desmedida y sin freno y la fuerza militar formaron con el Genio alianza más estrecha, como la que vieron en Napoleón nuestros mayores; nunca el mundo había admirado más prodigiosa habilidad que la de aquel hombre singular, árbitro de dos siglos tempestuosos, de terrible empuje en el combate y de ciencia y sagacidad insólitas en el consejo. ¡Cómo en breve tiempo recorrieron sus huestes tantas naciones! ¡Y cómo, casi en el corto espacio de una estación bajaba de los montes, como otro Aníbal, a las comarcas fértiles de Ausonia, iba a turbar el reposo secular de las tierras faraónicas, sojuzgaba el Istro y llevaba hasta las heladas estepas moscovitas sus legiones triunfadoras, veloces como el rayo y como alud irresistibles, borrando lindes y derrocando tronos y rindiendo al choque de sus armas y bajo el peso de su cetro, ejércitos y reyes y pueblos y naciones.

*Fu vera gloria di posterì
L'ardua sentenza...*

Mudo de asombro y aterrorizado contemplaba el mundo al poderoso Capitán, cuando tocó a España, olvidada y vendida de sus reyes, estorbar el paso al armipotente vencedor. Parecía que la Providencia, en sus arcanos, deparaba aquel enemigo colosal a tan gran pueblo para que de pobre, desmayado y caído que yacía, se alzara dig-

namente, como correspondía a sus anales de mejores tiempos, entre los aplausos del orbe asombrado y atónito.

¡Y cuán hermoso despertar! Los descendientes de aquellos hombres que habían combatido durante ocho centurias contra el Moro, que pusieron en pavoroso espanto a bizantinos intrigantes e infieles; que llevaron las banderas del César a remotas comarcas, y exaltaron la Cruz en las regiones vírgenes de América, fueron, con épico denuedo e inusitado empuje, terribles adversarios para los soldados del Sena.

Apenas si los fastos de la antigüedad ofrecen ejemplo de un pueblo más bravo y enérgico, en lucha por la patria; apenas si las helénicas historias pueden darnos memoria de tan nobles empresas y de hazañas tan sublimes, como las que entonces se vieron; que ninguna edad ha contado nación que sobrepusiera a los Iberos en el ardiente entusiasmo y el soberbio arrojo para defender el suelo natal, esa tierra sagrada de donde, cuando huye la victoria, surge radiante de luz el heroísmo.

Quintana fué el cantor de aquel heroico batallar, cantor inspirado y magnífico, de palabra soberana y sin igual aliento. *Para encontrar acentos tan vigorosos —dice un crítico— hay que acudir a la musa libre y denodada de la Grecia. Tirteo, templado por el espíritu espartano, no pinta con mayor vehemencia la gloria de morir por la patria. Efectivamente, Quintana es el Tirteo español. ¡Cómo no, si en él alentaba el mismo espíritu que animaba a los vencedores de Bailén, a los indomables soldados de Zaragoza y de Gerona y a los invencibles defensores del Bruch!*

Es de notarse el contraste que presentan entre sí algunos himnos de Quintana.

Estaba el gran poeta inoculado de ese sentimiento de libertad, exaltado por Juan Jacobo, alma de la literatura enciclopedista de allende el Pirineo e informador entonces de las españolas letras, y como todos los contagiados de tan desastrado filosofismo y a pesar de hallarse dotado de moral instinto, en sumo grado adolecía de un sinnúmero de errores críticos, y carecía, como los más de su escuela, de verdadero sentido histórico. Así le vemos desconocer o fingir que desconoce, impulsado acaso por la bajeza y limitación de ciertos monarcas débiles y pusilánimes, las glorias tradicionales de España, el pasado esplendor de

las gentes ibéricas, sus fecundas empresas y sus conquistas inauditas, y alzar en pavés ídolos y figuras, ante los cuales sólo podría ofrecer incienso el pueblo peninsular transformado por el tiempo o con olvido culpable de su historia y negación de su carácter hidalgo y generoso.

Mas cuando el verdadero sentimiento de la patria encendió su corazón e inflamó su numen, cuando el francés insultante y altivo, profanaba el suelo natal, ¡cómo se olvidó de errores y prejuicios! ¡Sublime inconsecuencia que hizo del cantor apasionado y ardiente de una secta filosófico-política, intérprete elocuentísimo de un pueblo denodado! ¡Inconsecuencia sublime que lo identificó con él, asegurándole sempiterno lauro; que completó sus naturales prendas, dándole lo que hasta entonces le faltaba para ser comprendido de la muchedumbre: el sentido nacional; y con sus tonos, el poder subyugador que domina las masas, arrastra las multitudes al combate y produce heroísmos estupendos; el nacional sentido, sin el cual es, de ordinario, ineficaz e insuficiente, por lo menos, la obra civilizadora del poeta.

Los errores críticos de la Enciclopedia, las caedizas doctrinas de los filósofos humanitarios y el clasicismo pagano de la Revolución, último fruto del Renacimiento, incauto admirador de griegos y latinos, habían paganizado el espíritu de Quintana, y quitado a su lira las cuerdas más vibrantes de la poesía cristiana: el amor de la mujer y Dios. Apenas si tienen los himnos del Tirteo español una frase de amor para la dulce compañera del hombre; apenas si ese delicado sentimiento, tan apacible en los versos de Meléndez y del sensible Delio, mueve el corazón de Quintana; apenas si el nombre augusto de Aquel que lleva los mundos por el espacio y llena de esplendores el orden moral, logra arrancar y eso por acaso, una nota a su plectro; el amor a la patria, la libertad, el heroísmo, la ciencia, el progreso indefinido del género humano, son los asuntos predilectos de sus himnos.

Su admiración por la antigüedad helénica y latina, lo condujo a los altares de la belleza plástica. Allí tenemos su himno a la *Danza* admirable por la galanura, el donaire y la armonía, haciendo patente su amor a la forma.

Cierto es que esto mismo que dió a sus obras proporciones medidas y armónico cuerpo a sus ideas, le hizo en algunos pasajes de sus odas

nebuloso y oscuro para el pueblo, por las memorias y alusiones traídas en ellas del Mito y de la Fábula, señal de no vulgar cultura en el poeta, pero de sentido casi arcano para las gentes peninsulares, cuya poesía nacional con Cides y Gazules mal se aviene con Saturnos y Theseos.

La poesía popular, por naturaleza *impersonal*, ha sido creada por el pueblo en todos los países, porque él ha dado a sus cantares ideas y sentimientos, su vida y su alma, tocando a los poetas revestir con forma artística lo que en las muchedumbres es vago e informe. Tan grande es la excelencia de la forma, que cuando el artista acierta con ella —dice un crítico— *es tal su eficacia y virtud, que en ella se arraiga y fortifica su personalidad, y por ella se levanta, al mismo tiempo, el nivel de la cultura en el pueblo circunstante que se reconoce a sí mismo en los cantos del poeta; pero ennoblecido y glorificado por el divino fulgor de la hermosura.*

Muy acertado anduvo en esto Quintana. Aunque no exento de asperezas y de rasgos duros, que parecen descubrir a los lectores un cincel impaciente, sus versos sueltos, espontáneos y libres, corren y se des- tejen desembarazados como el vigoroso sentimiento que los dictaba, como el entusiasmo que los producía, a las veces desbordado cual torrente que baja de esriscadas alturas o se aduerme en la vega fecundada con su linfa sonora.

Quintana, por la forma, marca un gran adelanto en su siglo, cuando la tersura y serena majestad de Fray Luis de León, se había olvidado, y primero culteranos y luego prosaístas tenían desvirtuada la tradición horaciana, siempre sensible en la poesía de Castilla.

Por la inspiración es, ahora como entonces, modelo singular que deja muy atrás los arranques bíblicos del divino Herrera, y por las ideas y la trascendencia general de sus obras, y con especialidad en los cantos que la guerra de Independencia le inspiró, genuinamente español y hasta europeo por los principios que las informaban y el sentimiento que las encendía con sus llamas.

Tal es Quintana.

Núñez de Arce, superior en la forma a su poeta predilecto, tiene más amplia inspiración y si su musa no se impone soberana a la multitud es por la misma extensión de su vuelo. Acaso sea el poeta de las

clases elevadas, acaso no influya con la eficacia que debiera en el pueblo; pero si —como yo creo— las grandes turbaciones, las dudas y la agitación de este siglo conmueven más a la clase media, a los grandes y a los sabios que a sencillos y pequeños, fuerza es conceder que la musa de Núñez de Arce cumple a maravilla con sus destinos.

Fuertemente preocupado se muestra el poeta con las grandes cuestiones que hoy agitan a la humanidad, y atleta vigorosísimo aparece en el combate que al presente se libra en la sociedad contemporánea. Lo que pierde por esto de exclusivismo nacional, lo gana en universalidad de tonos, en profundo sentido y en trascendencia vastísima.

¿Qué cosas de las que conturban el espíritu moderno no han tenido eco en la lira de bronce del poeta? No encontraréis en él muelles endechas y canciones enervadoras; todo es en sus labios viril y vigoroso, invectivas y desmayos, lamentaciones y censuras. Jamás poeta español tuvo comprensión más clara de su siglo; hijo suyo, no se libra de sus audacias y de sus desalientos, ni de sus vagos delirios, ni de su crítica destructora y fría, ni en la aspiración insaciable por algo mejor y más perfecto de la incredulidad que envenena la mente y seca el corazón.

¡Cómo se refleja en sus cantos la sociedad contemporánea, entristecida por la duda y atormentada por el dolor! ¡Cómo palpita en sus maravillosos versos el alma toda del siglo XIX, de ese siglo glorioso y sin ventura

*Que entre nubes de fuego alza su frente
Como Luzbel potente,
Pero también como Luzbel caído.*

Tenemos ya dicho que de todas las obras de Núñez de Arce las más populares y leídas, en los países hispano-americanos, son los *Poemas*, y conviene notar aquí, nuevamente, que las de otro linaje como las composiciones tan variadas y valiosas de los *Gritos del Combate*, no satisfacen ni llenan a todos en cuanto toca a las ideas, pues en lo que a la forma se refiere a tal punto llegan de belleza que rinden —y con esto se dice todo— hasta a los devotos y partidarios de esa escuela —llámola escuela porque no acierto con otra palabra que ni ofenda y

sea exacta—, que fundándose en no sé qué principios estéticos, desprecia y casi niega la necesidad y excelencias de la forma y hace consistir el mérito de la obra poética en las ideas, concediendo algo, y no poco, a la música y a la cadencia; mas declarando insignificante y baladí lo que la poesía tiene de escultural y plástico, desvirtuando así, en las artes de la palabra, lo que en ellas hay de más esencial y genuino: la expresión.

No a todos satisfacen los *Gritos del Combate*. Para algunos son como expresión sintética de una secta político-religiosa, escéptica y en extremo avanzada, y para otros, que no lo son menos, como el ejemplar característico de la poética ultramontana, —en el sentido despreciativo de esta voz— viendo la mayoría en el hermoso libro inconsecuencias imperdonables o caídas inesperadas que obligan a los lectores a volver la hoja, cada uno de ellos por causa distinta, contrariado y mal contento. Y es que se ha querido ver al poeta filiado bajo las banderas de un sistema determinado, como si los artistas, y un artista de tan alto sentido y con tan elevada noción del arte como Don Gaspar Núñez de Arce, pudieran encadenar así a su musa y mutilar, como se pretende, su franca y libre inspiración.

El arte, cualesquiera que sean los principios en que se funde y sean cuales fueren los móviles que le impulsan y las doctrinas que lo informen, como el Pegaso de Schiller, no soporta el yugo, y libre y a su antojo tiene mejores vuelos y se encumbra a más altas regiones.

La poesía, como todas las artes nobles, no es cosa sin causa ni objeto, tiene divinos orígenes y sagrados destinos, y para corresponder a unos y cumplir los otros necesita de libertad.

Querer que no ande libre y no corra por donde la lleve el genio y la inspiración, la arrastre el mundo exterior, y el sentimiento interno de lo verdadero y de lo justo la conduzcan, es como aliquebrar al águila para hacerla rastrera, cuando ha nacido para cernerse lo mismo sobre las campiñas y los valles floridos, que por lo alto de las cordilleras donde anida, sobre los torrentes impetuosos que bajan de la sierra y recorrer, en giros inmensos, los ámbitos surcados por el rayo.

Dejad libres los medios y los caminos al artista, dejémosle que vaya por donde le plazca a realizar la belleza, que en alas del genio

llegará al punto que sus ideas y creencias le señalen como término de sus obras; que proceda como cuadro a su carácter o convenga a sus tiempos, que a la postre nos dará la síntesis de las ideas por las cuales debemos de juzgarle. No temáis; el poeta con el poder y la magia del numen sabrá enlazar con lazo arcano, pero sensible, en su arte, los esplendores multicolores de la mañana con las pompas de la noche; las sombras de la conciencia y de la duda con las irradiaciones de la verdad y de la fe.

Todo el mundo moderno con sus ardores pasajeros y sus desmayos de muerte; con sus dudas desconsoladoras y tristes y sus alegrías más tristes todavía; con su ciencia demoledora y luminosa, que olvida sus divinos orígenes; sus creencias vulneradas y sus vanas y audaces teorías; con sus problemas sociales y sus luchas políticas; con su presente intolerable y soberbio y su pasado glorioso y respetable, alienta y vive en los versos del gran poeta. En ellos encontraréis cuanto nace, se agita y muere en el seno de las sociedades contemporáneas: la vida interior, la vida social y política y la vida intelectual; el hombre descorazonado y tibio de afectos y creencias, arrepentido de cuanto sabe y duda; la gran colectividad humana empeñada en creer que vive y se mueve por su propia virtud; el anhelo incesante por la verdad y el bien en medio de la corrupción y del error; el amor a la libertad, proclamado contra todas las tiranías; la miseria del pobre contra las opulencias del rico; las desventuras del pequeño contra las felicidades del prócer; la materia en lucha interminable con el espíritu; lo natural desligado de lo sobrenatural, lo finito frente a lo infinito, el hombre frente a Dios; nuestra sociedad, en fin, *acaso más enferma que culpada*, nuestro siglo, el siglo XIX, sombrío como la noche, pero entre cuyas sombras brillan las estrellas del cielo.

¡Y cuán honda tristeza se revela en ellos! ¡Cómo aparece conturbado el espíritu del poeta ante las miserias de la generación actual que ve despreciadas las gloriosas conquistas del pasado; sin esperanzas el presente; preñado de tempestades el futuro; el orden social desquiciado; la familia disuelta por las costumbres estragadas de una sociedad sensualista; la libertad ayer esclavizada por señores y reyes tiranos y hoy prostituída por los desenfrenos brutales de la plebe; la justicia

puesta en tráfico; el derecho borrado por los filósofos; el poder del más fuerte proclamado por la ciencia como ley social; la eficacia de la razón y el mismo Dios relegado al olvido y al desprecio por los pensadores y los sabios! ; Pero también con qué ardiente entusiasmo nos señala los ideales salvadores de la Humanidad! Si Núñez de Arce no conmueve con sus cantos a todo un pueblo, no es culpa suya. Quintana tuvo por auditorio una generación heroica y enérgica, nuestro poeta canta para una sociedad enervada y pusilánime, que necesita para enderezar su camino, los horrores de París y de Cartagena, las iniquidades y sanguinarias escenas de exterminio que Stanley, espantado, anotaba en su diario como padrón de infamia de la civilización moderna, comparando las tribus salvajes del Africa central con los pueblos ilustrados de Europa.

Críticos que merecen muy grandes respetos han censurado a Núñez de Arce el que se haya constituido en cantor sistemático de la duda, duda que tiene a juicio suyo, más de retórico y ficticio, que de fundado y real. No seré yo quien emprenda refutarlos, ni quien, por lo pequeño y falto de dotes, se atreva a combatir sus dichos; me limitaré, pues, a observar que si el poeta canta para una sociedad escéptica y en la cual el egoísmo y la duda son ingentes, para una sociedad que ha olvidado que el sacrificio y la fe son los ejes del sistema cristiano y de la verdadera civilización, ha tenido que pintar, exactamente, el estado de los espíritus, de una manera indirecta, mostrando en sí mismo los estragos del cáncer devorador que la corroe. La generación presente no tiene ni la fe robusta que mueve las montañas, ni es en ella característica la negación absoluta; vive en la duda, en la duda alienta, y por la duda anda tan extraviada y dolorida. La vida inquieta de nuestro siglo, con la inestabilidad de sus cosas, y la degradación de los caracteres acusa la ausencia de convicciones profundas.

Acepto con los críticos que la fe y la negación sean fecundos elementos artísticos y de no creerlo así saltarían a convencerme de ello los grandes poetas Dante, Milton, Calderón y Chateaubriand, y tras ellos Byron, Shelley, Espronceda y Leopardi; mas si la duda no es en absoluto fecunda para el arte, lo es por accidente, y aquí están para probarlo la popular epístola de Núñez de Arce, y esa otra composición

del poeta intitulada *Tristezas*, tan doliente y apenadora y cuyas estrofas hacen sangrar el corazón.

No canta Núñez de Arce sus tiempos sin tino ni trascendencia, que no es del verdadero talento proceder sin objeto ni reflexión; entra en las almas, llevado por la magia de la forma, y toca las llagas pestíferas de la sociedad, hasta producir por el dolor y el cauterio la reacción inmediata de salud.

En su obra patriótica y civilizadora, hace vibrar todas las cuerdas de su lira, encontrando, como todos los grandes inspirados, formas nuevas, tonos inauditos y modos diversos.

¿Quién no ha fijado su atención en ese incomparable poema de *Raimundo Lulio*, al decir de quien en esto es peritísimo, obra maestra y admirable?

Pocas obras del poeta tienen la trascendencia de ese poema y pocas también encierran mayor suma de bellezas de pensamiento, entre tantas maravillas de lenguaje; tan primoroso y delicado, que nada hay a mi ver entre los escritores contemporáneos que pueda competir con esos tercetos, en la tersura del estilo, en lo fácil y atinado de la rima, en lo donairoso de los giros, en la manera conceptuosa y en la trabazón magistral y gallarda; tercetos admirables que recuerdan la celebrada epístola de Fernández de Andrade.

Más que la intención docta y cultísima del poema; más que la pintura simbólica de la ciencia moderna; que subyuga las almas y encadena la mente; pero con el pecho devorado por cáncer mortal, es portentoso el drama que en él se desarrolla, el sentimiento amoroso que palpita en esos versos; drama humano como pocos y como ninguno terrible y fatal, no con la fatalidad antigua, sino con la moderna, que toma de la naturaleza la fuerza irresistible y el ímpetu desbordador y sin freno de las pasiones.

Acaso merezca censuras este poema incomparable por el simbolismo y el sentido alegórico que oscurecen, para el vulgo lector, el pensamiento capital de la obra; pero refulgente y radiante para quienes saben leer entre líneas y buscar en las concepciones de los grandes autores la intención segunda que viene a completar el vigor de la expresión, y constituye, por decirlo así, el carácter íntimo del genio. Simbó-

licos han sido en sus libros Dante y Calderón, Schiller y Goethe, y aunque Núñez de Arce pretende ser popular, la cultura finísima de su talento le lleva, como a todo ingenio superior, al sentido alegórico y velado.

Para juzgar acertadamente a nuestro vate y estimar su mérito, hay que considerar en conjunto todas sus obras: los *Gritos del Combate*, sus *Poemas* y su *Teatro*, pues sólo así es dado al crítico comprender lo extenso de su numen, tanto en lo artístico, como en lo filosófico y social. Todas ella, —y es éste don y privilegio de elevados ingenios— se enlazan entre sí con lazos recónditos, por hebras sutilísimas de oro, para muchos ocultos, que acercan y relacionan, por rara manera, no a todos concedida, las partes diversas y variadas de un todo, en que, por la unidad, irradia con purísima luz el sol de la hermosura.

No son los *Poemas*, leyendas ingeniosas, en que opulenta fantasía, fastuoso decir, sentimiento delicado y trama bien urdida brindan a los lectores peregrino solaz, pero vanas y frívolas; narraciones fugitivas y sin alcance, que poco o nada dejan al corazón y al pensamiento. Así los toman, sin duda, los que sólo se pagan de brillos y lozanías, se embelesan con ostentosos arambeles y se arroban con cadencias y músicas, sin ir al fondo de las cosas, ni acertar con el pensamiento principal. Son los *Poemas* continuación de los *Gritos del Combate* o acaso su complemento; nuevos tonos de esa voz sublime a la par encomiadora de sus tiempos, y de juicios terribles para su siglo, de profético anuncio y eco perdurable; nuevo procedimiento, nueva manera, para estimular a la generación presente, despertando en ella el amor a la Justicia y a la Verdad.

No tienen más defecto los *Poemas*, —observa un académico— que haber dado origen a un romanticismo rezagado e inoportuno, inexplicable en la edad presente e intolerable en las Américas, donde nunca ha podido ni podrá tener vida propia, por falta de leyendas, tradiciones e historia caballeresca, que la Edad Media creó en Europa y que tiene que ser artificioso y contrahecho en las tierras de aquende el Océano.

En el drama sangriento y terrífico del *Vértigo* canta el poder de la conciencia, debilitada y enferma en la sociedad del día; en el *Idilio*



las dichas sencillas del amor virtuoso, consagrado por el afecto paternal, y los dolores de la vida aliviados por el rocío benéfico de la esperanza cristiana, dando a la sociedad corrompida y desesperada de su siglo, ejemplo saludable; en el canto elegíaco de Lord Byron —sea cual fuere el carácter, más o menos exacto, con que haya presentado al bardo inglés— el amor a la Libertad, nunca agotado, siempre ardiente y siempre generoso de las generaciones actuales; y en la *Pesca* y en *Maruja*, sobre todo en la primera, —con más verdad y sentido más humano y real que Víctor Hugo—, la eterna lucha del hombre con los elementos, las desventuras de los miserables, lepra de la civilización presente, templadas por la caridad y dulcificadas por el amor.

Dos poemas hay notabilísimos que no habréis olvidado: *La Visión de Fray Martín* y la *Selva Oscura*. El primero de amplio sentido para el mundo moderno; el segundo —a mi ver— puramente personal y subjetivo.

Pinta en éste las hondas tristezas de una alma que, al mediar de la vida, mira casi imposible el triunfo de sus ideales, de los nobles y levantados ideales por cuya exaltación ha luchado lleno de fe, gastando las fuerzas de su alma, las angustias de un espíritu perdido en oscura región, dolorido y triste hasta la muerte; poema oscuro como el gran libro en que está inspirado, y acaso el más simbólico de todos los suyos, pero con la majestad severa del modelo; poema en tercetos insuperables, que *saben a Dante*, y que parecen fundidos al fuego de un siglo, devorado por aspiraciones ilimites, entenebrecido por la duda y desolado por el dolor.

La Visión de Fray Martín es de un simbolismo menos velado y de trascendencia más grande todavía. El espíritu de la Reforma está todo en él, con sus temores y sus esperanzas, con sus anhelos de absoluta libertad y sus presentimientos crueles; en él está todo el espíritu de Lutero, que si dió mayor actividad al pensamiento, hundiólo en un caos de dudas y de teorías inestables; que ha ensangrentado los pueblos, manchado las conciencias, torturado las almas y conturbado con sus audacias la ciencia y la virtud; espíritu rebelde que es todavía alma y móvil de todo cuanto de innovador y de inquieto se agita y se revuelve en el mundo.

¡Y qué belleza de forma en todos esos poemas! La forma de Núñez de Arce es irreprochable, el ideal del arte poético, la belleza de la palabra, realizados como por manera divina. Nada hay que se le iguale en la historia literaria de su patria, ni creo que en ninguna de las lenguas modernas, poeta alguno le haya sobrepujado en perfección. Ora vacíe sus pensamientos en silva caprichosa o recortada décima, en octavas reales o majestuosos versos blancos; ora en soneto vigoroso y de estructura férrea, o en terceto italiano, de trabazón emblemática, de cualquier modo acierta a maravilla con la forma, tanto que, al extasiarse con sus versos, no saben los lectores qué admirar más, si la alteza de las ideas o la tersura de la frase, lo claro y diáfano del estilo y la corrección suprema de esas obras, en que la lengua castellana, de cera al modelar, parece luego mármol pentélico cincelado por Fidias, que no conserva huellas del acero; sin atildamientos de académico amanerado, ni arcaísmos traídos de por fuerza e incrustados a golpe de martillo, sino fácil, espontáneo, natural y genuino. ¡Consortio feliz de la *idea* y de la *forma*, enlace divino del espíritu vago y superior y del cuerpo real y perfecto!

Como casi todos los grandes poetas ha dado a la poesía moldes nuevos, formas nuevas, o formas renovadas. ¿Quién no ha parado mientes en esa hermosa y sonora combinación de seis versos empleada en el *Idilio* y en otras poesías, que mañana tomará su nombre y perpetuará en el idioma de Castilla la memoria de su inventor?

En suma: Núñez de Arce es un hijo de Quintana por la elevación de su numen y la forma de sus cantos; superior en esto a su poeta favorito, por causas del tiempo y de mayor cultura literaria, y no inferior a su maestro en los bríos, aunque de mayor sentido histórico y moral.

Quintana habla más directa y eficazmente a su pueblo, y tiene, por decirlo así, carácter más limitado y nacional. Núñez de Arce es más extenso, más europeo, porque cuenta más cuerdas en su lira de bronce, más tonos en su voz, y lo que pierde de exclusivismo patrio lo gana en universalidad de sentido. Aquél canta la patria, el heroísmo, la libertad, la ciencia y el progreso; éste, todo esto y algo más; habla con entonación sublime a su siglo de grandes verdades echadas en ol-

vido y de muy santas cosas despreciadas. La santidad de la familia, la caridad que alivia las miserias del pobre, la resignación cristiana que consuela el dolor y despierta benditas esperanzas, el origen divino del hombre, la Providencia que todo lo dirige con maravillosa sabiduría, los fueros de la Verdad y de la Justicia, contra el poder de la fuerza proclamado como ley física y social, y Dios, llevando a la Humanidad a puerto feliz, son fuentes vivas de inspiración para el poeta en su obra patriótica y civilizadora. ¡Magníficos ideales, dignos de un gran numen y de un siglo tan grande como el nuestro!

He concluído.

Al terminar este estudio y daros gracias por vuestra indulgencia, algo viene a turbar mi corazón y a entristecer mi espíritu.

Después de considerar, con motivo del célebre poeta de quien nos hemos ocupado, el estado de la sociedad moderna, sus extravíos, sus desaciertos y sus dolores; después de ver cómo el hombre se olvida de su origen, cómo reniega del pasado, y cómo ciego y sin tino se hunde en el escepticismo, niega a Dios, y se arrastra complacido en los fangos de la corrupción, sin respeto a nada, triste y desesperado me pregunto: ¿Seguirá la Humanidad, tan orgullosa de sus conquistas y de su civilización, rebelada contra el Cristianismo, por el cual vive y alienta la sociedad moderna, seguirá, me pregunto, por la pendiente fatal de sus vicios y de sus negaciones hasta dar en los horrores de la barbarie, o mano providente la llevará a puerto de salud?

Señores, yo confío en Dios, y me consuelo, recordando aquellas palabras de Fenelón, que no debemos de olvidar en los actuales tiempos: *¡el hombre se mueve; pero Dios le conduce!*

*ALFONSO DE LAMARTINE **

En el mes de Junio del año de 1888 dió una plática Delgado, sobre Alfonso de Lamartine, en la S. S. O., plática que fué una de las más instructivas y agradables que haya producido. (Opinión de S. Moreno Cora en B. S. S. O., tomo III, núm. 16. Orizaba en 15 de diciembre de 1889).

* Conversación Literaria sustentada en la Sociedad "Sánchez Oropeza" en el año de 1888.

LEOPARDI *

Señoras y Señores:

No os debe causar extrañeza el verme en esta reunión y en este sitio, dispuesto a reanudar nuestras interrumpidas conversaciones acerca de los grandes poetas líricos de la actual centuria, cuando el dolor acaba de llamar tan rudamente a mi puerta y pesares tan hondos y recientes contristan mi corazón.

Dulce y seductor encanto de mi juventud y alegría placentera de mis años felices, el cultivo de las Bellas Letras, amigas fieles y cariñosas, fué siempre lenitivo a mis quebrantos y fuente de consuelo para mi alma.

El amable trato de los ingenios que han desaparecido, en las páginas inmortales de sus libros, ha calmado a menudo las inquietudes de mi espíritu; embebido en la lectura de sus obras maestras he olvidado fallidas esperanzas y crueles desengaños, y cuántas veces, cuántas, las estrofas de un poeta de alto numen y profundo sentido, como si estuvieran inspiradas por un genio benéfico, apartaron de mi mente la sombra de presentimientos fatales.

Yo espero, en Dios fiado, que así como esclareció los años de mi agitada juventud, dándome recreo deleitoso y saludable consejo, al declinar la tarde de la vida, en la edad tristísima en que volvemos la vista hacia lo pasado y recogemos todas las memorias y reconcentramos todos los afectos, para vivir de meditaciones y recuerdos, el arte literario prestará también a mis cansados y nebulosos días, un reflejo si-

* Conferencia sustentada en Orizaba el... de 1888.

quiera de aquellos soles de mejores tiempos, que, como ráfaga de oro de una alborada de abril, o brisa que viene de floridas praderas, traiga a mi espíritu melancólico, con la imagen un tanto desvanecida de seres amados, el aroma de las rosas juveniles, y regocije y alumbre con su pálida luz mi último crepúsculo.

Aquí me tenéis muy agradecido a vosotros que siempre me habéis escuchado con afectuosa benevolencia, y más agradecido todavía a la Sociedad "Sánchez Oropesa", que tan singular aprecio me ha demostrado últimamente, en esas horas de supremo dolor que sólo puede aliviar la ternura desinteresada de la amistad y la voz consoladora de luminosas eternas esperanzas.

Perdonadme esta sincera manifestación de mis sentimientos personales, con la cual he principiado a distraeros, cuando sólo nos hemos reunido para discurrir de asuntos literarios.

Por una coincidencia hartamente rara me toca esta noche tratar de un eminente escritor, no menos célebre por sus trabajos de erudito y de filólogo, que por sus obras poéticas; de un poeta esclarecido, uno de los más grandes de este siglo, por la sobriedad y pureza de la forma y por la alteza de su inspiración, víctima de grandes infortunios, representante, y tal vez fundador, de una escuela literaria que tiene tantos puntos de comparación con la moderna escuela pesimista que actualmente produce en Alemania flores tan tristes y sombrías, del Conde Santiago Leopardi, astro de la lírica contemporánea y orgullo legítimo de su patria.

Nada más natural, cuando vamos a hablar de un poeta tan desdichado, que preguntarnos: ¿qué cosa es el dolor, y cómo lo han explicado y comprendido los hombres en el curso de las edades?

El dolor es tan antiguo como esta mísera humanidad que con la frente bañada de celestes esplendores y arrastrando en el fango su planta sangrienta, cruza, siempre apenada y llorosa, el áspero camino de la vida. Efecto de la limitación de nuestro ser, como alguno lo ha pretendido, o expiación impuesta a una falta primera y voluntaria, el dolor parece que es inherente a nuestra naturaleza degenerada.

El dolor es como el triste patrimonio de la Humanidad. El camino que la criatura humana tiene que recorrer, a su paso por la tierra, está

sembrado de cardos estériles y punzantes abrojos, y cada jornada de ese viaje marcada con un pesar profundo.

Las dificultades de crecimiento y desarrollo, en medio de una naturaleza inclemente, dura y hostil, cuyos elementos todos parecen congregados en contra suya; el desenvolvimiento largo y penoso de su inteligencia; las inquietudes y temores que señorean su corazón al tomar posesión de la vida; las pasiones ajenas contra él congregadas y sus propias pasiones, siempre indómitas o rebeldes; el constante desacuerdo que reina entre las condiciones débiles e insuficientes de su ser y los altos fines a que está destinado en el tiempo y en la eternidad; lo desconocido que por todas partes le rodea; el ansia perpetua de su alma que siempre va corriendo en busca de felicidad; su aspiración eterna hacia la verdad y la justicia; la impotencia relativa de su voluntad y lo insaciable de su pensamiento; he aquí la juventud y madurez del hombre.

Cuando está en posesión de todas sus nobles y fecundas facultades, cuando ha sacrificado a sí mismo y a los demás, sus inclinaciones, sus gustos, sus placeres, su tranquilidad y su reposo, en la época más propicia para el bienestar y la felicidad, se ve separado de los seres que ama, truncado, por decirlo así, en su vida, lleno de tristes desengaños, falto de ilusiones, y ya en los días glaciales de la vejez; entonces, si los recuerdos de una vida honrada y consumida en la virtud no le prestan consuelo, inspirándole valor; si más altas esperanzas no le alientan para salvar esa barrera, a la vez tan fácil de romperse como temible de ser rota, que separa la vida de la muerte, la vejez del hombre se convertirá en desesperación y en el tormento más terrible. Con razón decía el Aguila del púlpito francés, que *el hombre llega a la tumba, arrastrando la pesada cadena de sus esperanzas burladas*. Estas palabras, pronunciadas ante la corte brillante y engréida de Luis XIV, salían de labios del gran orador como triste lamentación de los vivos, anticipada queja de los pósteros y eco desgarrador de mil y mil generaciones que llegaba a través de los siglos, como el acento del eterno infortunio. A mí me parecen como un grito que repetían en el mundo aquellas voces desoladas que fueron escuchadas por Dante en los círculos interminables de su Infierno.

El hombre, así considerado, presenta no se qué de lamentable y patético que es como uno de los caracteres de su linaje y que hace de la criatura terrestre, del triste y dolorido rey de la creación, una figura semejante a las del teatro griego, el protagonista de ese tremendo y sublime drama de la estirpe adámica, cuya acción se desarrolla con triple y misteriosa unidad en el vasto escenario del planeta, hacia destinos oscuros y remotos, tragedia que habiendo principiado con la edad genésica, terminará con los tiempos en el último día.

Causa extrañeza que la antigüedad pagana no hubiera penetrado más hondamente en los senos oscuros de la conciencia para descubrir el secreto de los dolores humanos. Sometidos los griegos a las influencias múltiples y variadas de un clima dulce y risueño, a la orilla de aquellas ondas rumorosas y azuladas; y bajo aquel cielo purísimo del Atica; en aquella región pintoresca poblada de grandes obras artísticas; con una religión antropomórfica que deificaba en el hombre hasta las propias pasiones, y entregados, por decirlo así, a la contemplación de la belleza plástica; poco se detuvieron a examinar el dolor y sólo pudieron considerarlo bajo una de sus formas y conforme a sus creencias religiosas, de un modo puramente externo y objetivo.

Apenas si por acaso harto raro, más bien por incidencia, encontramos en la literatura griega, en Hesíodo, en Simónides de Amorgos, en algunos coros de Sófocles y Eurípides y en un pasaje de Platón pensamientos profundos acerca del dolor.

Sólo el pueblo Judío y después el Cristianismo han podido explicar la causa y significación de la existencia del dolor en el mundo.

Tratemos pues de estudiarlo en las letras griegas y hebraicas para ver en seguida cómo lo ha comprendido el Cristianismo. Así lo creo indispensable para juzgar al célebre poeta italiano a quien dedicamos hoy nuestra atención.

De seguro, que al considerar conmigo la miseria del hombre habréis recordado aquella gran tragedia de Esquilo, esa sublime concepción que no ha encontrado, en un período de más de veinte siglos, otro ingenio bastante poderoso para llevarla al teatro, ni escena capaz de contenerla y para la cual parecen exiguas las formas más amplias del arte moderno; aquella tragedia de Prometeo, robador del fuego, que

encadenado en una roca de las ramas del Cáucaso, vive en agonía constante, atormentado por un buitre famélico y nunca saciado que le devora las entrañas, las cuales renacen y se renuevan sin cesar bajo sus garras implacables.

Muchos críticos e historiadores, declarando este mito, dicen que es la representación del castigo impuesto al hombre que se rebela contra la Divinidad, al par que otros lo consideran como imagen vivísima de la Humanidad, atormentada por un dolor sin términos.

Paréceme que los antiguos, con aquella intención profunda que los distingue, supusieron inmortal a Prometeo, como para dar a los humanos dolores un carácter de terrífica perpetuidad.

Esta fábula de la primitiva mitología helénica, nos presenta con toda claridad la noción del dolor entre los paganos, la cual con el transcurso de los tiempos, en virtud del carácter personalista y antropomórfico de los griegos, fué tomando con el desarrollo de su brillante civilización, expresión más humana y real.

El Titán es víctima puramente de la venganza de los dioses, del potente Zeus; sus dolores son más físicos que morales, sin que tenga el suplicio del hijo de Temis nada personal e interno. No era el hombre sino la Humanidad, la que padecía en la persona del encadenado gigante. El numen poético se complacía en describir aquellos horribles tormentos que no tenían más causa que la venganza injustificada de los dioses.

Todo proviene de la divinidad airada, sin que la víctima encuentre explicación ninguna de la crueldad de su verdugo. Por eso no quiere humillarse, ni someterse, ni rendirse; insulta y reta a su tirano, y en la impotencia de su desesperada inmortalidad, maldice a Jove, y pronostica el término lejano, pero inevitable, de su poder y de su reinado. Zeus ordena un nuevo castigo y lo sepulta bajo las rocas desquiciadas y removidas por espantoso cataclismo.

Cuando la sociedad pagana aclaró más tarde sus ideas, afinó sus sentimientos y humanizó su religión, dió vida a un nuevo tipo del hombre perseguido por el dolor: el de aquel desdichado rey de Tebas, figura menos sublime desde el punto de vista del arte, pero sin duda más real y verdadero, aquel Edipo infortunado, perseguido por el Destino

y acosado por la Fatalidad, en quien ni la previsión, ni la voluntad, ni la virtud misma, son parte a salvarle del sino que le arrastra al dolor y que pesará también sobre sus hijos.

Pero, como era natural, atendiendo a la modificación que había sufrido el genio griego, el carácter, condiciones e infortunios del hijo de Layo, difieren notablemente de los que se observan en el hijo de Temis; éste es un gigante, un inmortal, casi un dios; aquél un hombre de vida limitada y breve; el uno víctima solamente de la venganza de Zeus; el otro víctima del Destino, pero también de odios, rencores e intereses humanos, de celos de estirpe, crímenes de familia y temores dinásticos.

En uno el sufrimiento es causado por la venganza; en el otro es una verdadera expiación. Por eso Edipo no se rebela contra los dioses, como el altivo Titán, ni insulta a su verdugo, ni maldice de quien le atormenta, sino que se doblega resignado a las voluntades de los Hados, *esperando la justicia tardía pero segura de los dioses*. Por eso cuando se han cumplido en él los secretos arcanos del Destino, y ciego, desvalido, anciano y decrepito, viene a morir, desapareciendo entre las inciertas claridades del bosque de Colona, su tumba da sagrado carácter a la selva de las Euménides y sus restos atraen las bendiciones y mercedes del Cielo sobre la tierra jónica.

En esta incomparable leyenda dramática, que dió el imperio de la escena a Sófocles, se echa de ver, desde luego, el poder contrario, superior e invencible de los Hados; pero como reflejo de una sociedad más afinada y culta, de ideas más claras y de más delicados sentimientos, ya descubrimos, entrelazada con él, la fuerza ineludible de la naturaleza humana.

Prometeo no cae bajo las rocas para descansar o perderse en la nada, sino que sufre un nuevo castigo que no será el fin de su tormento; al paso que en Edipo, una vez cumplido su destino, terminan sus dolores, y aunque sus hijos heredarán la fatal estrella que le persigue, su infortunio se tornará en una grandeza que dista poco del apoteosis, grandeza que será fecunda en bienes para las generaciones venideras.

Señalaremos, al paso, y como prueba de que en aquella sociedad las ideas de justicia, de deber y de sacrificio, eran ya harto poderosas,

que junto al infeliz monarca aparecen dos tipos de mujer delicados y bellos: Ismenia y Antígone. La primera hermosa, ligeramente activa, casi viril, que representa maravillosamente a la mujer pagana, que en la belleza de las formas cifraba toda la belleza; la segunda, bella, dolorida, pálida como las níveas amapolas de Arcadia tronchadas por el Noto, cariñosa y amable, privada por servir a su padre de las dulzuras de Himeneo, que sirve y guía al desdichado ciego como paciente y resignado lazarillo, que le conforta y le consuela, no con aquel consuelo glacial de las Euménides que tan dignamente rechazaba el hijo de Temis, sino con ese otro eficaz y poético que inspiran la ternura y el amor.

Llena de abnegación le conduce hasta el bosque de Colona, dispuesta con serenidad sublime, a cerrar aquellos ojos tanto tiempo privados de la luz. Antígone, flor delicada de la literatura antigua, es una de las figuras más bellas que en ella se registran y un tipo singular, casi cristiano, de lo que los antiguos llamaban la piedad filial.

Como hemos visto por estas dos fábulas de Prometeo y Edipo, que gozaban entre las gentes helénicas de alta importancia religiosa, los antiguos tenían una noción muy oscura del dolor; noción confusa y estrecha, sin un destello del cielo que lo iluminara, como que no tenían idea clara de la Divinidad. Para ellos el dolor era un azote injustificado de los dioses; un destino ciego, incontrastable e invencible que pesaba sobre la criatura desde su nacimiento, que modificaba por completo el libre albedrío, quitando a los mortales toda esperanza de salvación; mal irremediable que no se explicaba por la naturaleza caída y degenerada del hombre, como en el Cristianismo, y que como la serpiente de Laocoonte era tan poderosa que nada podía contra ella la hercúlea fuerza del atleta.

Por fortuna las condiciones del hombre en aquellas épocas, sus ideas, su atención siempre ocupada por lo externo y plástico, las condiciones propicias del suelo y el sensualismo seductor de sus costumbres, no le permitían considerar sus dolores con la profundidad que al presente. La vida de aquellas generaciones tenía tanto de objetiva y exterior, cuanto en la actualidad tiene de personal y subjetiva. De aquí que no encontremos en los griegos, más que pocas veces, como ya lo

he dicho, ideas profundas acerca del dolor; de aquí que la poesía lírica de la antigüedad difiera tanto de la lírica contemporánea.

Si tiempo tuviéramos para ello, como hemos estudiado las fábulas de Prometeo y Edipo, podríamos analizar el tipo del hombre perseguido por el dolor en otras literaturas. En la literatura ascética y sombría de la Edad Media, *Ahsvero*, el judío errante que anda y anda sin parar; en la poesía inglesa de este siglo, la figura nebulosa y terrífica de *Manfredo*, y en el teatro español el *Don Alvaro de Calatrava*, del Duque de Rivas.

Limitémonos, pues, al más notable de todos, a Job, cuya historia está narrada en uno de los libros más bellos e interesantes de la hagiografía judaica y cristiana, siéndonos permitido, guardando a ese poema todo el respeto que merecen los libros santos de todas las naciones, y con especialidad los cristianos, considerarlo, esta vez, como una obra puramente literaria.

¿Quién de nosotros, señores, no sabe quién fué Job, cuya paciencia ha llegado a ser vulgar y proverbialmente cristiana? ¿Quién no conoce los dolores de ese hombre cuyos lamentos resuenan a menudo bajo las bóvedas de nuestras basílicas, con la misma elocuencia que en los desiertos valles de Idumea, llorando lo breve y pasajero de la vida, vida de un día, inestable como las naves, que pasa fugitiva como las nubes y se desvanece como las sombras? ¿Quién no se ha detenido un instante a meditar en el origen y destinos de la criatura terrestre, al leer esos versículos que acostumbramos a escribir en los sepulcros, como para recordar al peregrino de la existencia la esplendorosa región de la inmortalidad?

Dios permite a Satán que ponga a prueba al varón justo que saldrá triunfante de esa lucha terrible, al varón virtuoso que sabrá sobreponerse a todos los dolores.

Caído Job desde la cúspide de la felicidad y del poder hasta los abismos oscuros de la desgracia y la miseria; derribado del doble trono de la dicha y del amor, Job, miserable, olvidado de su esposa y despreciado de sus hijos, acremente burlado por la amistad, con el cuerpo cubierto con las úlceras asquerosas del gafo, tendido en los fangos inmundos de un esterquilinio y rayendo con un pedazo de teja sus carnes

llagadas, es imagen real y verdadera de la humana miseria. Y como si tales padecimientos no bastaran, se ve turbado de conciencia y entenebrecido de espíritu. Hasta entonces ha sufrido paciente y sumiso; pero cuando quiere penetrar el hondo arcano de su dolor, y levanta los ojos al cielo, buscando la luz y no la encuentra, entonces el drama bíblico llega hasta la blasfemia, y el varón desdichado reniega de la vida, maldice la noche en que fué engendrado y el instante en que nació de mujer.

Mas el Señor viene en su auxilio, le tiende la mano, lo levanta y le acusa de audaz por haber intentado penetrar sus designios cuando no sabe explicar siquiera los múltiples y diversos fenómenos de la naturaleza que le rodea. Entonces Job se postra y se humilla ante su Creador, pidiéndole perdón.

Este es el tipo del hombre dolorido que el Judaísmo nos presenta y el mismo que la Religión Cristiana nos da por modelo. ¡Y cuánto no difiere de los que acabamos de estudiar! Prometeo cae desesperado bajo las rocas; Edipo encuentra al fin descanso y premio para sus dolores, y Job se salva por la virtud y la humillación, vuelve a ser dichoso y torna a gozar de los bienes terrenales para ceñir luego la corona de la inmortalidad.

Como habréis visto, lo que en Prometeo es efecto de la venganza y en Edipo expiación, en Job es una prueba.

Esta noción más clara del dolor, tan admirablemente expresada en un poema que es a la par narración histórica y estudio subjetivo, no sólo es muestra de una civilización más avanzada en el conocimiento del hombre moral, sino que nos da a comprender cómo el Judaísmo y el Cristianismo se explican el dolor, superando en esto y con mucho a los paganos. ¡Y cómo habían de comprender el dolor en aquellas gentes, con aquellos dioses que no eran más que las pasiones divinizadas, con aquella idea tan vaga de la vida, y cuando apenas conocían lo que es el dolor, el sacrificio y la justicia!

No así el Judaísmo, que basado en grandes verdades y practicando sublimes virtudes supo estimar exactamente lo que vale el merecimiento por el dolor.

El Cristianismo, que cuenta la historia de Job entre sus libros san-

tos, nos presenta en el poeta de Idumea un modelo de paciencia y resignación, y asentándose en la naturaleza degenerada del hombre, nos explica, no solamente el origen, sino también el providencial objeto del dolor.

Sólo así puede comprenderse ese mal que aflige a los mortales, es decir, como prueba y como castigo, y en ambos casos como prenda de una futura y duradera felicidad; que sólo por el dolor puede el hombre hacerse digno de sus venturosos e inmortales destinos.

El dolor no solamente ennoblece al hombre sino que es fecundo como la tierra virgen bañada por aguas vivas y benéficas y caldeada por un sol tropical. Alguno ha dicho, y con razón: *yo sólo me siento hombre cuando padezco y sufro; cuando gozo y el placer me embarga me siento semejante a la planta que crece, al ave que vuela y a la piedra que rueda en el camino.*

El dolor temido del pagano y aborrecido del incrédulo es amado tiernamente por el cristiano y el piadoso. Hay en el dolor cierto atractivo y cierto encanto secretos que sólo pueden comprender las almas esclarecidas por la fe. ¿Qué hay en el heroísmo pagano de griegos y romanos, y en los fastos gloriosos de la incredulidad, que pueda compararse a la abnegación del misionero y de la hija de San Vicente de Paul?

El Cristianismo hizo del dolor una fuente de virtudes inagotable y fecunda; el mismo Jesucristo lo consagró en la cruz.

Por eso el pobre, el miserable y el mendigo, de los cuales huían aterrorizados los gentiles, son para el cristiano objeto de compasión y amor; el paganismo veía en ellos un leproso coronado de espinas; para el Cristianismo es un ser caído que se levantará de su inmundo lecho regenerado y feliz, irradiando celestes esplendores; no huye de él sino que por el contrario, compasivo y piadoso, se le acerca para curar sus llagas con el óleo del Buen Samaritano.

Antes que los filósofos fueron los poetas quienes alcanzaron a estudiar y profundizar el dolor, que en algunos ha sido objeto de predilecta y singular inspiración. Entre todos ellos ninguno más digno de estudio y de análisis que el gran poeta italiano de quien vamos a hablar.

La lengua italiana, habla seductora de las gentes que pueblan esa

península que se extiende al medio día de Europa, desde las cumbres nevadas de los Alpes hasta la fecunda Trinacria; esa hermosa lengua que parece el eco murmurador de las ondas azules del Adriático y de los vientos del Apenino; lengua dulcísima y sonora, melodiosa y flexible, de ordinario muelle y a las veces enérgica y viril; tan propia para expresar los deliquios de la ternura, como los arrebatos de la pasión; amable y apacible cuando se aduna a las *fiorituras* juguetonas y burlescas de Rossini, y tan religiosa y grave cuando vibra a la par de los éxtasis de Palestrina; tan exacta y clara cuando expresa las abstracciones de la filosofía, y tan melancólica y vaga en la canción del gondolero que conduce su esquife enlutado por los mudos y sombríos canales de Venecia; lengua de frase granítica para describir los horrores del Infierno dantesco; suelta y ligera para las malicias y obscenidades del Decamerón; aguda y sutil para las ternezas metafísicas del solitario de Vaucluse; férrea en Alfieri y como gárrula corriente en Vittorelli; tan propia para trasladar las concepciones clásicas y los poemas modernos, por lo figurado y amplio de su dicción y la múltiple variedad de sus tonos, como en las versiones de Aníbal Caro y Cessarotti; lengua colmada de tesoros por el griego, enriquecida con el hipérbaton latino y vigorizada por los pueblos del Norte; la lengua italiana, después de aquellos gloriosos días de sus grandes poetas y de sus incomparables prosistas, no producía en la lírica más que imitaciones enfermizas y débiles del parnaso antiguo o del ingenio francés: una poesía cortesana, aduladora y fruslera, que había pasado sucesivamente de las antítesis laberínticas y de la estudiada concisión de Marini por las prolijas petulancias de Frugoni, hasta la humillación poética del improvisador Lorenzi.

Los altos méritos del Dante se desconocían, con alarde de independencia, por el P. Betinelli, y no parecía sino que las fuentes de la poesía propia, natural y genuina, estaban cegadas para siempre.

En vano Parini había querido sacarla de tales futilidades corruptoras, señalando a la juventud literaria las excelencias de los modelos antiguos: las letras seguían la suerte de la patria esclava.

Metastasio, tan singularmente dotado por el Cielo, cantaba en la Corte de Viena, y Casti, tornado también en poeta cesáreo, riendo

como Voltaire, malgastaba la gracia de su verba y de su estilo en leyendas obscenas y escandalosas. ¡Tan cierto es que cuando la patria decae, también el ingenio desciende y se achica! ¡Tan cierto es que cuando el espíritu público se adormece en la esclavitud, el carácter decae y los órdenes todos de la actividad moral se paralizan!

Los grandes trastornos causados en la sociedad europea por la Revolución Francesa, y los que se siguieron como consecuencia de las guerras napoleónicas, que agitaron profundamente a los pueblos de la península, los cuales iban, de día en día, de la ilusión al desencanto, y de la esperanza al desengaño, reavivaron, por decirlo así, el genio poético italiano, y las nuevas ideas, por lo que prometían o por la reacción a que daban origen, fueron para el estro lírico estímulos poderosos. ¡Y qué hermoso despertar!

Entonces aparecieron, Monti, tan hábil para la forma como un griego y tan levantado de inspiración como inconsecuente y tornadizo; Fóscolo, que derramó torrentes de pasión en las clases cultas y dió expresión en Italia a la tristeza lúgubre y fatal de Werther, que tan seductora aparecía más tarde con los románticos, y que desplegó tan encumbrado vuelo en el más célebre de sus cantos líricos, que, aunque más clásico que nacional, señaló camino para una gloria duradera; Silvio Pellico que llevó a la escena un episodio de la Divina Comedia, y que más tarde debía escribir la historia de su cautiverio, libro benéfico como la luz del día; Manzoni cuyas tragedias causarían una revolución en el arte dramático y cuyos himnos serían, en aquellos días paganizados, prueba patente de las excelencias de la poética cristiana; todos ellos entraron por sendero más amplio y seguro, y como era de esperarse produjeron obras vivideras. Entonces también apareció Leopardi.

De tres maneras diversas pudiera considerarse a tan ilustre ingenio: como filólogo si se atiende a las obras notabilísimas de erudición y crítica que salieron de su pluma y que vinieron a enriquecer la ciencia de Hervás y Max Müller; como filósofo, pues sea cual fuere el valor que se quiera dar a su teoría de la *infelicidad*, teoría desoladora y desesperada, es digna de estudio para todos aquellos que gustan de conocer, no solamente las conquistas luminosas de las ciencias especulativas, si-

no también los extravíos y aberraciones de la inteligencia humana, y por último, como poeta, por sus cantos líricos de altísimo numen y por la trascendencia original de su inspiración en feliz consorcio con una forma purísima y ateniense, cualidades que dieron a Leopardi sitio merecido entre los poetas líricos más eminentes de su siglo.

Ya estudiamos el dolor en la poesía griega y en la literatura hebrea y acabamos de ver cómo el Cristianismo lo explica y lo comprende; considerémosle ahora, no en las creaciones magistrales de un ingenio, sino en el ingenio mismo.

Santiago Leopardi, nació el 29 de junio de 1798 en la ciudad de Recanati, en la Marca de Ancona, y fué hijo primogénito del Conde Monaldo Leopardi y de la Marquesa Adelaida Antici.

En la corta y triste ciudad de Recanati, no la más a propósito para que en ella se desarrollaran aquella imaginación fogosa y aquel talento portentoso, pasó no solamente los primeros años, sino también largos períodos de su vida.

Con singular precocidad, a los diez y siete años, el noble poeta se había conquistado ya un puesto envidiable en la República Literaria, habiendo hecho sus principales estudios por sí solo, sin necesidad de maestros. No los tuvo Leopardi más que para la primera enseñanza y para el aprendizaje del Latín; dos maestros mantenidos en la casa paterna por el padre del futuro filólogo: el P. J. Torres, (a lo que sospecho español y jesuíta, de los expulsados de los dominios castellanos por Carlos III), que lo inició en el conocimiento de las Humanidades y el Abate Sanchini de quien recibió lecciones de Filosofía.

Quiso aprender el griego, y no encontrando suficiente la célebre gramática de Padua, dióse a leer por orden cronológico cuantos autores griegos hubo a la mano en la rica y selecta biblioteca de su casa.

No contaba aún cuatro lustros cuando tradujo la *Crónica de Eusebio*, logrando dar a su versión mérito y calidades que trabajos posteriores de insignes helenistas no han podido por completo eclipsar.

En la soledad de su retiro se entregó con el mayor ahinco al estudio de los antiguos clásicos griegos y romanos y de las letras italianas, entre cuyos autores el Petrarca y el Dante, sobre todo, eran para él objeto de verdadero culto y de creciente admiración.

Pasma, cuando leemos a sus biógrafos, el ver cuánto trabajó aquel joven de naturaleza delicada y el número de obras que llevó a término en tan pocos años. Por aquel tiempo dió a la estampa una obra, escrita en el espacio de dos meses, asombrosa por el saber y conocimientos de que en ella hace ostentación, su *Ensayo acerca de las supersticiones antiguas*, obra que no es más que una apología del Cristianismo, en cuya última página dirige un apóstrofe a la *amable* religión de sus padres, que marca exactamente el estado de sus creencias y de sus ideas por aquellos días.

Pronto fué conocido como poeta, con la publicación de tres composiciones magistrales, tres cantos insuperables: una oda a Italia, otra al Cardenal Mai, con motivo del descubrimiento de la *República de Cicerón*, y otra al monumento que se proyectaba levantar en Florencia al autor de la Divina Comedia.

Por una de esas tristes ironías de la vida, aquella alma elevada y nobilísima, dotada de una imaginación ardiente y de un talento en extremo fecundo, estaba contenida en su cuerpo débil, enfermizo, lisiado y sin cesar adolorido. Cuanto en talento, ingenio, bondad y dulzura de ánimo le enriqueció el Cielo, negósele en apostura y gallardía, quitándole todas esas cualidades exteriores de simpática nobleza, que a manera de talismán abren a los jóvenes los salones y círculos literarios; que son como un salvoconducto para entrar en sociedad y para conquistar, a quien las posee, la estimación de todos y en particular el aprecio de las damas, y que parecen como un elemento esencial de afortunada prosperidad.

Sin duda alguna que Leopardi fué educado en la piedad apacible que caracteriza a las antiguas familias de los Estados Pontificios; pero el gran talento que se agitaba bajo aquella hermosa y espaciosa frente; sus conocimientos filosóficos no tan sólidos cuanto hubiera sido necesario; las ideas que entonces predominaban en Europa, y los dolores acerbos y diarios que atormentaban aquella naturaleza enfermiza, fueron para el desdichado joven causa de extravío y perdición.

Entregóse a considerar sus desgracias y sus tormentos y a penetrar al arcano de sus penas, y generalizando, como todo gran talento, amplia y fácilmente, relacionó sus juicios con la humanidad y el mundo.

Aquel espíritu vigoroso fué rodando de abismo en abismo hasta caer en terribles y radicales negaciones.

Proyectaba, por aquel entonces, una serie de himnos sagrados.

Un amigo del poeta nos ha conservado los apuntes hechos para aquella obra. Voy a leerlos, y notad cómo ya se descubre en ellos ese sentimiento pesimista que con el tiempo había de informar todos sus libros.

Para un himno al Redentor decía:

“Tú sabes todo desde la eternidad; pero permites a la imaginación humana que te consideremos como el testimonio más íntimo de nuestras miserias. Tú has probado esta vida que es la nuestra, has conocido la nada y has sentido la agonía e infelicidad de nuestro ser”.

Y para una plegaria al Creador, dejó apuntado:

“Ahora voy de esperanza en esperanza, siempre errante y dándote al olvido, aunque siempre engañado. Día llegará, en que no teniendo otro estado a que recurrir, pondré toda mi esperanza en la muerte y acudiré a ti”. . . .—“Esta hora de recurso supremo, que el poeta esperaba—dice un moralista—¹, no llegó; en el momento en que trazaba con mano febril, en el papel empapado en lágrimas, estos fragmentos de himno y de plegaria, vió que el abrigo de sus creencias había venido a tierra en torno suyo y que nada le quedaba; que se encontraba solo, ante un mundo vacío y bajo un cielo de bronce”.

“Entonces se decidió, sin vacilación ni retroceso, y pasó de una fe ardiente a una especie de escepticismo valeroso y decisivo que no admitió jamás ni incertidumbres, ni combates, ni siquiera alguna de esas aspiraciones al más allá en el cual se refugia con cierta voluptuosidad lánguida el lirismo de los grandes poetas contemporáneos”.

Así se verificó lo que Leopardi llamaba su conversión. No os sorprenda escucharlo, señores: el gran poeta de Recanati es un poeta ateo, que no cree en Dios. En ninguna de sus obras niega su existencia; pero el nombre augusto de Aquel que creó todo con peso y medida, de

¹ MR. E. CARO, de la Academia Francesa, en su interesante obra: *Le Pessimisme au XIX Siècle*.

Aquel que sostiene y rige los orbes por la inmensidad de los espacios, está evitado cuidadosamente; apenas si en algunas cartas particulares lo mienta y eso tal vez por ceder a la índole generosa de su corazón, y no lastimar a las personas a quienes van dirigidas. Cuando por necesidad retórica o literaria necesita hacerle intervenir, invoca a Júpiter o a los dioses. La Naturaleza y el Destino, es decir, leyes ciegas e inexorables, es lo que reemplaza en sus obras a la Divinidad y el objeto de su estudio y meditación.

Todo vino a tierra para el infeliz poeta; sólo le quedó en pie en el gran cataclismo de sus creencias, el dolor; el dolor terrible y eterno, derramando siniestros reflejos en aquella profunda noche de su alma; el dolor que en lo de adelante fué la base de toda su filosofía y la fuente de su inspiración. Faltándole Dios ¿qué otra cosa podría quedar al infortunado mancebo?

Por más que Leopardi haya protestado solemnemente contra los que atribuían a sus desgracias sus tristes y desesperadas opiniones filosóficas ², preciso es convenir en que sólo teniéndolas en cuenta pueden explicarse las ideas fatales de su filosofía y la desolada inspiración de su musa.

Graves disgustos de familia, por discordancia de opiniones religiosas y políticas, alejaron a Leopardi de su padre, el cual no tuvo, a lo que sospecho, para con el infortunado joven, toda la dulzura y toda la bondad que requerían aquella su delicada naturaleza y aquella su férrea condición.

Acaso el Conde Monaldo, por motivo de carácter, hizo caer involuntariamente sobre su hijo todo el peso de una autoridad que, en aquel grave caso, debía haber sido más amable y más tierna para ser más benéfica.

Tengo para mí que aquella rigidez paternal intolerante e intransi-

² Carta a Luis Sinner, fechada en Florencia el 24 de Mayo de 1832, escrita en italiano y francés: "... ce n'a été que par effet de la lâcheté des hommes, qui ont besoin d'être persuadés du mérite de l'existence, que l'on a voulu considérer mes opinions philosophiques, comme le résultat de mes souffrances particulières, et que l'on s'obstine a attribuer á mes circonstances matérielles ce qu'on ne doit qu'a mon entendement".

gente, que hizo pasar al poeta por los pormenores más humillantes de la pobreza y hasta de la miseria, contribuyeron, no poco, a los infortunios del pobre ingenio y que a ella atribuía muchos de sus pesares.

Se parte el alma de dolor, cuando lee uno en los *Pensamientos*, esas frases ³ tan crueles y duras, un tanto injustificadas, con que se expresó Leopardi de la autoridad paternal, que a las veces malogra el ingenio de los hijos, estorbándoles el camino de la gloria.

Agreguemos a esto los dolores físicos que diariamente le atormentaban, poniéndole al borde de la tumba, y que le impedían entregarse a esos trabajos de filólogo y de erudito que necesitan de tan largas y penosas labores, y aquella enfermedad nerviosa que le aquejaba y que convertía en él, en suplicio insoportable la menor contrariedad, y se comprenderá lo miserable de su situación.

Cayó el poeta en la negación y encerróse en ella sin vacilaciones ni temores, refugiándose con soberbia altivez en el dolor, única cosa que para él existía. Entonces asentó como cimientos de sus nuevas creencias que el *no ser es superior al ser*, levantando sobre ellos aquella filosofía *de la infelicidad* que parece venir de la India, y que por aquel mismo tiempo hacía su aparición en Alemania con Schopenhauer, quien vendría a ser con los años el patriarca del Pesimismo, de esa escuela que al presente cuenta en el Imperio Germánico tantos adeptos y tantos sectarios en el vasto Imperio Moscovita.

Cuando nos detenemos a contemplar un retrato de Leopardi y vemos aquella faz inclinada, pálida, sombría, llena de dolor; aquella frente ancha y despejada donde irradiaba la luz de la inteligencia; aquellos ojos de color de cielo, de mirada lánguida y dulcemente melancólica; y aquella sonrisa inefable, casi celestial, delatora de una alma que no se manchó con los fangos del sensualismo, pues el desolado poeta fué de virginales purísimas costumbres, y recuerda uno su tenebrosa y desesperada filosofía y aquellos cantos de alegre y serena in-

³ *Pensieri*, II.

credulidad, se siente uno atraído hacia aquel ser infortunado, hacia aquella alma superior, víctima de irremediables dolores, en la cual centellea, por desgracia, esa fatal belleza de la duda de que nos habla un profundo poeta español que comparte mercedamente los gloriosos laureles de Quintana.

Dios, el eterno sol de la conciencia, cayó para Leopardi, con rápido crepúsculo, en las tinieblas del dolor; la familia le coronó de espinas; y su talento y su fama de escritor que le conquistaron el respeto y la amistad de Mai y de Niebühr, desalentaron su alma al ver que la patria no sabía estimar sus valiosos trabajos, matando en ella el nobilísimo anhelo de la gloria, hasta hacerle pensar que el genio *es un funesto presente para el hombre*.

Veamos qué fueron para él la patria y el amor.

Nadie como Leopardi ha sentido mayor y más vivo en su pecho eso que los franceses llaman, con tanta exactitud, el alma de la patria; ninguno se interesaba más por la suerte de Italia, ni deseaba con más fuego verla recobrar su pasada grandeza. Allí está esa incomparable oda a Italia, hechicera por la forma, robusta y viril, y que recuerda por lo elevado de la inspiración, los cantos de Tirteo, y en la cual puso el poeta un verso, que con otro del Dante son para mí los mejores que en lengua humana se han escrito ⁴; allí está esa oda con la cual principia la breve colección de sus cantos, para atestiguar hasta dónde llegaba en Leopardi el amor a la patria; pero la amaba en su grandeza pasada, en su historia heroica y colosal y en su gloria desvanecida, no viendo en el presente más que miseria y abyección, no considerando digno de aprecio en la Italia de principios de este siglo ni su inmensa desgracia. Por eso ese admirable canto parece como una paráfrasis de aquellas palabras de la Divina Comedia:

“Lasciate ogni speranza, o voi che entrate”.

⁴ *“La bocca mi bació tutto tremante”.*

DANTE.—Canto V. de El Infierno.

“Piangi, che ben hai donde, Italia mia”.

LEOPARDI.—*All'Italia*.

Cuando contempla la naturaleza en las risueñas y pintorescas comarcas napolitanas, en su composición, a la *Retema*, que es, en opinión de algunos, la mejor de sus obras líricas, cuando se detiene a contemplar esa humilde flor de áureos pétalos que crece en los flancos del Vesubio, mientras abajo duermen olvidadas tantas ciudades sepultadas bajo la ceniza durante el espléndido apogeo de su gloria, después de considerar lo breve y fugitivo de la existencia y de lamentar el afán del hombre por sobrevenir a todo, es para decir que aquella planta es más feliz y sabia que el hombre, porque al morir no recordará que ha soñado con la inmortalidad. ¡Cuán lejos, dice al llegar a este pasaje el crítico a quien ya cité, cuán lejos estamos aquí de la *caña pensadora* de Pascal! ¡Y el amor, el dulce amor de la mujer, que alegra la existencia y alfombra de flores el camino de la nada, qué fué para Leopardi? Dos veces amó el poeta y amó sin esperanza. Acaso el amor hubiera sido tabla salvadora para aquella noble inteligencia y para aquel corazón que no deseó mal a nadie, y que era de suyo tierno, apacible y cariñoso.

El amor para Leopardi era *un beato errore*; acaso no fué para él más que la serena contemplación de una belleza superior; acaso lo comprendía por tan alta manera que no fué dado a la mujer comprender aquella noción sublime y fecunda, relacionada con la muerte.

¡Y con cuánta altivez desdeña sus ilusiones y sus desengaños! ¡Cómo casi parece felicitarse de no haber probado la dulzura del primer amor más que para apurar hasta las heces el amargo cáliz de la esperanza malograda! ⁵

Nadie ha comprendido mejor que él los arcanos y recónditos lazos que unen el amor y la muerte. Oíd estos versos, de fidelidad extrema, pero cuyo estilo y versificación, difieren extremadamente del original, en esta versión hecha por un poeta sud-americano.

⁵ Véase la composición intitulada: *Il Risorgimento*.

AMOR E MORTE ⁶

*“Muor giovane colui ch'al cielo
é caro”.*

MENANDRO.

*Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingenerò la sorte.
Cose quaggiù si belle
Aitre il mondo non ha, non han le stelle.
Nasce dall' uno il bene,
Nasce il piacer maggiore
Che per lo mar dell' essere si trova;
L' altra ogni gran dolore
Ogni gran male annulla.
Bellissima fanciulla,*

⁶ Para los lectores que no saben el italiano, ponemos en seguida esta poesía traducida con harta fidelidad por un poeta sud-americano, Don Luis A. Baralt. Parece inútil advertir que en cuanto a gracia y bellezas de dicción, el trabajo de éste, está muy lejos del original.

AMOR Y MUERTE

*“Muere joven aquel que al Cielo
es caro”.*

MENANDRO.

*Cual gemelos, a un tiempo, amor y muerte
Quiso engendrar la suerte.
Nunca cosas más bellas
Pudo el mundo encerrar, ni las estrellas!
El bien nace del uno;
Nace el placer más grande
Que en el mar de la vida el hombre encuentra.
La otra, toda pena,
Todo gran mal termina;
Angélica y divina*

*Dolce á veder, non quale
La si dipinge la codarda gente,
Gode il fanciullo Amore
Accompagnar sovente;
E sorvolano insiem la via mortale,
Primi conforti d' ogni saggio core.
Nè cor fu mai più saggio
Che percosso d' amor, nè mai più forte
Sprezzò l' infausta vita,
Nè per altro signore
Come per questo a perigliar tu pronto:
Ch' ove tu porgi aita,
Amor, nasce il coraggio,
O si ridesta; e sapiente in opre,
Non in pensiero invan, siccome suole,
Divien l' umana prole.*

*Quando novellamente
Nasce nel cor profondo*

*Beldad de mirar dulce y faz risueña,
No cual gente cobarde la imagina,
Al niño amor acompañar le agrada,
Y el camino mortal juntos recorren
Consuelos de alma noble y elevada.
No fué jamás el corazón tan sabio
Como herido de amor; ni pudo nunca
Tan fuerte despreciar la infausta vida,
Ni por señor alguno.
Cual por este a morir estuvo pronto.
Que donde das tu ayuda,
Amor, nace el valor o se despierta;
Sabia en obras y aguda,
No cual suele en idea estéril, vana,
Se hace la estirpe humana.
Cuando en el corazón nace profundo*

Un amoroso affetto,
Languido e stanco insiem con esso in petto
Un desiderio di morir si sente:
Come, non sò: ma tale
D' amor vero e possente è il primo effetto.
Forse gli occhi spaura
Allor questo deserto: a se la terra
Forse il mortale inabitabil fatta
Vede omai senza quella
Nova, sola, infinita
Felicità che il suo pensier figura:
Mo per cagion di lei grave procella
Presentendo in suo cor, brama quiete,
Brama raccorsi in porto
Dinanzi al fier disio,
Che già, ruggiando, intorno intorno oscura.

Un amoroso afecto,
En el pecho a la vez lánguido, triste,
Raro deseo de morir se siente.
Cómo, no sé; mas este
Es el primer efecto en almas puras
De un verdadero amor casto y ardiente.
Acaso miren con horror los ojos
El árido desierto de la vida;
Tal vez juzgue la tierra inhabitable
El mortal sin aquella
Nueva, sola, infinita
Felicidad que forja allá en su mente.
Mas por ella borrasca formidable
Presintiendo en su alma, quietud busca,
Y guarecerse en puerto
Huyendo al cruel deseo
Que ya bramando en torno,
El cielo nubla y la razón le ofusca.

Poi, cuando tutto avvolge
La formidabil possa,
E fulmina nel cor l' invitta cura,
Quante volte implorata
Con desiderio intenso,
Morte, sei tu dall' affannoso amante!
Quante la sera, e quante
Abbandonando all' alba il corpo stanco,
Sé beato chiamò, s' indi giammai
Non rilevasse il fianco,
Né tornasse á veder l' amara luce!
E spesso al suon della funebre squilla,
Al canto che conduce
La gente morta al sempiterno obbligo,
Con più sospiri ardenti
Dall' imo petto invidiò colui
Che tra gli spenti ad abitar sen giva.

Y luego cuando todo
Envuelto está por el poder tremendo,
Y dentro el pecho estalla
De la angustia de amor la cruel batalla
Cuántas veces te implora
Con ansiedad intensa,
Muerte, en su auxilio
El afanoso amante!
Cuántas la tarde y cuántas
Abandonando al alba el cuerpo exhausto,
Rendido apeteció cual dicha inmensa
Que nunca más de allí se levantara
Ni la cruel luz a contemplar tornara!
Y el triste son de fúnebre campana,
Al canto que conduce
La gente muerta al sempiterno olvido,
Con suspiros ardientes
De lo íntimo del alma envidió a aquellos
Que entre los muertos a habitar se iban.

*Fin la neglecta plebe,
L' nom della villa, ignaro
D' ogni virtù che da saper deriva,
Fin la donzella timidetta e schiva,
Che già di morte al nome
Sentì rizzar le chiome,
Osa alla tomba, alle funeree bende
Fermar lo sguardo di costanza pieno,
Osa ferro e veleno
Meditar lungamente,
En nell' indotta mente
La gentilezza del morir comprende
Tanto alla morte inclina
D' amor la disciplina. Anco sovente,
A tal venuto il gran travaglio interno
Che sostener nol può forza mortale,
O cede il corpo frale
Ai terribili moti, e in questa forma*

*Hasta la plebe inculta,
El rústico que ignora
Toda virtud que del saber resulta,
Hasta la virgen tímida y esquiva
Cuyo cabello un tiempo
Se erizó solo al nombre de la muerte,
Osa en la tumba, en los mortuorios velos
Fijar su vista con mirar sereno
Osa hierro y veneno
Meditar largamente,
Y en su inexperta mente
Todo el encanto del morir comprende.
Tanto a la muerte inclina
De amor la disciplina!
Y a veces llega a tal la lucha fiera
Que humana fuerza soportar no puede;
O el cuerpo frágil cede
Al impulso terrible, y de este modo*

*Pel fraterno poter Morte prevale;
O cosí sprona amor lá nel profundo,
Che da se stessi il villanello ignaro,
La tenera donzella
Con la man violenta
Pongon le membra giovanili in terra.
Ride ai lor casi il mondo,
A cui pace e vecchiezza il ciel consenta.*

*Ai fervidi, ai felici,
Agli animosi ingegni
L' uno o l'altro di voi conceda il fato,
Dolci signori, amici
All' umana famiglia,
Al cui poter nessun poter somiglia
Nell' immenso universo, e non l' avanza,
Se non quella del fato, altra possanza.
E tu, cui già dal cominciar degli anni*

*Por fraterno poder la muerte impera,
O tanto los aguija amor, que ciegos,
Desesperados ya, el zagal inculto
Y la tierna doncella,
Con homicida mano
Postran sus miembros jóvenes en tierra!
Ríe de ellos el mundo,
A quien paz y salud conceda el Cielo!
Al férvido, al dichoso,
Al espíritu noble y animoso,
De los dos uno u otro otorgue el hado,
Dulces dueños, amigos
De la familia humana,
Cuya fuerza ninguna fuerza gana
En el vasto Universo, y no la excede
Sino el hado fatal a cuyo imperio
Poder humano resistir no puede.
Y tú, que desde el alba de mi vida*

*Sempre onorata invoco,
Bella Morte, pietosa
Tu sola al mondo dei terreni affanni,
Se celebrata mai
Fosti da me, s' al tuo divino stato
L' onte del volgo ingrato
Ricompensar tentai,
Non tardar più, t' inchina
A disusate preghi,
Chiudi alla luce omai
Questi occhi tristi, o dell' età regina.
Me certo troverai, qual si sia l' ora
Che tu le penne al mio pregar dispieghi,
Erta la fronte, armato,
E renitente al fato,
La man che flagellando si colora
Nel mio sangue innocente*

*Con reverencia invoco,
Bella muerte, piadosa
Tú sola para el hombre
En su vida azarosa,
Si celebrada siempre
Fuiste por mí, si a tu divino estado,
Las miserias del vulgo no educado
Recompensar intento,
No tardes más, responde
A desusados ruegos;
Por siempre a la luz cierra
Mis tristes ojos, reina de la Tierra!
Y me hallarás en la bendita hora
Que a mi súplica acudas bienhechora,
La frente erguida, armado
E impertérrito al hado;
La mano que azotando se colora
En mi sangre inocente*

*Non ricolmar di lode,
Non benedir, com' usa
Per antica viltà l' umana gente;
Ogni vana speranza onde consola
Sè coi fanciulli il mondo,
Ogni conforto stolto
Gittar da me; null' altro in alcun tempo
Sperar se non te sola;
Solo aspettar sereno
Quel dì ch' io pieghi addormentato il volto
Nel tuo virginio seno.*

Después de esto —observa Saint-Beuve— *no le quedaba al poeta más que morir.* Sin embargo, a pesar de ese amor a la muerte que es la única pasión de Leopardi, no se sabe, aunque muchas veces indicó a sus amigos que el suicidio era su única esperanza, no se sabe que hubiera atentado contra su vida.

Encerróse durante los últimos años en un desprecio tal para sus dolores, tan altivo y soberbio, que no carece de grandeza y que solamente puede comprenderse cuando se leen sus cantos. Sereno en apariencia, vivió sufriendo, desdeñando siempre consuelo y compasión. Por fin, la *dulce beldad*, en cuyo seno quería descansar, le oyó y vino.

A mediados del año de 1837, cuando el cólera diezma el litoral del Tirreno, en momentos en que su fiel amigo Ranieri, en cuya com-

*No colmes de alabanzas,
No bendigas cual usa
Por antigua vileza humana gente.
Toda vana esperanza que conforta
Cual a niños el mundo,
Todo necio consuelo
Quítame a mi; no quiero en ningún tiempo
Otra cosa esperar sino a ti sola;
Solo aguardar sereno
El momento feliz que adormecido
Incline el rostro en tu virgíneo seno!*

pañía moraba, se disponía a llevarle al campo, a Capodimonte, en las laderas del Vesubio, el ilustre poeta, quizá el más original de este siglo, gloria de Italia, cerró los ojos para siempre.

Sus restos, salvados de la fosa común, fueron sepultados cristianamente por la amistad, por la amistad que tuvo siempre un altar en aquel noble y lastimado corazón, en la iglesita de San Vidal, cerca de Pouzzoli. Allí, no lejos del Vesubio y de las felices flores cuya suerte envidiaba, yacen sus restos, a la sombra de la Cruz, siempre vencedora, que ampara bondadosa y que protege no sólo a sus hijos sino hasta a quienes se olvidan de sus virtudes y excelencia. Allí descansa esperando la hora de la resurrección.

Tal fué el gran poeta precursor de esa escuela pesimista de Schopenhauer y de Hartman; de esa escuela que tuvo un cantor eminente antes de tener expositores; escuela que representa el último avance de la incredulidad de nuestro ilustrado siglo; escuela que condena el perfeccionamiento y el progreso humanos; que no mira en el saber y en la ciencia más que nuevos y temibles elementos de infelicidad; extraña filosofía que mina y atormenta al pueblo vigoroso de los vencedores de Sedán; que en teoría parece una enfermedad de inteligencias en extremo cultas y en la práctica produce, como en el Imperio Ruso, esas turbas feroces de Nihilismo y esa abominable secta de los skopsy que siega en sus individuos las fuentes de la vida; las cuales —según el dicho de un escritor⁷ *hacen un sistema moral y religioso de una degradación práctica de los harenes orientales, que materializan el ascetismo y lo reducen a una operación quirúrgica*; escuela, en fin, que es un reflejo asiático en el mundo europeo de esa India maravillosa de las pagodas puntiagudas, de los estanques sagrados, de las bayaderas, de los elefantes y de las flores de loto que tanto admiran los irreflexivos lectores de Jaccoliot; esa filosofía que declara que el mal es la existencia, que reniega de la vida, y que no sólo considera el suicidio como una acción laudable, sino que proyecta y discute, como realización suprema de progreso, para cuando sus doctrinas sean universalmente profesadas, un suicidio mayor y más útil, un suicidio cósmico que acabe por medio

⁷ ANATOLIO LECROY BEAULIEU.

de los adelantos de la Química y de la Física, en un momento dado, con este mísero planeta.

De tamaños extravíos que parecen una perversión de la inteligencia se ocupan ya a estas horas la Patología y la Clínica.

Ahora me toca preguntar: ¿no véis en Leopardi el tipo de un dolor enteramente nuevo, del dolor en el hombre moderno, entenebrecido y desesperado por echar en olvido, con soberbio desdén, la noción cristiana del dolor?

Acaso el gran poeta se habría salvado si hubiera encontrado en los suyos amable cariño para su vida de amargura; acaso el amor hubiera redimido aquella alma, derramando en torno suyo los fulgores risueños de la aurora naciente; pero ambas le faltaron. Acaso sano y fuerte, activo y colmado de gloria, hubiera sido menos desdichado; acaso la amistad hubiera dulcificado sus horas de congoja y agonía; pero la salud no le dió sus placeres y el éxito no correspondió a sus afanes, y la amistad no fué bastante eficaz para compartir las espinas que ceñían la frente del ingenio ilustre; la de Mai y Niebuhr fué puramente literaria, y la de Sienner y Ranieri no alcanzó a gozar de esos fueros que se imponen al espíritu y lo encaminan y dirigen a las tierras benéficas de la resignación y del consuelo. De seguro que al no perder la noción cristiana del dolor habría sido menos desgraciado.

¿No es Leopardi, un tipo que difiere notablemente de los que estudiamos al principio, de Prometeo, Edipo y Job? El Titán encuentra en la inmortalidad una remota esperanza; Edipo la presente; Job se regocija con ella; Leopardi sueña sonriente con la nada.

Hablaremos ahora de sus demás obras.

Lo mismo en esos trabajos de crítica y de filosofía, lo mismo en esos diálogos lucianescos que tienen algo de Voltaire, pero de un Voltaire de alma nobilísima y de dulce carácter, la prosa y el estilo de Leopardi son maravillosos. ¡Qué ternura, qué limpidez, qué transparencia, qué delicadeza y al mismo tiempo qué extraña y (aunque parezca absurdo) qué tristeza tan alegre y qué dolor tan regocijado!

Manzoni —¡y vaya que el juez es competente!— decía que la prosa de Leopardi era una obra maestra inmortal de la Literatura Italiana.

Igual belleza en el verso. ¡Cómo desprecia las cadenas de la rima y cómo sujetado con ellas es sonoro, exacto, conciso y magistral!

Yo admiro a Leopardi con toda mi alma, yo le amo tiernamente, y aunque no participo —¡Dios me guarde de ello!— de sus ideas, es para mí un autor predilecto. El recuerdo de sus dolores y de sus padecimientos conmueve dulcemente mi corazón, me parece que le conocí, le traté, le amé en vida y siempre le admiré.

Sin embargo, aconsejo apartar de nuestra juventud todos sus libros; bastantes desgraciados somos para aumentar nuestras zozobras y nuestras desgracias con la desesperación del Pesimismo.

Pongamos en manos de nuestros jóvenes esa otra literatura risueña y regocijada, que si a veces llora, sabe también cantar, y que vive animada por ese plácido contentamiento de la vida que es la felicidad; esa literatura que está consolada por la Fe, calmada por la Caridad y que sonríe iluminada por la Esperanza. Suframos resignados, ya que el dolor es ineludible, fiados en que la dicha vive también en el mundo y en que más allá de la muerte hay playas alumbradas por un sol sin ocaso. Busquemos en la satisfacción y serenidad de la conciencia el consuelo de nuestros dolores, y seamos como aquel prisionero de los *Plomos* de Venecia y de los calabozos de Spielberg, contemporáneo de Leopardi, que después de sufrir sin desesperarse largos años de increíbles sufrimientos, al dejar su prisión, no tuvo para sus verdugos más que palabras de caridad y de perdón, y recordemos siempre en los mayores pesares y en los más grandes sufrimientos, aquellas palabras que desde lo alto de una montaña de Galilea, cayeron como un rocío celestial sobre un mundo desecado por el egoísmo y la sensualidad, aquellas palabras de Jesucristo:

¡Bienaventurados los que lloran!

EL AMOR A LAS FLORES *

Señoras y señores:

Hablábamos ayer de los grandes líricos de esta centuria: tratamos de ese amable y simpático artista que se llamó Gustavo A. Bécquer, cuyas rimas todos sabemos de memoria y cuyas encantadoras leyendas nos han llevado, más de una vez, en alas de la fantasía, a las regiones maravillosas de los mundos imaginarios; en seguida discurrimos acerca del príncipe de los poetas españoles contemporáneos, de don Gaspar Núñez de Arce, que es quizá uno de los ingenios de mayor inspiración que honran actualmente la literatura europea; estudiamos, aunque muy a la ligera, las obras del soñador apasionado de Mily, hoy casi olvidado y antes tan aplaudido, y que es, dígase lo que se quiera, uno de los más notables representantes de la poesía francesa, y, como recordaréis, aquí, en este mismo sitio, disertamos con sumo interés, de ese desventurado joven, gloria de Italia, de tan alto saber y profunda inspiración, de quien una discreta escritora peninsular¹ ha dicho, en atinada frase, que supo envolver noblemente el dolor moderno en el clásico *peplum* del dolor antiguo.

Demos tregua por esta vez al estudio de los grandes poetas que tan sonoras vibraciones han sabido arrancar de la lira moderna, y dejando a un lado esa poesía, expresión de todo un siglo entristecido y conturbado, agitado por dudas tremendas y oscurecido por negaciones radicales, volvamos la mirada hacia el mundo de la Naturaleza, hacia el

* Conferencia sustentada en Orizaba el 22 de septiembre de 1888.

¹ Doña Emilia Pardo Bazán.

vasto escenario de la vida vegetal; busquemos en él cultísimo recreo y plácida enseñanza, y procuremos descubrir el secreto de esa misteriosa simpatía que nos inspiran las flores, reinas de los jardines y gala de los campos.

Asunto es este que tiene que seros agradable, y tanto, que si no consigo interesar vuestra atención será por mi reconocida carencia de dotes y aptitudes oratorias, mas no porque la materia carezca de atractivo.

Dice el célebre autor de *El Genio del Cristianismo* en uno de los primeros capítulos de su encomiado libro, "que la flor da la miel; hija de la mañana, encanto de la primavera, fuente de perfumes, gala de las vírgenes, amor de los poetas, pasa rápida como el hombre, pero devuelve dulcemente sus hojas a la tierra. Los antiguos coronaban con ella la copa del festín y los blancos cabellos del sabio; los primeros cristianos amortajaban con flores a los mártires y decoraban con ellas el altar de las Catacumbas, y nosotros, en memoria de aquellos días, ornamos con ellas nuestros templos. Atribuimos a sus colores nuestras afeciones: la esperanza al verdor de sus hojas, a su blancura la inocencia, el pudor a sus tintas rosadas; naciones enteras han hecho de ellas el intérprete de los sentimientos; libro encantador que no contiene ningún error peligroso y que solamente guarda en sus páginas la historia fugitiva de las revoluciones del corazón".

Aquí tenéis en pocas palabras la historia de la flor.

Cuando en una de esas noches tibias y consteladas, en una de esas noches serenas que tan dulcemente inspiraban a Fray Luis de León, dirigimos nuestras miradas hacia las profundidades infinitas del cielo y nos ponemos a contemplar esos millares de mundos, creados con peso y medida, que guiados por la mano de su Autor, navegan, con rumbo seguro y determinado, por los espacios inconmensurables del éter, nos sentimos sobrecogidos de asombro y anonadados ante nuestra miserable pequeñez, y bajando la frente bendecimos al señor de los cielos y de la tierra. Cuando al amanecer de un hermoso día, después de una noche en que la tempestad ha paseado por los espacios su cuadriga fulminante, nos gozamos en admirar el hermoso espectáculo de la mañana, los prados floridos, las llanuras húmedas, los bosques y las mon-

tañas verdegueando y haciendo pompa de su exuberante vestidura, la perspectiva gradual de los valles, y de las hondonadas, a trechos bañados de luz o hundidos en la sombra, entonces también nos sentimos tentados de caer de hinojos para bendecir a Dios.

¡A la verdad que es admirable la Naturaleza cuando la contemplamos en su inmenso conjunto! Mas ¿por qué y sólo por caso raro, la estudiamos en sus pormenores, en esos mil pormenores de su magnificencia?

El mundo de lo infinitamente pequeño, ofrece a nuestras miradas, misterios y maravillas no menos grandes que las que cautivan nuestra mente en los astros que fulguran por las soledades del espacio. Una gota de agua que titila entre los niveos pétalos de una azucena, es para el sabio mar vastísimo, en cuyas ondas se manifiesta la vida lo mismo que en las profundidades del Océano. La vida de un insecto, el más pequeño de los que pueblan un tiesto de rosas, es para el sabio tan interesante como la agitada existencia de los reyes y de los conquistadores que pusieron bajo su cetro un pueblo o tuvieron en sus manos los destinos del mundo.

Para el indiferente que cruza por los campos sin detenerse un solo instante ante las flores que bordan el camino solitario, las castas beldades que despliegan sus vestiduras multicolores en el extremo de las ramas mecidas por el viento, no son más que las galas con que se adorna la Naturaleza en los hermosos días primaverales, un lujo pasajero y caduco; nada valen para él esas tribus de convólvulos que abren al soplo de la brisa matutina sus cráteras de nieve o sus ánforas rosadas; nada son los espinos floridos de las dehesas cuyos ramilletes embalsaman el aire; mas para el poeta, lo mismo que para el botanista, son seres que viven y cuyas costumbres, invariables y misteriosas, una vez estudiadas, son como la revelación de un mundo nuevo. Esos seres aman y sufren, y estos dos caracteres despiertan en el hombre secretos móviles de simpatía y afecto.

La flor ha sido siempre amada en todos los tiempos y en todas las naciones.

Volved la vista hacia la historia de todos los pueblos, con especia-

lidad a los pueblos meridionales, y veréis cómo la flor ha sido la predilecta del hombre.

En el extremo Oriente, en la India encantada y maravillosa de las pagodas y de los faquires, una de las plantas más bellas, el loto, tenía y tiene aún una importancia verdaderamente notable. El loto, casi mirado con respeto divino, es el símbolo de altas concepciones religiosas.

Cultivado en los sagrados estanques, en los atrios de las pagodas, a la sombra de las palmeras de anchos y sonantes abanicos, simbolizaba la eterna palingenesia del mundo y del hombre, la destrucción constante y la reproducción sin término. Al borde de esos estanques el faquir penitente, ayuno y debilitado por la maceración, contempla abismado las aguas azules y serenas, apenas movidas por el viento, y abstraído y extático, hunde su alma en el Gran Todo.

En Egipto, en el sabio Egipto, en esa tierra de la antigua sabiduría, las flores eran consideradas como divinidades, y la ninfea y el papiro decoraban los templos, la una con sus estrellas cerúleas, el otro con sus móviles y airosos penachos. Bien conocidas son aquellas palabras del satírico latino acerca de los dioses egipcios. Las flores eran el emblema de la pureza, de la ciencia, de la fecundidad y de la hermosura; el nenúfar daba la forma de los capiteles, el modelo de las regias vestiduras, y llegaba a ser en la escritura uno de los signos principales.

Si nos trasladamos con la mente a las tierras de Atica en el tiempo feliz de los misterios, a los templos de Eleusis, llenos de aquel pueblo nacido para la belleza y creado en la admiración de las grandes obras del arte, veremos a los poetas coronados de laureles y rosas de Chipre, y a los sabios ceñidos de amaranto, como si las flores de las tumbas dieran a su frente encanecida en las discusiones de la Academia o en las agitaciones del Agora, algo como un fulgor de inmortalidad.

En Roma eran el lujo de las fiestas públicas y de las fiestas privadas; en variados festones perfumaban los templos marmóreos donde el pueblo férreo de la República había congregado las divinidades de todas las naciones; esmaltaba las mesas y los triclinios en los banquetes de Lúculo, perfumaba las cráteras llenas hasta los bordes de aquel Cécubo fragante cantado por Horacio, y en los grandes triunfos alfombraba el camino de los vencedores.

Pero la antigüedad no veía en las flores más que un producto delicado de la tierra, un objeto de lujo, con las cuales simbolizaban sus alegrías o sus placeres de un modo vago; no habían alcanzado a penetrar el misterio de su existencia, ni los encantos de su hermosura.

El espectáculo de los campos era para los antiguos algo como la contemplación de sus dioses; para ellos la soledad de los bosques, las aguas adormecidas y los vergeles floridos, no estaban desiertos, sino habitados por divinidades; los silvanos, las ninfas, las náyades y las nereidas estaban por doquiera; ellos desprendían de las altas ramas los frutos maduros que caían haciendo resonar las selvas; ellos sembraban los narcisos a orillas de los arroyos, salpicaban de amapolas las campiñas, e izaban entre las cañas de la fuente ruecas cargadas de lana purpúrea. El campo era para ellos el imperio del Gran Pan.

Pero llegó un día en que los tripulantes de una nave que surcaba las aguas del Tirreno, oyeron una voz que de lo alto de los cielos gritaba, fatigando los vientos: "Piloto, anuncia, al llegar, que el Gran Pan ha muerto".

Reinaba Tiberio, y hasta su retiro de Caprea llegó la triste nueva.

Mientras tanto, allá en Oriente, en lo alto de un monte de Palestina, Jesucristo expiraba en afrentosa cruz.

Los tiempos quedaban divididos. La Edad Moderna comenzaba. La Humanidad estaba redimida.

Con el advenimiento del Cristianismo los bosques y las selvas quedaron desiertas; el Gran Pan al morir se había llevado el numeroso cortejo de las divinidades campestres, y si los dioses del Panteón se iban al ver sus altares desiertos y sus ofrendas sin aras, los que habitaban las campiñas y las playas habían adelantado su partida. De la contemplación de aquellos campos solitarios, donde todavía se descubrían las huellas del sátiro lascivo y de la ninfa voluptuosa, sacaron los penitentes y los cenobitas una nueva poesía, la poesía descriptiva, que si en tiempos posteriores, cuando quiere vivir por sí sola, indica decadencia literaria, en aquellos días anunciaba la aparición fecunda de un sentimiento apenas conocido de los antiguos, del sentimiento de la naturaleza, que viendo en cuanto le rodea la obra de un dios, único

y personal, encontró expresiones profundas y halló en todos los seres hermanos queridos, productos de una misma mano, que, aunque repartidos en órdenes diversos, todos llevan el sello de su Autor.

Así quedó la flor elevada, vivificada y querida, y conservando mucho de lo que los paganos le habían dado, fué por la idea cristiana un nuevo ser, o mejor dicho, parte de un ser nuevo, que hasta entonces logró sitio en el gran escenario de la vida.

En la nueva poesía las flores conservaron la belleza poética que el mito y la metamorfosis les habían dado, mas puramente como elemento amable de un arte que no podía romper por completo con su abolengo histórico, y que era como el encadenamiento de dos mundos, el de la sensualidad y el del placer que fué tan dignamente interpretado por Horacio y por Lucrecio, y el de la virtud y del sacrificio que tuvo en los monjes y en los Padres de la Iglesia, y más tarde en el Dante, cantores dignos del espíritu que lo informaba.

Si la poesía cristiana, entrando a espigar en el campo de los Virgilio y de los Teócrito llevó al nuevo huerto las flores como elemento artístico, la arquitectura recogió también en él, para decorar los nuevos templos, el follaje exuberante de los senderos primaverales, las corolas abiertas, llenas con el rocío de los cielos, y con uno y con otros cubrió las basílicas, prodigando en fachadas y ojivas, en capiteles y en agujas, la pompa desbordada del reino vegetal; mas no como símbolo de un gran todo, esparcido en múltiples formas y en manifestaciones diversas e innumerables, sino como pormenores de una creación independiente de su Autor, distinta de El, a El subordinada y por El regida, en medio de la cual el hombre se perdía, abrumado con su propia pequeñez, pero enaltecido por sentirse creado para más altos y sublimes destinos.

Y así tenía que ser; en el Paganismo, contra el hado y contra los dioses, esencia de su ser y alma de su vida, porque éstos no eran más que sus propias ineludibles pasiones, desatadas todas y sin freno, el hombre era todo, materia y espíritu, cuerpo y alma, cielo y tierra, y todo lo sojuzgaba y ponía bajo su imperio. De allí provenía lo antropomórfico de aquella religión que del hombre nacía y hacia él volvía para hacer de él un soberano absoluto; pero en el Cristianismo, cuya noción de la divinidad separaba clara y definitivamente a la criatura

del autor, el arte tenía que recordar al hombre lo miserable y exiguo de su ser, perdido en una creación vastísima y variada hasta el infinito, humilde y débil de fuerzas, pero infinito en sus anhelos, con la impotencia del esclavo y con los fueros de señor.

He aquí explicada la arquitectura cristiana, la arquitectura de las Catedrales de Colonia y de Burgos, estrechas y elevadas, con sus haces de columnas que recuerdan las selvas seculares, y con sus naves estrechas como las galerías de las catacumbas; con sus agujas que parecen rasgar la bóveda celeste y sus ángeles aéreos que abren las alas en los espacios como queriendo tender el vuelo hacia las regiones siderales.

En los templos que hemos convenido en llamar góticos, el hombre tiene que verse pequeño, como el grano de arena que rueda en la falda de altísima montaña, y debe sentirse aniquilado por aquella profusa decoración de piedra que sobre la columna regular y pura, que robó a la palmera su tronco terso y pulido, y sobre la columna salomónica que se retuerce con esfuerzos de aspiración eterna, traslada a las arcadas una flora vigorosa que todo lo invade y todo lo sepulta entre sus grandes hojas y sus rosetas gigantescas. En esa arquitectura vemos por doquiera la planta y la flor; ora es el acanto caprichoso que aborta, en amplias curvas, grifos y endriagos; ora el trébol ligero que da paso por entre sus hojas dispuestas en triángulo al lirio virginal, símbolo de la pureza, o la Rosa Mística, emblema de la mujer, elevada por sobre todas las criaturas del humano linaje; ya un grupo de frutos apareados con apretados ramilletes de flores, como diciendo que a la obra de la virtud sigue de cerca pingüe cosecha de ventura; ya es la gran ventana circular que simula en sus maravillosos vidrios los pétalos de la zarzamosa, y deja entrar a las naves sombrías, como la luz de un sol naciente, los fulgores del cielo, débil reflejo de los esplendores de la ciudad de Dios.

En todas partes la flor y por doquiera la flor, como expresión de todo lo que es bueno, y de todo lo que es grande y elevado.

El arte contemporáneo, tan acertado en la pintura de la vida humana, que con pinceles mágicos traslada a los lienzos, no sólo los hechos heroicos y las páginas de la historia, dándoles existencia real y verdadera que reproduce las escenas maravillosas del campo y del

Océano, y que, entrando callandito a los hogares, sorprende los actos más íntimos de la familia y que se complace en pintar los juegos de la niñez, la ternura conyugal, los deliquios amorosos del padre y los afectos purísimos de una madre, no se ha desdeñado de consagrar su lápiz o sus pinceles a la pintura de las flores. ¡Cuán largo es el catálogo que la crítica moderna puede darnos de esos amables dibujantes y de esos famosos artistas, que, ilustrando las páginas de libros célebres o en lienzos valiosos, han dedicado su talento a las hermosas hijas de los campos! Bástenos citar a Grandville, que, en un libro que fué encanto de nuestra niñez y todavía nos entretiene y recrea, dió a su patria ese álbum popular de *Las Flores Animadas*, cuyos cuadros nadie olvida por lo delicados y verdaderos. ¡Quién no recuerda aquella Trinitaria que llora entristecida junto a una ánfora sepulcral, y aquel Narciso que prendado de su gentileza se mira en el espejo de las aguas! ¡En qué memoria ha podido borrarse aquel Clavel de brillantes matices, que desenvuelve sus encrespados pétalos, a orillas de una fuente, cortejado por una ronda de mariposas!

¡Jamás pintor alguno ha conseguido personificar mejor que él, en las flores, a los miembros de la sociedad para quien escribió, y la cual premiaba con aplausos pregoneros de inmortalidad, sus preciosos e incomparables dibujos!

Pero la flor no ha sido solamente el símbolo de las virtudes más amables y el emblema de los afectos más nobles del alma, sino que a ella ha estado unida la suerte de las dinastías, la fortuna de los tronos y los destinos de los pueblos. Las flores heráldicas, ocupan en la Historia, páginas enteras llenas de enseñanza y de interés.

Al terminar los Tiempos Medios, al tocar a su término esa edad de antagonismos y de contrastes, durante la cual se fueron formando y estableciendo las sociedades nacidas de los restos de aquel coloso destruído por los pueblos del Norte, y surgían nuevas costumbres, nuevos usos e instituciones nuevas, producto de los vigorosos elementos que introdujeron en la civilización europea las naciones bárbaras, y de la fecunda naturaleza del Cristianismo; cuando los Otomanos, tras largos años de tenaz asedio, derribaban la cruz que coronaba la gran basílica bizantina y se aprestaban a derramarse, como torrente irresistible so-

bre la Europa de Carlo-Magno; cuando bajo el cielo luminoso de Toscana, el arte, alentado por Lorenzo el Magnífico, se disponía, con renacer de primavera, a reproducir aquellas obras maestras de la cultura helénica, y a devolver en inmortalidad a aquel noble Mecenas, descendiente de mercaderes, cuanto recibía de él en estímulos y protección; entonces, allá en las regiones boreales, en la Isla de los Santos, dos casas ilustres se disputaban un trono que parecía débil y mal asentado, y que hoy, como si los siglos tuvieran empeño en hacerlo más y más sólido, creyérase destinado a sobrevivir a los más grandes cataclismos políticos.

Dos casas ilustres, la de Lancaster y la de York, desataron en el suelo de Inglaterra una guerra la más grande y la más desastrosa de la britana monarquía.

Tremenda lucha que por tres décadas ensangrentó aquel suelo, y a cuyos furores fueron sacrificados un millón de hombres, ochenta príncipes y un rey. Y... ¡Extraño contraste! Esa lucha se conoce en la historia con el nombre de la *Guerra de las dos Rosas*. Una *rosa roja* era el emblema de la casa de Lancaster; una *rosa blanca* era el emblema de la casa de York. ¡La reina de las flores dejaba el imperio pacífico y feliz de los jardines para mezclarse a las injustas y sangrientas querellas de los hombres!

Un siglo después, en una fortaleza de Inglaterra, caía bajo el hacha del verdugo una hermosa y noble cabeza, la de esa reina desgraciada en quien la belleza y la pasión fueron dones maléficos y en quien, si la historia severa ha encontrado grandísimas faltas y errores sin cuento, ha descubierto también altas prendas del corazón que, unidas a sus infortunios y desventuras la hacen aparecer, a nuestros ojos, ceñida con la triple diadema de la desgracia, del amor y del martirio.

¡Moría cumpliendo un triste destino!

En las armas de su casa figura una flor triste, erizada de espinas, de oscuro color, casi luctuosa, una flor que alejada de los jardines, vive y muere, despreciada en las dehesas, y como confinada lejos del trato de los hombres: el cardo. ¿No os parece esta flor el apropiado emblema de una estirpe desgraciada, de un linaje que como el de la esposa de York era heredero de tristes destinos?

Otra mujer de real progeñie, vendrá sin duda a vuestra mente al hablar de la Estuardo: otra figura igualmente bella aparece, estoy seguro de ello, ante vuestras miradas en este momento: el de aquella blonda princesa que se sentó un día en el trono de Francia, y cuya suerte fué semejante a la de las azucenas que una tempestad de verano siega implacable, en todo el esplendor de su magnífica belleza; la dulce fisonomía de María Antonieta, la noble madre, la infortunada soberana de un pueblo vengativo; ¡nívea flor que tronchada por la tormenta revolucionaria murió bañada en sangre!

La flor heráldica de los Borbones, la flor de lis, tiene por origen natural una hermosa irídea que al borde de nuestros jardines, entreabre, en las mañanas de Mayo, entre las azucenas y los lirios, su corola sangrienta. ¿No veis en esto algo que recuerda la fatalidad de los poetas antiguos?

Siempre que los Borbones han ocupado el trono de Hugo Capeto, la flor de lis ha sido el adorno predilecto de los jardines reales de Francia, y el curioso visitante de las Tullerías, del Louvre y de Versalles, ha podido admirar en ellos, durante la risueña estación, vastos cuadros purpúreos que todavía en los últimos días de Otoño lucen la hermosura maravillosa de la flor simbólica.

Al advenimiento de Luis Felipe, los jardineros adúladores desplegaron toda su saña contra la hermosa flor y bajo la segur implacable y entre los dientes del rastrillo cayeron segadas aquellas hermosas corolas que representaban las glorias inolvidables de Luis XIV. Entonces se renovaron en el pintoresco imperio de la rosa las escenas sangrientas del 93, y en las verdes praderas de Versalles y bajo los árboles de Saint-Cloud se repitieron los horrores del Terror.

Las infelices flores huyeron de los sitios reales, y como aquellos nobles perseguidos por el odio revolucionario, emigraron a regiones extrañas y buscaron asilo más pacífico en los parques de la grandeza fiel y en el retiro de los conventos.

La República, como la Revolución, no tuvo flor simbólica, acaso porque en las grandes convulsiones sociales parece que se extinguen en el triunfador todos los sentimientos delicados, y en las masas irritadas

y en las multitudes inquietas no hay delicadezas ni ternuras que mitiguen y dulcifiquen las grandes pasiones y las ambiciones colectivas.

El segundo Imperio puso en privanza la violeta, la flor que por extraño contraste de los sentimientos del gran soldado, fué el emblema de una estirpe y de una raza que puso bajo su cetro media Europa.

La florecilla humilde de exiguos pétalos y suave aroma, que para todos simboliza la modestia, pero que para mí pudiera serlo de la aspiración legítima de propios méritos, fué la predilecta de los bonapartistas, y en aquellas fiestas incomparables por el esplendor de la suntuosidad moderna, reinó soberana, sin pensar que en no lejano día, y por segunda vez, el sol ardiente del Africa Austral marchitaría sus pétalos, malogrando gloriosas esperanzas.

Ya veis, señoras y señores, lo que han sido las flores heráldicas y las flores simbólicas, y cómo en las dulces hijas de la mañana la ambición de los reyes y de los grandes conquistadores ha podido perpetuar su memoria. Como durante el Terror la flor de lis ponía tristes a los emigrados, así las violetas arrancarán tal vez lágrimas de dolor a una reina tan hermosa como infortunada, que después de haber sido, por la belleza y el poder, casi soberana del mundo, sola y entristecida, consume ahora en la amargura, cerca de Londres, los restos de una majestad desgraciada, digna de la tragedia antigua.

Así, la flor, intérprete de los sentimientos más delicados del corazón y de los recuerdos más queridos, contiene en sus caducos pétalos historias memorables. Después de alfombrar el camino de los vencedores es historia viva de sus triunfos y de sus grandezas y en su corola perfumada puede leerse, como en un libro, el himno triunfal de la victoria, la elegía tristísima del destierro, la odisea del ostracismo, y la estrofa dolorida del sepulcro.

Algunos de los que me escuchan, sobre todo algunos de los que se educaron en este Colegio, conocen y aman los sencillos placeres del herborizador, placeres cuyos encantos son ignorados de muchos y que las damas apenas podrán imaginarse. ¡Ojalá que pudiera haceros amables, mis buenas señoras, esa alegría secreta del aficionado a la botánica, cuando corriendo a través de los campos o subiendo por las rocas a lo más alto de una montaña, descubre entre los matorrales la planta

deseada! ¡Ojalá pudiera pintaros ese deleite singular del botánico, que después de un día caluroso revisa a orillas de una fuente parlera su cosecha multicolor!

Permitidme que traiga a vuestra memoria un nombre querido y nunca olvidado para muchos y respetado de todos, el nombre de un sabio cuyo retrato tenemos a la vista¹, a quien deben algunos de los que me escuchan el amor a las plantas, el amor a esa ciencia, la única que ha merecido el calificativo de *amable*, que es fuente de tantas y de tan dulces emociones.

Figuraos un hermoso día, de esos días con que nos brinda la primavera en el mes de Abril; un día tibio, luminoso y perfumado, en que la vista no descubre en el cielo la más ligera nubecilla; en que las montañas dejan ver sus cimas altísimas, como convidándonos con su verdura pintoresca; imaginaos un día en que el aire está poblado de pájaros, el viento de perfumes y de gorjeos, y las vastas llanuras y los senderos, de maravillosas corolas; imaginaos un día en que los campos parecen por el aroma de los naranjos florecidos una alcoba nupcial, y tendréis el escenario de uno de esos viajes poéticos, que hace el naturalista por nuestro hermoso valle en busca de una planta rara, cuyo fruto apenas conoce y cuya flor quiere conquistar para la ciencia, sorprendiéndola durante los misterios de sus bodas.

El alegre grupo de los excursionistas acaba de bajar la colina y se detiene al borde de un barranco para contemplar la ruidosa cascada que allá en el fondo se precipita espumante y coronada con los colores del iris: hermosa mariposa de lento vuelo y alas cerúleas revuela en la espesa bruma del torrente; la descubren los herborizadores y un grito de alegría parece saludar al majestuoso díptero. Cerca debe estar la flor deseada; entre sus ramas vive aquella mariposa de zafiro, y guiados por ella todos se pierden en lo más hondo de la selva.

Si supierais qué hermosas horas se pasan en aquellos sitios; si comprendierais el encanto de la soledad en primavera; si observarais aquellos lugares llenos de mil recuerdos misteriosos, de zumbidos de insectos,

¹ El de D. Mateo Bottery, ilustre naturalista dalmata y catedrático de este Colegio.

de rumores de aguas parleras, de aleteos amorosos, de gritos agudos de pájaros indómitos; si supierais, por experiencia propia, que aquel espectáculo rejuvenece el cuerpo y hace amar la vida, amaríais los campos y amaríais las flores agrestes, tan dulces, tan modestas y tan alegres, como no lo son en su espléndida belleza, ni las camelias de los invernaderos, ni los *rododendros* de los jardines, esos pobres desterrados que parecen llorar bajo sus corolas de seda, las regiones heladas de los Alpes.

Las flores saben ser agradecidas, y premian con un don precioso los afanes de sus amigos: dan en cambio de tanto amor un gran tesoro, el tesoro de la salud, que alivia las almas de las amarguras de la vida, y prolonga la existencia; *un curso de botánica* —dice un sabio—¹ *es la higiene más pura: no es preciso tomar las plantas en infusión; basta ir a cogerlas para encontrarlas saludables.*

Fuera de esas maravillosas obras científicas en que la ciencia del texto corre parejas con el mérito de los dibujos, obras maestras de arte, hay una literatura exclusivamente floral. En ella se registran mil nombres inmortales, que, como el de Virgilio, parece que son el símbolo de la más alta inspiración. El Mantuano abre este numeroso catálogo con las *Geórgicas*, ese admirable poema de la vida rústica, fuente inspiradora de la poesía campestre.

Pero merecen especial mención los ingenios que han tratado del arte de los jardines, y desde luego acuden a nuestra mente los nombres del *P. Rapin* y de *Delille*.

El primero, al decir del segundo, vino a completar, en versos, no indignos muchas veces del siglo de Augusto, la obra del poeta latino. Cualquiera que se precie de amante de las letras habrá leído el hermoso poema de Delille, cuya primera parte ha traducido en magníficas estrofas, sonoras y galanas como suyas, el cantor egregio de la zona tórrida.

El jardín es en el mundo moderno el complemento de la cultura civil. En la sociedad actual, en la sociedad Europea, es algo como la escuela, la biblioteca o el conservatorio de música. En un tiempo el lujo de un jardín era cosa reservada a los reyes y a los potentados; en los

¹ HAÜY, *Carta a Geoffroy Saint-Hilaire*.

tiempos modernos constituye una necesidad de la vida pública y todos los gobiernos se empeñan en embellecer las ciudades con parques y jardines.

Sería curioso traer a la memoria el nombre de todos esos sitios de recreo que Delille menciona en su renombrado libro, y los de otros muchos que en el siglo presente aguardan un cantor para la belleza de sus paisajes y un sabio para los tesoros vegetales que prosperan en su recinto.

Aquí sería oportuno tratar de esos jardines botánicos de Inglaterra, de Bélgica y de Francia, y de esos parques célebres en la historia de la floricultura; aquí sería del caso entrar a describir las maravillas de Pulhavi, de Bleinheim, de Versalles, de San Ildefonso y de Miramar; de éste último, sobre todo, cuyo hermoso nombre, en la historia de nuestra patria, evocará siempre las sombras de un príncipe desventurado y de una joven infeliz, de un artista de regia sangre y de una dama cuyas sienes altivas ciñen hoy en vez de la imperial corona la guirnalda agreste de la divina Ofelia.

Uno de nuestros compañeros aquí presente, recordará, de fijo, ese hermoso castillo, que allá, en las orillas del mar más bello del mundo, no lejos de las gentes del hablar dulcísimo, levanta airoso, elegante y como abismado en la tristeza de sangrientas y lúgubres memorias, sus almenadas torres, rodeado de espléndidos jardines; aquellos jardines que juntan en singular consorcio, las gracias del arte y las magnificencias de un mar azul, eternamente elegíaco, cuyas olas, gemidoras como una arpa eólica, arrullaron los sueños de gloria y de grandeza de infortunado castellano. Encantado retiro, asilo de un artista de noble corazón, a quien si faltaban altas dotes de imperio, animaba, sin duda, como a otro ninguno, el anhelo sublime por la belleza y el amor que son como las alas del poeta.

Nuestro amigo recordará con tristeza, al escucharme, aquellos senderos floridos, aquellas fuentes rumorosas, aquel piélago adormecido, aquellos bosquecillos, donde junto a las plantas del Brasil de indolente follaje crece el cedro robusto del Líbano, el árbol pujante cuyas bodas misteriosas se celebran entre los fulgores de la tempestad; aquellas mármóreas escalinatas, aquellos surtidores que derraman el agua en cas-

cadras de perlas y aquellas esfinges del viejo Egipto a las cuales, como Edipo, preguntaría mil veces su señor el secreto de su fatal destino...

¡Son tan bellas las flores! ¿Recordáis acaso, señores y señoras, la impresión dulcísima que embarga el ánimo al entrar a uno de esos jardines, donde parecen alojadas, con el esplendor de un soberano, las hermosas hijas del reino vegetal?

Aquí y allá, bajo los arbustos y en amplios y caprichosos cuadros viven por tribus y familias. Allí encontraréis el pueblo encantador de las liliáceas y de las irídeas, entre las cuales descuella, altiva y como orgullosa de su noble belleza, la azucena aristocrática, de pétalos níveos, que parece una lady delicada y púdica; a su lado entreabren sus corolas embalsamadas los lirios del Japón, variados, multicolores, como la corte de un *mikado*; aquí veréis los narcisos vanidosos y los jacintos que se me antojan jóvenes de Atenas; allá, aquellos tulipanes, un tiempo delirio y locura de acaudalado holandés; esos tulipanes que semejan odaliscas enervadas, fastidiadas del harem, que inclinan sus lánguidas cabezas cubiertas con turbantes vistosos, aguardando la gracia del Sultán; y más allá la capuchina de fuego, devota y resignada, desgranando entre los dedos, como la heroína del poeta, el rosario de los ensueños místicos.

Allí habréis visto esa multitud de rosas, siempre de porte regio, estirpe siempre amada, que ora procedentes de Smirna lucen encendida veste, ora con aires de germánica raza se arropan, como en abrigo de pieles, con musgo montañés; que ya pálidas, ya de vivas tintas, entreabren sus capullos perfumados, siempre bellas y amables.

¡Y si entráis en el invernadero, qué de sorpresas os aguardan! Entre satinadas hojas admiraréis las camelias, las camelias que son, como Ninón de Lenclos, hermosas por naturaleza y destino, y cuyas variedades incalculables forman un catálogo de nombres ilustres en las letras, en las artes, en el poder, en el valor y en la riqueza; flores que parecen lejanas esperanzas, ilusiones que nunca se desvanecen, sueños de dicha para remotos días, cuyo perfume buscamos en vano y cuyos encantos hacen palpar el corazón. Blancas las unas, como la desposada con quien soñábamos en los alegres y desvanecidos días de la juventud; otras de purpúreos pétalos, que hacen presentir pasiones de fuego; aquéllas, te-

ñidas de leve tinte rosado, apacibles como el amor sencillo y delicado de una hermana tierna, y otras medio desenvueltas y torpemente inodoras como una cortesana. Cerca estarán las floribundas *azaleas*, y los *rododendros*, y las *magnolias* de virginal aroma, y las *gardenias* jaquecosas, según la expresión de incomparable novelista. Allí, bajo la cristalina techumbre, vuestros ojos pasmados admirarán, entre la legión espigada de exóticas gramíneas, el coro de las orquídeas, caprichosas como ningunas, de formas regulares, extrañas, cómicas y hasta grotescas; unas imitando aves y mamíferos, y otras, desbordándose en ramilletes asombrosos; éstas, que parecen como diseñadas por pintores chinos, esas, glaucas y de inverosímil forma; y aquellas que imitan en su estructura figuras humanas, agitándose en los extremos de cimbradores tallos o escondidas al pie de las hojas crasas y sin brillo, y todas, despidiendo raros perfumes, que creyerais venidos de un mundo desconocido, porque en nada se parecen a los de las flores cultas y populares, cuyos claros y fáciles nombres, aprendimos de los labios maternos y cuyos aromas nos son conocidos casi desde la cuna.

Pues bien, todo eso que allí veréis reunido y que os encanta y llena de admiración es el producto de largas tareas, de lejanos viajes y acaso de sacrificios heroicos. Todo eso se debe a esos naturalistas, a esos sabios denodados que día a día recorren los campos, dejando patria y familia, a modo de santos misioneros, para ir a buscar en las selvas africanas, en las montañas de América y en las islas de Oceanía, esos ejemplares que son amor del poeta, lujo de la dama, ciencia para el estudioso y ostentación para el millonario. ¡Cuántos de esos viajeros, que como Colón han conquistado un mundo, han perecido en remotas comarcas, lejos del hogar paterno, sin los afectos de la familia, sin el cariño de los hijos y a muchas leguas de la patria, han expirado sin esperanza de que sus restos descansan bajo la misma tierra que guarda las cenizas de sus padres!

Se cuenta que herborizando en California unos viajeros botanistas, viéndose obligados a caminar por rocas peladas y cortadas a pico se hacían incisiones en los pies para humedecer el suelo y hacerlo así menos resbaladizo. A este precio fué conquistada una hermosa planta do-

rada, la *escholtzia californica*, ya muy generalizada en Europa, y que en opinión de un escritor¹: debería llamarse *flor de oro de California!*

Cada estación ofrece a las miradas del visitante un aspecto nuevo. Al principiar la primavera, cuando los naranjos cargados de flores hacen gala de blancura y de aromas, la más bella de las flores campesinas, la adormidera, invade las praderas, y en espesos grupos compite a porfía en ganarse la admiración con sus corolas soporíferas y de caducos pétalos. La madreselva, la tímida trepadora, escala pretils y balaustradas, cargada de rocío, como en las *Rimas* del genio sevillano; parece que quiere engañar a los enamorados y hacerlos creer en la perennidad de los afectos humanos. El botón de oro, cruelmente desterrado de nuestros jardines, asoma su flor inconstante y tardía entre los tallos movibles. La violeta se despide entonces de sus amigos. Después de haber alegrado con sus modestas y sencillas gracias las tardes de invierno, no espera más que la llegada de las primeras golondrinas para desaparecer. Las rosas, los astros de los parques, acuden en tropel, y en sitios y vallados, y en muros y balcones, regocijan los aires y alegran las almas.

Las ventanas floridas tienen un encanto particular. Cuando en lo alto de la noche, cansados de las fatigas de un día penoso, transidos de dolor o abrumados de pena, volvemos al hogar, lamentándonos acaso de la maldad humana, suele acontecer que de pronto hiere nuestros oídos el eco de un piano. Acaso es una melodía predilecta; acaso un trozo lírico que, como un conjuro, despierta en nuestra mente dulces y queridas memorias, y en nuestro corazón dolorido olvidados afectos; entonces me digo: bajo ese techo se abriga una alma buena; ese piano vibra herido por manos generosas. Así, cuando acierto a ver una ventana o un balcón decorados con flores, ya sea en la casa de un obrero o de un millonario, también me digo: ahí vive un hombre bueno, ahí alienta un corazón sencillo. Después de la Revocación del Edicto de Nantes, los habitantes de Londres conocían las casas de los emigrados franceses por las plantas que adornaban sus ventanas. Entre las brumas frías de la brumosa ciudad, las flores del Sena abrían sus corolas, no poco entristecidas, para consolar la pena de los proscritos; de ese modo el débil rayo

¹ EUGENIO NÖEL: *La vida de las flores*.

de sol que venía a iluminar la buhardilla del extranjero, entraba perfumado con los amados aromas de los campos nativos.

No quiero cansaros, desplegando ante vuestras miradas, el cuadro seductor de las estaciones, con sus colores y sus luces, con sus visitantes y viajeras de un día, que por los bosques y prados, y en los parques del rico y en las huertas del pobre, en los yermos y al borde de las aguas, pregonan la grandeza de su Creador, y tan acordes y unánimes responden a la voz lastimera de nuestras penas o al canto festivo de nuestras alegrías. *Sauces y no me olvides, crysantemos y margaritas, anémonas y dahalias* son otras tantas amigas de nuestro corazón; confidentes de todos nuestros pesares, intérpretes de todos nuestros afectos, símbolo de nuestros amores y emblema de nuestras memorias, comparten todas nuestras alegrías y consuelan todos los dolores.

La Religión ha hecho de las flores, producto el más bello de la naturaleza, el objeto de una predilección particular. Figuran en casi todos los actos del culto, y parece haberlas consagrado no sólo como pregoneras de un poder infinito, sino como personificación de altos ideales y de santas creencias. La niñez las ofrece ante los altares de María, en la más bella estación del año; a ellas pide imágenes purísimas la devoción católica para celebrar a la Reina de los Angeles, y, como no lo habréis olvidado, mis buenas señoras, una guirnalda de flores ha dado nombre a esa plegaria hermosísima, eternamente conmovedora, que hemos aprendido de los santos labios maternales en los felices años de la infancia. ¿No es por ventura el Rosario una sarta de rosas?

Amad las flores, amadlas. ¡Son tan bellas! Cultivadlas, que saben ser agradecidas y recompensan con creces los cuidados que a nuestro amor demandan. Cultivad una flor, vosotros los que no habéis comprendido ese amor misterioso que inspiran las flores, y aprenderéis a amarlas. Cultivad una planta: no quiero ya la camelia costosa o el tulipán ingrato; no, aunque sea la albahaca, esa pobre hierba de la obrera humilde o de la modistilla laboriosa, que ella alegrará vuestra casa, y cuando llenos de amargura, abrumados por el peso de un desengaño y cansados de la vida lleguéis a vuestra casa, temiendo el silencio y el insomnio, ellas os recibirán, como si fueran seres inteligentes y

agradecidos, como si quisieran consolar vuestro dolor, con una oleada de perfume, que será para vuestra frente entristecida y abrasada como un beso maternal.

Yo las he amado siempre: debo el gusto por las flores a queridas e inolvidables tradiciones de familia, a seres amados cuya memoria me acompañará por todas partes, como mi propia sombra, hasta el fin de la vida.

¡Cómo olvidar que las flores fueron testigos de mis juegos en la infancia y de mis tristezas en la adolescencia; que fueron para mí intérpretes de puros afectos y de rosadas esperanzas en la feliz edad del primer amor; y que ellas endulzaron, en recompensa de largos años de afectos y cuidados, los últimos años de mi anciano padre! Próximo a la tumba, cuando ya en su frente principiaba a marcarse esa palidez de la muerte que tiene no se qué de la belleza infantil, todavía las flores eran su distracción y su recreo. ¡Cómo esperaba anhelante la primera flor de una planta querida! ¡Cómo observaba diariamente el crecimiento de los capullos! ¡Cómo se prometía para la primavera próxima, por cuyos soles suspiraba, gozar con las flores cuyas semillas principiaban a germinar! Las azaleas se cubrieron de ramilletes, las margaritas y las rosas ostentaron en Abril sus mejores galas; pero ¡ay! ¡él no pudo verlas ya!

Las flores fueron agradecidas hasta el último momento, y cuando sus ojos se cerraron para siempre y todavía en su semblante no se extinguían por completo los destellos de la vida, con su flor predilecta, con una rosa pálida como la muerte, que desde entonces entristecerá para mí el jardín más espléndido, mano piadosa esparció sobre el fúnebre lecho el santo rocío. . .

Amemos las flores. Ellas son para el hombre buenas y amables en todas las edades de la vida. En la niñez rodean nuestra cuna y alegran nuestros juegos; en la juventud expresan nuestro amor; en la edad madura son el símbolo de eternas y consoladoras esperanzas, y en la muerte, sobre la losa de la tumba, ofrenda tiernísima de aquellos a quienes amamos y no nos olvidan, una promesa segura de inmortalidad.

JOSE JOAQUIN PESADO *

En la velada literaria del 16 de febrero de 1889, Rafael Delgado dió una conversación literaria sobre José Joaquín Pesado.

Comenzó haciendo un resumen de lo que en anteriores conferencias había dicho acerca de los poetas líricos en quienes habíase ocupado. Después hizo un cuadro pintoresco y animado de los primeros días de nuestra Independencia, época en que Pesado debe haberse impresionado en los acontecimientos de aquélla. En seguida refirióse a la fecha del nacimiento de Pesado y a que éste no recibió más que la enseñanza que su madre le proporcionó, pues no concurrió a colegio alguno. Habló de la reacción contra el gongorismo que había prevalecido en el Siglo XVII; después se refirió al romanticismo. Y de la exposición anterior hizo conclusiones sobre Pesado, diciendo que este poeta no se afilió en ninguna escuela literaria, sino que dió a sus composiciones un carácter y sello propios, señaló también la devoción que tenía por los poetas clásicos del Siglo XVI. Y después señaló la influencia de Lamartine en Pesado. Hizo notar además que en la poesía de Pesado nunca se habla de la Patria sino incidentalmente. Contradijo a los que señalan a Pesado como poeta clásico, haciendo con este motivo una clara exposición de lo que es el clasicismo y de lo que debe entenderse por romanticismo, trazando con precisión la historia de esas y otras escuelas, y flageló a quienes han dicho que Pesado no tuvo inspiración ni sensibilidad. Explicó lo que debe entenderse por verdadera inspiración, distinta del frenesí y del desorden en las ideas

* Conversación Literaria sustentada en la Sociedad "Sánchez Oropeza" el 16 de febrero de 1889.

e incorrección en la forma, que suelen confundir algunos con el genio poético, tendiendo con todo ello a demostrar que en Pesado hay pasión y sensibilidad verdaderas. También habló de él como poeta bíblico y de las poesías descriptivas que en sonetos dedicó a los alrededores de Orizaba.

Citó a Menéndez y Pelayo como crítico de Pesado y las citas que hacía de este poeta.

Y para concluir hizo división de los poetas, señalando que unos seguían las corrientes límpidas de la poesía española y los que tratan de fundar una escuela enteramente nacional, llamándola americana o los que se someten a influencias extrañas. "Pureza en la forma, verdad en las ideas y, por lo mismo, perfecta armonía entre el acento y la expresión; observación atenta de nuestra índole y de nuestras costumbres, reproducción fiel de nuestra vida intelectual y moral; son los caracteres que deben distinguir a la poesía, que siendo esencialmente nacional se hará dueña del porvenir".

JOSE ZORRILLA *

En la Velada Literaria del 15 de junio de 1889, habló Delgado de Dn. José Zorrilla. Previo sencillo exordio en el que señaló algunas consideraciones generales acerca de la poesía, limitó sus observaciones a la poesía lírica. Dijo que la poesía lo comprende todo, porque todo presta asunto a sus descripciones y estímulo a los afectos que en nosotros despierta; desde la humilde flor que nos encanta con su belleza y nos embriaga con sus suaves perfumes, hasta el astro que gira en las inmensidades del espacio, formando parte del Concierto Universal de las esferas; desde las acciones más sencillas, nacidas de los tiernos afectos morales que la Naturaleza puso en nuestros pechos, hasta las grandes y trágicas pasiones que conmueven el alma humana y los grandes hechos que han cambiado la paz de los Pueblos y constituyen la vida de la Humanidad.

Mas dedicando sólo nuestra atención a un género especial de poesía y dentro de este género a un solo individuo, forzoso nos será, al estudiarlo, hacernos cargo de la época en que apareció, y de las cualidades buenas o malas que imprimen a sus obras un carácter propio, que las desligue de las obras de sus contemporáneos.

Habló después de romanticismo, explicando el origen del mismo, expresando que en su concepto había sido una vuelta a las ideas cristianas, de las cuales, quizá sin comprenderlo ni quererlo, se había apartado la escuela neoclásica, hija del Renacimiento, que fué, a su vez, la resurrección del Paganismo. Explicó los orígenes del movimiento en Fran-

* Conversación Literaria sustentada en la Sociedad "Sánchez Oropeza" el 15 de junio de 1889.

cia, señalando la influencia de Chateaubriand y de Madame Stael, iniciadores del romanticismo moderno y citó de inmediato a Manzoni, Alfieri, Silvio Pellico, el Duque de Rivas, Espronceda, etc. Hizo, además, distinción entre el romanticismo alemán y el de los pueblos latinos. En este estado de cosas y bajo la influencia de todos sus elementos, apareció Zorrilla como poeta. Y comentó el primer poema de éste, pronunciado al borde de la tumba de Don Mariano de Larra.

Y trata después de explicar cómo crece la popularidad del poeta a pesar de los defectos que tenía en su poesía. Porque había en él aptitudes excepcionales para la poesía lírica, armonía constante entre sus sentimientos y los sentimientos del Pueblo para quien cantaba, momento oportuno para presentarse en escena. Y después expresa que de esas circunstancias algunas han cambiado y que el romanticismo pasó ya; pero que como subsisten otras, el olvido del poeta es temporal. Y al referirse a la coronación que del poeta se hará, hace una descripción de lo que sería la Alhambra en el día de la coronación del aeda, porque aunque no sea su tierra natal, es la Patria de su genio. Sienta bien a su exuberante y desbordada imaginación aquel cielo siempre hermoso, aquel sol ardiente de Andalucía, aquella tierra sembrada de mirtos y palmeras y aquel edificio Morisco con sus fuentes de alabastro, sus surtidores de aguas murmurantes, donde parecen vagar las sombras de las odaliscas y de los Abencerrajes. Y cita los versos que Zorrilla dirigió a la Duquesa de Medina-Celi. Por último dedicó Delgado un recuerdo a la obra dramática de Zorrilla, deteniéndose algo en la más conocida de ellas: Don Juan Tenorio, lo que le sirvió para buscar el origen de ese tipo, trayendo a la memoria los nombres de Tirso de Molina, de Molière, de Lord Byron, de Mozart.

Y por último, recordó a Zorrilla como lector, rememorando la impresión que causó a Delgado, cuando siendo niño, tuvo ocasión, en dos veces de escucharle.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA *

Se celebró el centenario del nacimiento de Gorostiza y en la velada del 19 de octubre de 1889 (B. S. S. O., tomo III, núm. 15. Orizaba. 15 nov. 1889) Rafael Delgado habló de él.

Comenzó recordando que ya la Sociedad había celebrado otro Centenario de un poeta, el de Don Anastasio de Ochoa. Señaló los datos más notables de su biografía, conocidos de todos y pasó a hacer un juicio de las obras teatrales del mismo. Se expresó así:

De todos los géneros en que está dividida la poesía ninguno más excelente para lo que toca a los fines altísimos del arte, que la poesía dramática. Si el arte es como hemos convenido con los principales maestros de estética, la invitación de la Naturaleza perfeccionada por el bello ideal, si es el embellecimiento de lo bello que en la Naturaleza encontramos, para que, en maravillosa manera corresponda al origen divino del hombre y a sus altos destinos en el tiempo y en la eternidad, si ningún otro género literario abarca lo interno y lo externo, lo subjetivo y lo objetivo, no hay que dudar que es el primero, no sólo por las dificultades que ofrece a quien le cultiva, sino también porque no hay otro que le aventaje en la pintura y traslación de cuanto constituye el ser humano. Lo real y lo ideal; lo particular y lo general; el mundo de las cosas y el mundo de las ideas; las pasiones y los sentimientos; las virtudes más puras y los vicios más abominables; las ambiciones del Monarca y del Conquistador y las desventuras del proletario y del mendigo; la

* Conversación Literaria sustentada en la Sociedad "Sánchez Oropeza" el 19 de octubre de 1889.

historia, la filosofía, la moral y la religión, todo cae bajo su Cetro, todo queda sojuzgado al imperio de su poder.

Después de algunas otras observaciones, refirió su historia y descendiendo a hablar de la Comedia Española, continúa su discurso en estos términos:

“El elemento cómico, tal como aparece en el antiguo teatro español, ese elemento que interviene en las acciones más trágicas, mezclando a la explosión violenta de las pasiones todos los reflejos de la alegría nacional, tiene un carácter particular; si queréis llegar al último punto de la observación española, no lo encontraréis en el teatro, buscadle en Cervantes, en Quevedo; allí podréis estudiar el lado realmente irónico de ese genio, cuyo rasgo predominante es el heroísmo. *Las visiones* de Quevedo tienen una fuerza satírica más original y viva que las más bajas invenciones escénicas. El Quijote es la verdadera Comedia Humana, tal como ha podido crearla la imaginación española. El libro de Cervantes respira la sincera y vigorosa burla de una grande alma que considera sin admirarse nuestra Naturaleza; sabe reproducirla sin esfuerzo, en sus diferentes aspectos, y la presenta sacudida por todos los excesos, impulsando la exaltación Caballeresca, ora hasta la locura y la abnegación, ora hasta el ridículo o arrastrando el buen sentido hasta la trivialidad y el egoísmo”.

“Don Quijote y Sancho Panza no son símbolos, como se ha pretendido, sino tipos humanos, que llevan impreso el sello de la nacionalidad española”.

Citó Delgado además la tragicomedia de Fernando de Rojas, expresándose de ella en los siguientes términos:

“Otra obra encontraréis en que lo trágico y lo cómico aparecen enlazados de una manera tan poderosa y notable, como acaso no hay ejemplo en ninguna otra obra literaria, y es aquella tragi-comedia, como su autor atinó a llamarla, mezcla de infamias y ternezas, de inocencia y de vicios, de brutalidad y dolorosa desgracia; libro crudo como pocos y extraño en las letras españolas, que si atesoran valiosa compilación de novelas picarescas, escasean, para elogio y exaltación merecida de la patria de Fray Luis de León, de obras de liviandad asquerosa en que abundan tanto otras literaturas europeas”.

Tales consideraciones geniales sirvieron a Delgado de punto de partida para hablar con especialidad del teatro español, y expresar después el juicio que tenía formado del mérito singular de Gorostiza como poeta dramático. Y se expresó así:

“Sin duda señores, y particularmente en su teatro hallaréis todo cuanto en otras literaturas se admira; por eso caen en el ridículo cuantos sin conocerla, la deturpan; por eso arguye ignorancia y pasión exaltada de negar a España la primicia en su teatro, que ha sido mina inagotable a la cual han ido a enriquecerse sajones y latinos.

“Mas preciso es conceder que, por una transmisión singular, la forma dramática moderna aunque realizada con elementos españoles, es debida a Francia. Corneille no se avergüenza de confesar que tomó de España el asunto de su mejor Comedia; y Voltaire, el orgulloso Voltaire, en las siempre alabadas notas que puso a las obras del ilustre trágico, declara, al pie de los primeros versos del *Menteur*, que a la patria de Lope se deben la primera tragedia y la primera comedia que ilustraron a Francia, y avanza que, sin duda en la *Verdad Sospechosa*, aprendió Molière cuál era la superioridad de la comedia filosófica.

“Mucha gloria toca en ésta a España, y más a nosotros, porque el autor de la *Verdad Sospechosa* vió la luz bajo el hermoso cielo de nuestra patria; la literatura mexicana, tan pobre en otros géneros, puede oponer, victoriosa y envidiada a las otras naciones un poema dramático, que no se iguala, cierto es, al *buzo inmortal de los océanos del alma*; pero que es digno de figurar a su lado, y cuenta en el catálogo de sus grandes hombres a Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, príncipe de la comedia moral, de la comedia más fructuosa y benéfica.

“Mas confesemos otra vez que la forma proporcionada y casi perfecta la tomaron de Francia los españoles; que las Joyas de Guillén de Castro y del inmortal mexicano tornaron a España en parte embellecidas, como más tarde el romanticismo que Víctor Hugo llevó del Manzanares, volvió del Sena redivivo.

“Cualquiera que haya hojeado aunque muy a la ligera, la historia de las castellanas letras, recordará el estado lamentable a que había llegado a fines del pasado Siglo, el teatro español.

“Aquella escena en que resplandecieron las creaciones sublimes de

Calderón y los dramas de Lope, que Tirso y Moreto llenaron con su gloria; aquella escena cristiana y caballerescamente ennoblecida por nuestra compatriota, aquel teatro que es todavía asombro de eruditos y dramáticos, y que los críticos más respetables de Ultra-Rin no temen en calificar de primero del mundo, olvidado de su esplendor pasado y siguiendo la suerte de la Nación —porque no viven las letras vida lozana, cuando el pueblo que las produce se debilita o desciende por la pendiente de la ruina—, no producía ya aquellas obras incomparables por su vigor y carácter genuinos, sino que, como agotado y enfermizo apenas si daba pálidas flores y caducos frutos.

“Informaba el Neo-clasicismo las letras todas, y los españoles, descuidando, la propia hacienda y las riquezas, que tenían en casa, iban a pedir a las márgenes del Sena a los poetas del gran siglo, y a las playas venecianas a Goldoni, la vida, el nervio y la forma que entre los suyos no había o no acertaban a encontrar. Estaba reservado a Don Leandro Fernández de Moratín, aprender en los tablados franceses la forma de la nueva comedia y pedir a Molière y a Corneille lo que de España habían tomado, para restituirlo más tarde, acaso empalidecido, pero eso sí más perfecto y por lo tanto más hermoso.

“¿Quién no conoce la tremenda lucha que Moratín tuvo que sostener en su patria, para aclimatar, por decirlo así, la nueva comedia contra aquellos desenfrenados autores, tan desatentados como intemperantes que se habían entronizado en los corrales de la Corte? Quien que sea medianamente instruído en la historia del reinado de Carlos IV, no recuerda lo que eran aquellos dramas de Comella, cuya fecundidad desatinada corría parejas con su miseria y desgracia?

“Amigo de Moratín fué nuestro Gorostiza, y es de creerse que esta amistad, las buenas letras en que fué formado y el instinto de su talento que hubieron de apartarle de tan horrendos extravíos, de gusto y de escuela, contribuirán no poco a fijar su atención en las verdaderas fórmulas del teatro.

“Cuando nuestro don Eduardo dió al público su primera obra, ya la revolución Moratiniana estaba cumplida; y bien se echa de ver en su preciosa comedia *‘Indulgencia para todos’*, cuánto habían sido fecundas las enseñanzas del restaurador.

“Es esta comedia de Gorostiza, una verdadera comedia de carácter, con todos los rasgos que constituyen la fisonomía de las obras Moratinianas. Feliz desarrollo de la idea eminentemente moral que encierra el título, y limpia de ciertas herrumbres de la comedia Alarconiana, viene a ser como *Las costumbres de Antaño*, lindo trabajo de la sátira más fina y del chiste más salado, y *Contigo pan y cebolla*, que en concepto de algunos críticos la sobrepuja a todas, lo que forma, a mi ver, el trípode de su gloriosa fama. Delgado siguió su comentario, diciendo que la medida, la nobleza, la caballerosidad, prendas que en el autor lucían, son también las que más sobresalen en sus obras, y tratando después de caracterizar de una manera más precisa al poeta cuyas comedias venía estudiando, continuó de esta manera:

“Algunos llaman a Gorostiza el Moratín mexicano, otros el Bretón de México; pero tengo para mí que si tales títulos, muy merecidos, aunque parecen antitéticos, le son discernidos puramente por algunas de las calidades que en sus comedias brillan y por la tierra en que vió la luz, serán acertados, más no así si con ellos se le quiere hacer representante de alguna de las épocas de nuestro teatro, pues sólo su ilustre nombre puede tener significación literaria en la madre España, donde propiamente floreció, y poco o ningún influjo directo tuvo en las letras de esta República.

“Es una gloria nuestra y de ella estamos muy envanecidos, pero a qué ocultar que en nuestra vida intelectual, en nuestros foros artísticos sólo es un nombre ilustre, toda vez que ví una sola de sus comedias que fué estrenada en México.

“En España representa a mi juicio, el paso de la comedia de Moratín a la comedia de Bretón; de la seriedad y atildamiento clásicos al regocijo libérrimo y a la amplitud burguesa del festivo autor de la *Marcela*.

“*Argumentos interesantes*, moralidad en todas las obras, y en todos los autores; acciones bien llevadas, aunque con algunos recursos repetidos y vulgares, dignidad y nobleza en los caracteres de los personajes; sobriedad y soltura admirables en la versificación; he aquí las calidades que avaloran las comedias de nuestro poeta, calidades que han conquistado al autor de *Don Dieguito*, el *Jugador Tal para Cual*.

y del *Amigo Intimo*, un puesto distinguido en el Teatro Español, y que le ponen a la cabeza de nuestros autores dramáticos, salvo siempre el ilustre ingenio a quien debe el mundo *La Verdad Sospechosa*, y que es la figura que llena y llenará por muchos siglos toda nuestra historia literaria, por más que España no lo dispute alegando irrecusables derechos”.

Delgado en la primera parte de su disertación dió algunas noticias acerca de los trabajos de Gorostiza como estadista y encontró amplio campo para tributarle merecido elogio, por su talento, entereza y energía como representante de nuestra Patria ante las naciones extranjeras, encomiando su talento diplomático y, más aún, su nunca desmentido patriotismo; combatiendo a la edad de 60 años, en el Valle de México contra el Ejército Invasor Norteamericano el año de 1848. Después señaló la fecha de su muerte el 23 de octubre de 1851.

I n d i c e

	<i>Págs.</i>
<i>Prólogo</i>	IX
Importancia de la poesía como uno de los elementos de civilización.	1
El amor a los libros	3
Gustavo A. Bécquer	19
Gaspar Núñez de Arce	33
Alfonso de Lamartine	55
Leopardi	57
El amor a las flores	87
José Joaquín Pesado	107
José Zorrilla	109
Manuel Eduardo de Gorostiza	111

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EL DÍA 8 DE AGOSTO DE 1953 EN LOS
TALLERES DE IMPRENTA DEL DE-
PARTAMENTO EDITORIAL DE LA
UNIVERSIDAD VERACRUZANA.
EL TIRO FUE DE 1,500 EJEMPLARES.

Rafael
DELGADO



CONVERSACIONES
LITERARIAS

OBRAS COMPLETAS VOL. II

